

CIÓ

Z O L

LAUREN

Y P A I

M O U R

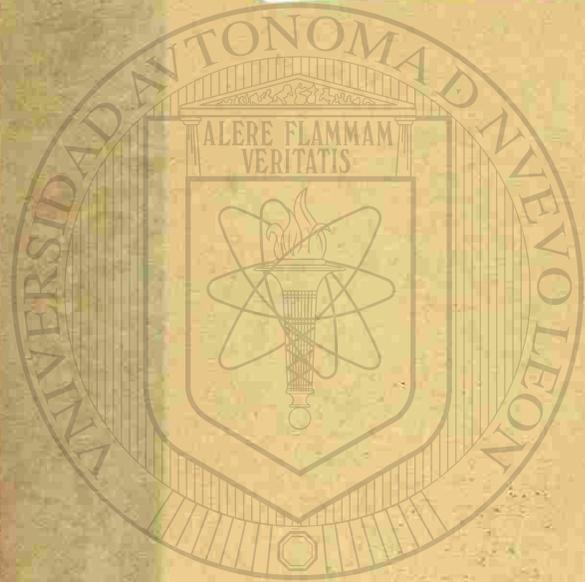
P02501

F38

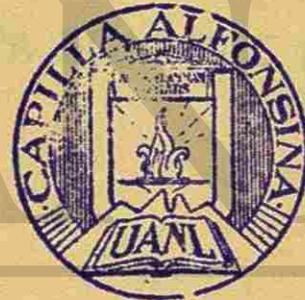
v.1



1020026902



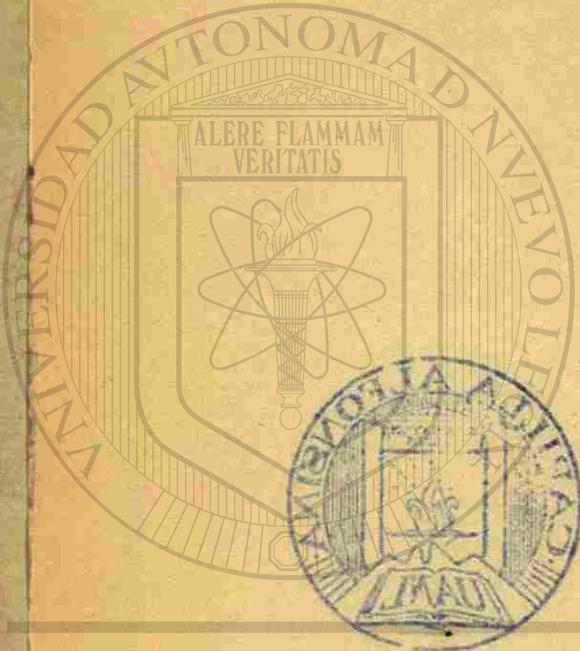
U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA CULPA DEL PADRE MOURET

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA
MAY 19 1964



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm.
Núm. Aut. 286
Núm. Acc. 30821
Proceder. -8-
Precio
Fecha
Clasific.
Catalogo

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EMILIO ZOLA

LA CULPA

del Padre Mouret

Traducción de
EMILIO M.^a MARTÍNEZ

Tomo I

101192

GASSO HERMANOS, EDITORES
Santa Teresa, 4 y 6
BARCELONA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1925-MONTERREY, MEXICO

30821

893
Z



PQ 2501

F38

v.1

ES PROPIEDAD DE
LOS EDITORES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La culpa del Padre Mouret

LIBRO PRIMERO

I

La Teuse, al entrar, puso la escoba y el plumero adosados al altar. Habíasele hecho tarde, disponiendo la lejía del semestre. Atravesó la iglesia para tocar el "Ave María", cojeando aún más por la prisa que se daba y atropellando los bancos. La cuerda, al lado del confesionario, caía del techo, lisa, gastada y terminada por un grueso nudo, grasiendo por el roce de las manos. Colgóse a ella con toda su mole, con movimientos acompasados, y prosiguió después este ejercicio, enrollada en sus sayas, con la cofia de medio lado y como estallándole la sangre de su ancho rostro.

Después de haberse enderezado la cofia con un ligero manotón, la Teuse, sofocada, volvió a dar algunos escobazos delante del altar. El polvo se obstinaba en quedarse allí, un día y otro, entre las tablas mal unidas del estrado. La escoba escudriñaba los rincones con irritado gruñido. Levantó en seguida el tapete del altar, y se puso hecha un basilisco al cerciorarse de que el gran mantel de en-

cima, zurcido ya en veinte partes, presentaba un nuevo agujero de desgaste en mitad de la mitad; veíase por allí el segundo lienzo, doblado en dos, tan deteriorado, tan claro también, que permitía ver la piedra consagrada, encuadrada en el altar de madera pintada. Sacudió aquellos lienzos, enrojecidos por el uso, paseando ahincadamente el plumero a lo largo de la tarima en que apoyó los cuadros litúrgicos. Después, encaramándose sobre una silla, despojó la cruz y dos de los candelabros de sus fundas de percalina amarilla. El cofre estaba tomado con manchas oscuras.

—¡Bien está!—dijo la Teuse a media voz,—necesitan una buena limpieza. Los fregaré con tierra de Trípoli.

Entonces, corriendo con una sola pierna, con derrengamientos y sacudidas capaces de hundir las losas, se dirigió a la sacristía en busca del Misal, que colocó sobre el atril, del lado de la Epístola, sin abrirlo y con el canto vuelto hacia el centro del altar. Encendió las dos velas, y llevándose la escoba, dirigió una mirada a su alrededor para asegurarse de que el servicio de Dios misericordioso quedaba en su punto. La iglesia dormía; tan sólo la cuerda, junto al confesionario, seguía oscilando, desde la bóveda hasta el suelo, con movimiento prolongado y flexible.

El padro Mouret acababa de bajar a la sacristía, pequeña habitación fría, que no estaba separada del comedor sino por un pasillo.

—Buenos días, señor cura—dijo la Teuse, quitándosele de encima.—¡Ay! Esta mañana se le han pegado a usted las sábanas. ¿Sabe usted que son las seis y cuarto?

Y sin dar tiempo para contestar al joven sacerdote, que se sonreía:

—Tengo que reñir a usted—prosiguió.—El mantel continúa agujereado. Esto es no tener un adarme de juicio. No nos queda más que uno de repuesto, y días hace que me desojo para remen-

darlo... Si sigue usted por ese camino va usted a dejar al pobre Jesús sin camisa que ponerse.

El padre Mouret continuaba sonriéndose, y dijo alegremente:

—Jesús no tiene necesidad de tanta ropa, mi buena Teuse. Siempre tiene calor y se le recibe como a un rey cuando se le quiere bien.

Después, dirigiéndose a una fuentecilla, preguntó:

—¿Se ha levantado mi hermana? No la he visto.

—Ya hace un buen rato que la señorita Deseada ha bajado—contestó la criada arrodillada ante un antiguo aparador de cocina, en donde se guardaban las ropas sagradas.—Ya está con sus gallinas y sus conejos... Ayer esperaba pollitos, que no han llegado. ¡Figúrese usted qué trastorno!

Y se interrumpió para decir:

—La casulla dorada ¿no es así?

El sacerdote, que se había lavado las manos, abstraído y balbuceando una oración, hizo una señal afirmativa. La parroquia tan sólo poseía tres casullas, una color de violeta, otra negra y otra de tela bordada de oro. Esta, que servía en los días en que el blanco, el colorado y el verde estaban prescritos, adquiría una importancia extraordinaria. La Teuse la levantó religiosamente del anaquel guarnecido de papel azul, en donde descansaba después de cada ceremonia, y la colocó sobre el aparador, levantando con precaución los lienzos finos que resguardaban los bordados. Un cordero de oro dormía sobre una cruz de oro también, rodeado de anchos rayos dorados. El tejido, rozado en los pliegues, dejaba ver unos diminutos flecos; los ornamentos en relieve se desgastaban y desaparecían poco a poco. Producíase en la casa una constante inquietud, una terrorífica ternura, al verla desaparecer por modo tal, lentejuela tras lentejuela. El cura tenía que ponérsela casi todos los días. ¿Y cómo reemplazarla? ¿cómo comprar las tres casu-

llas a las cuales suplía, cuando los últimos hilos de oro hubiesen desaparecido?

La Teuse, encima de la casulla colocó la estola, el manípulo, el cordón, el alba y el amito. Mas no cesaba de charlar, a medida que se ocupaba en poner el manípulo en cruz sobre la estola, y en extender el cordón como una guirnalda, de manera que trazase la veneranda inicial del santo nombre de María.

—No vale gran cosa este cordón, razonaba.— Tendríamos que determinarnos a comprar otro, señor cura... No valdría la pena, pues yo misma le tejería otro, si tuviese cáñamo.

El padre Mouret no contestó. Preparaba el cáliz sobre una mesita, un grande y viejo cáliz de plata sobredorada con pie de bronce, que acababa de sacar del fondo de un armario de madera blanca, en donde hallábanse encerrados los vasos y los paños sagrados, los Santos Oleos, los Misales, los candeleros, las cruces. Puso sobre la copa un purificadorio limpio, encima la patena de plata sobredorada, conteniendo una hostia, que cubrió con una pequeña pália de lino. Mientras que tapaba el cáliz, arreglando los dos pliegues del velo de oro, que formaba juego con la casulla, la Teuse exclamó:

—Espere usted: no se halla el corporal en la bolsa... Ayer tomé todos los purificadorios, las pálias y los corporales sucios para lavarlos, a parte se entiende, no en la colada... No se lo he dicho a usted, señor cura; acabo de poner en disposición la lejía; ha resultado superior, mejor que la última.

Y mientras el sacerdote metía unos corporales en la bolsa y la ponía sobre el velo, adornaba con una cruz de oro sobre fondo dorado, la Teuse repuso vivamente:

—¡A propósito, me olvidaba!... ese galopín de Vicente no ha llegado. ¿Quiere usted que ayude yo la misa, señor cura?

El joven sacerdote la miró con severidad.

—¡Eh! no es ningún pecado,—prosiguió con su

bondadosa sonrisa.—Ayudela una vez en tiempo del señor Caffin. Mejor la ayudo que muchos pilletes que se rien como paganos, sólo con que una mosca vuele en la iglesia... Vamos, por más que lleve gorro, que cuente sesenta años y que sea tan gruesa como una torre, respeto yo más al Dios de bondad que esos granujas de muchachos, a quienes, sin ir más lejos, sorprendí el otro día jugando a salta carnero detrás del altar.

El sacerdote continuaba mirando y negándose con la cabeza.

—Si este pueblo no es más que un agujero—gruñó...—¡Si no llegan a ciento cincuenta! Días hay, como el de hoy, en que no encontraría usted alma viviente en los Artaud. ¡Hasta los muchachos en pañales se van a las viñas! Si sabré yo lo que se hace en las viñas! Viñas que brotan debajo de los guijarros, tan secas como los cardos! Esta es tierra de lobos, a una legua de todo camino!... Pues a menos que un ángel no baje a ayudarle la misa, señor cura, no tiene usted a nadie más que a mí, palabra de honor, a no ser uno de los conejos de la señorita Deseada, con perdón sea dicho.

Pero precisamente en aquel momento, Vicente, el hijo menor de los Bricchet, empujó suavemente la puerta de la sacristía. Sus cabellos rojos y enmarañados y sus ojillos grises, que relucían, enfurruñaban a la Teuse.

—¡Ah, descreído!—exclamó,—apuesto a que vienes de hacer alguna de tus malas pasadas!... Acércate, granuja, ya que el señor cura teme que ensucie al bendito Dios.

Al ver al muchacho, el padre Mouret había tomado el amito. Besó la cruz bordada en el centro, llevó el lienzo un instante a su cabeza; después, aplicándolo al cuello de la sotana, cruzó y ató los cordones, el derecho por encima del izquierdo. Púsose en seguida el alba, símbolo de pureza, empujando por el brazo derecho. Vicente, que se había agachado, daba la vuelta en torno suyo, ajustán-

dole el alba, cuidando que cayese por igual por ambos lados, a dos dedos del suelo. En seguida presentó el cíngulo al sacerdote, con el que se ciñó fuertemente la cintura para recordar por tal modo las ligaduras con que el Salvador fué cargado en su Pasión.

La Teuse permanecía en pie, celosa, ofendida, y haciendo esfuerzos para callarse, pero sentía tal comeción en la lengua, que no tardó en proseguir:

—El hermano Archangías ha venido... Lo que es hoy no tendrá un muchacho en la escuela. Se ha ido como un huracán para ir a tirar de las orejas a toda esa granujería, en las viñas... Haría usted bien en verle, pues creo que tiene algo que decirle.

El padre Mouret le impuso silencio con un ademán. No había abierto los labios. Recitaba las oraciones litúrgicas, tomando el manipulo, que besó antes de ponérselo en el brazo izquierdo, bajo el codo, como signo indicador del trabajo de las buenas obras, y cruzando sobre el pecho, después de haberla igualmente besado, la estola, símbolo de su dignidad y de su poder. La Teuse tuvo que ayudar a Vicente a fijar bien la casulla, que sujetó con ayuda de delgados cordones, de manera que no cayese por detrás.

—¡Virgen Santa! he olvidado las vinajeras — balbuceó precipitándose hacia el armario.—Vamos volando, galopín!

Vicente llenó las vinajeras, botellitas de tosco vidrio, mientras que ella por su parte se apresuraba a sacar de un cajón un manutergo limpio. El padre Mouret, sosteniendo el cáliz con la mano izquierda por la peana y con los dedos de la derecha puestos sobre la bolsa, saludó profundamente, sin quitarse el bonete, a un Cristo de madera negra colocado encima del aparador. El muchacho se inclinó también; después, pasando delante, llevando las vinajeras, cubiertas con el manutergo, salió de la sacristía, seguido por el sacerdote, que andaba con los ojos bajos, en profunda devoción.

II

La iglesia, vacía, rebosaba de claridad en aquella mañana de mayo. La cuerda, junto al confesionario, pendía de nuevo, inmóvil. La mariposa, en un vaso de color, ardía, semejante a una mancha roja, a la derecha del tabernáculo, junto a la pared. Vicente, después de haber puesto las vinajeras sobre la credencia, volvió para arrodillarse a la izquierda, bajo la grada, en tanto que el sacerdote, después de saludar al Santísimo Sacramento con una genuflexión hasta el suelo, subía al altar, y extendía el corporal, en cuyo centro colocaba el cáliz. Después, abriendo el Misal, volvió a bajar. Una nueva genuflexión le inclinó profundamente; persignóse en voz alta, llevó juntas las manos al pecho, y dió principio al drama divino, con semblante pálido de fe y de amor.

—*Introito ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui lactificat juventutem meam*— masculló Vicente, que se comía los responsorios de la antifona y del salmo, con las posas descansando en los talones y ocupado en seguir con la vista a la Teuse, que andaba de acá para allá en la iglesia.

La vieja criada miraba con inquieta actitud una de las velas. Su preocupación pareció ir en aumento, mientras que el sacerdote, profundamente inclinado, y con las manos juntas de nuevo, recita-

ba el *Confiteor*. Detúvose, dándose también golpes de pecho, con la cabeza, pero sin perder de vista la vela. La grave voz del sacerdote y los balbuceos del monaguillo se alternaron todavía durante un instante.

—*Dominus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

Y el sacerdote, extendiendo las manos y volviéndolas a juntar, dijo con tierna compunción:

—*Oremus.*

La Teuse no pudo contenerse más. Pasó detrás del altar, alcanzó el cirio y lo despabiló con las puntas de sus tijeras. La vela se corría; había ya dos lagrimones de cera perdida. Cuando volvió, poniendo en orden los bancos y asegurándose de que las pilas de agua bendita no estaban vacías, el sacerdote, subido al altar, y puestas las manos al borde del paño, rezaba en voz baja. Besó el altar.

Tras de él, la pequeña iglesia aparecía cenicienta con las primeras brumas de la mañana. El sol no se hallaba aun sino al ras de las tejas. Los *Kyrie, eleison* corrieron como un estremecimiento en aquella especie de establo, enjalbegado con cal, de bajo techo, del que tan sólo se veían las vigas estucadas. A cada lado, tres altas ventanas de vidrios claros rajados, rotos en su mayor parte, daban acceso a una claridad de crudeza gredosa. El viento del exterior penetraba allí brutalmente, poniendo al descubierto toda la miseria del Dios de aquel pueblecillo desierto. En el fondo, encima de la puerta principal, que nunca se abría, y cuyas hierbas obstruían el umbral, una tribuna de tablas, a la que se subía por una escalera de molinero, iba de una pared a otra, crugiendo bajo los zuecos los días de fiesta. Al lado de la escalera, el confesionario, con la tablazón desvencijada, se hallaba pintado de amarillo limón. En frente, al lado de la puerta pequeña, veíase el baptisterio, una antigua pila sostenida por una columna de mampostería. Luego, a derecha e izquierda, en el centro, veíanse

adosados dos altaritos, rodeados de barandillas de madera. El de la izquierda, consagrado a la Santísima Virgen, contenía una gran Madre de Dios, de yeso dorado, llevando majestuosamente una corona de oro asentada sobre sus castaños cabellos; sentado sobre el brazo izquierdo tenía un niño Jesús, desnudo y sonriente, cuya manita sostenía el estrellado globo del mundo. La Virgen andaba sobre nubes, con cabecitas de alados ángeles a los pies. El altar de la derecha, en que se rezaban las misas de difuntos, se hallaba ocupado por un Santo Cristo de cartón pintado, que hacía pareja con la Virgen; el Cristo era del tamaño de un niño de diez años, agonizando por espantosa manera, con la cabeza echada atrás, salientes las costillas, con el vientre hundido, los miembros retorcidos, salpicados de sangre. Veíase también el púlpito, una caja cuadrada, a que se subía por una escalerilla de cinco escalones, que se alzaba frontero a un reloj de pesas, encerrado en un armario de nogal y cuyos sordos golpes conmovían la iglesia entera, semejantes a los latidos de un corazón gigantesco, oculto en cualquier parte, bajo las losas. Todo a lo largo de la nave, las catorce estaciones del Calvario, catorce imágenes torpemente iluminadas, encuadradas en listones negros, manchaban con el amarillo, el azul y el rojo de la Pasión, la cruda blancura de las paredes.

—*Deo gratias*—balbuceó Vicente, al terminar la Epístola.

El misterio de amor, la inmolación de la santa víctima se preparaba. El acólito tomó el Misal, que llevó a la izquierda, del lado del Evangelio, teniendo buen cuidado de no tocar los registros del libro. Todas y cuantas veces pasaba por delante del tabernáculo, hacía de soslayo una genuflexión que le desvencijaba la cintura. Después, vuelto a la derecha, se mantenía en pie, con los brazos cruzados, durante la lectura del Evangelio. El sacerdote, después de haber hecho la señal de la cruz so-

bre el Misal, se persignó a su vez; en la frente, para significar que no se avergonzaría jamás de la palabra divina; en la boca, para demostrar que se hallaba siempre dispuesto a confesar su fe; en el corazón, para significar que el suyo pertenecía tan sólo a Dios.

—*Dominus vobiscum*—dijo volviéndose, con la mirada enternecida, frente a las frías blancuras de la iglesia.

—*Et cum spiritu tuo*—contestó Vicente, que había vuelto a arrodillarse.

Después de haber recitado el Ofertorio, el sacerdote descubrió el cáliz. Tuvo por un instante, a la altura de su pecho, la patena que contenía la hostia, que ofreció a Dios, por él, por los asistentes, por todos los fieles, vivos o muertos. Después, habiendo hecho que se deslizara al borde de los corporales, sin tocarla con los dedos, tomó el cáliz, que enjugó cuidadosamente con el purificadorio. Vicente había ido a tomar las vinajeras de encima de la credencia, que presentó, una después de la otra, primero la del vino y en seguida la del agua. El sacerdote ofreció entonces, para el mundo entero, el cáliz a medio llenar, que puso en medio de los corporales, en donde volvió a cubrirlo con la palia. Y habiendo orado nuevamente, volvió para hacerse verter agua, en delgado chorrito, en las yemas del pulgar e índice de cada mano, con el objeto de purificarse de las menores manchas del pecado. Así que se hubo secado con el manutergo, la Teuse, que se hallaba en espera, vació el platillo de las vinajeras en un cubo de zinc, que se hallaba a un lado del altar.

—*Orate fratres*—continuó el sacerdote en voz alta, vuelto hacia los vacíos bancos, con las manos extendidas y vueltas a unir, en ademán de llamamiento a los hombres de buena voluntad.

Y volviéndose de nuevo al altar, prosiguió bajando la voz. Vicente masculló una larga frase latina, en la que se perdió. Entonces fué cuando en-

traron por las ventanas haces de claridades amarillas. No parecía sino que el sol, al llamamiento del sacerdote, venía a la misa. Iluminó, con anchas franjas de oro, la pared del lado izquierdo, el confesionario; el altar de la Virgen, el gran reloj. Una especie de crugido conmovió el confesionario; la Madre de Dios, circundada por los resplandores de su corona y de su manto de oro, sonrió rebosante de ternura al niño Jesús, con sus pintados labios; el reloj, como enardecido, dió la hora, con mayor intensidad. Parecía que el sol poblaba los bancos con el polvo que se agitaba en sus rayos. La pequeña iglesia, el establo blanqueado, pareció como que se poblaba de tibia multitud. De la parte de afuera, oíanse los susurros del dichoso despertar de la campiña, de las hierbas que suspiraban de satisfacción, de las hojas oreándose en el calor, de los pajarillos alisando sus plumas, preparándose para la primera volada. Hasta la campiña penetraba allí con el sol: en una de las ventanas, elevábase un gran serbal, dirigiendo sus ramas por los cristales rotos y extendiendo sus yemas, como para mirar al interior; y, por las hendiduras de la puerta principal, veíanse las hierbas de la escalinata, que amenazaban con invadir la nave. En medio de aquella vida creciente, tan sólo la imagen de Cristo, quedado a la sombra, difundía la muerte, la agonía de su carne embadurnada de ocre, y salpicada de laca. Un gorrión vino a posarse al borde de un agujero; miró y echó a volar en seguida; pero volvió casi al instante, y, con silencioso vuelo, fué a caer entre los escaños, ante el altar de la Virgen. Un segundo gorrión le siguió, y pronto, de todas las ramas del serbal, bajaron otros gorriones y se pusieron a pasear tranquilamente y a saltitos sobre las losas.

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabaoth*—dijo el sacerdote a media voz, con los hombros ligeramente inclinados.

Vicente dió los tres campanillazos. Pero los go-

riones, asustados por aquel brusco tintineo, emprendieron el vuelo, con ruido tal de alas, que la Teuse, que hacía un instante había vuelto a la sacristía, se presentó de nuevo, regañando:

— ¡Los muy bandidos! todo lo van a ensuciar... Apuesto a que la señorita Descada ha vuelto a venir para ponerles migas de pan.

El terrible instante se acercaba. El cuerpo y la sangre de un Dios iba a bajar al altar. El sacerdote besaba el paño, juntaba las manos y multiplicaba la señal de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. Las preces litúrgicas no se desprendían de sus labios sino con éxtasis de humildad y de agradecimiento. Sus actitudes, sus ademanes, las inflexiones de su voz, decían lo poco en que se tenía, la emoción que experimentaba al ser elegido para tan sublime tarea. Vicente fué a arrodillarse detrás de él; cogió la casulla con la mano izquierda, sostúvola ligeramente y aprestó la campanilla. Y el sacerdote con los codos apoyados en el borde del altar, teniendo la hostia entre el pulgar y el índice de cada mano, pronunció sobre ella las palabras de la consagración: *Hoc est enim corpus meum*. Después, habiendo hecho una genuflexión, la elevó lentamente, tan alta como le fué posible, siguiéndola con la vista, mientras que el acólito, prosternado, tocaba tres veces la campanilla. En seguida consagró el vino: *Hic est enim calix*, con los codos apoyados nuevamente en el altar, saludando, elevando el cáliz, siguiéndole también con los ojos, con la mano derecha en el fuste y con la izquierda sosteniendo el pie. El acólito dió los tres últimos campanillazos. El gran misterio de la Redención acababa de renovarse, la adorable Sangre corría una vez más.

— Esperad, esperad — gruñó la Teuse, tratando de espantar a los gorriones, apretando los puños.

Pero los gorriones no tenían miedo. Los muy desvergonzados habían vuelto revoloteando sobre los bancos, en medio de los campanillazos; hasta

podría decirse que los reiterados repiques les habían puesto alegres, pues con repetidos píos cortaban las palabras latinas con argentinas risas de pilluelos en libertad. El sol les enardecía las plumas, y la dulce pobreza de la iglesia les encantaba. Hallábase en su propia casa, como en una granja, en la que habríase dejado un tragaluz abierto, piando, peleándose, disputándose las migas encontradas en el suelo. Uno de ellos fué a posarse sobre el velo de oro de la Virgen que sonreía; otro fué, más que de prisa, a registrar las sayas de la Teuse, a quien tanta audacia sacó de quicio. En el altar, el sacerdote absorto, con los ojos fijos en la sagrada hostia, juntos el pulgar y el índice, no oía aquella invasión de la nave en la templada mañana de mayo, aquella oleada creciente de sol, de verdores, de avejillas, que se desbordaban hasta el pie del Calvario, en donde la condenada naturaleza agonizaba.

— *Per omnia secula seculorum*—dijo.

— *Amén*—contestó Vicente.

Finalizado el *Pater*, el sacerdote, poniendo la hostia encima del cáliz, la partió por en medio. Acto continuo, separó, de una de las dos mitades, una partícula que dejó caer en la preciosa Sangre, para expresar la unión íntima que iba a contraer con Dios por medio de la comunión. Dijo en alta voz el *Agnus Dei*, recitó en voz baja las tres Oraciones prescritas, hizo su acto de indignidad; y con los codos apoyados en el altar, con la patena bajo la barba, comulgó con las dos partes de la hostia a la vez. Luego, después de haber juntado las manos a la altura de su rostro, en ferviente meditación, recogió sobre los corporales, con ayuda de la patena, las santas partículas desprendidas de la hostia, que echó en el cáliz. Como una partícula se le hubiese adherido asimismo al pulgar, lo restregó con el extremo del índice. Y, persignándose con el cá-

liz, llevando nuevamente la patena bajo la barba, tomó la preciosa Sangre en tres veces, sin apartar los labios del borde de la copa, consumando hasta la última gota el divino Sacrificio.

Vicente se había levantado para tomar de nuevo las vinajeras de encima de la credencia. Pero la puerta del pasillo que llevaba al presbiterio, se abrió de par en par, golpeando contra la pared, para dar paso a una hermosa joven de veintidós años, de añinado aspecto, que ocultaba algo bajo el delantal.

—¡Hay trece!— exclamó. —¡Todos los huevos eran buenos!

Y entreabriendo el delantal, dejó ver una echa-dura de polluelos, que bullían, con sus nacientes plumas, y con los negros puntos de sus ojillos.

—Miren ustedes, qué lindos son estos amorecillos!... ¡Oh! ¡el blanquillo se sube encima de los otros! ¡Y aquel otro, el pintado, que ya agita las alas!... Los huevos eran de lo más superior: ¡ni uno siquiera ha resultado huero!

La Teuse, que, quieras que no, ayudaba la misa, pasando las vinajeras a Vicente, para las abluciones, se volvió y dijo en voz alta:

—Cállese usted, señorita Deseada. Ya ve usted que no hemos concluido aún.

Un penetrante olor de corral llegaba por la puerta abierta, introduciendo como un fermento de producción en la iglesia, en el ardiente sol que llegaba al altar. Deseada permaneció un instante en pie, sintiéndose dichosa con el pequeño mundo de que era portadora, viendo a Vicente verter el vino de la purificación, y a su hermano beberse aquel vino, para que ninguna de las santas especies le quedase en la boca. Y todavía se encontraba allí, cuando él volvió, llevando el cáliz con ambas manos, a fin de recibir en el pulgár y el índice, el vino y el agua de la ablución, que se bebió de igual manera. Mas en esto la gallina, buscando sus pequeñuelos, llegaba cacareando y amenazando con

entrar en la iglesia. Entonces Deseada se fué, prodigando maternales palabras a los polluelos, en el momento en que el sacerdote, después de haberse llevado el purificador a los labios, lo pasaba por los bordes y después por el interior del cáliz.

Aquello era el fin, las acciones de gracias tributadas al Señor. El sacerdote volvió a poner sobre el cáliz el purificador, la patena y la pália; después volvió a arreglar los dos anchos pliegues del velo, y puso la bolsa, en la cual había doblado los corporales. Todo su ser respiraba ardiente acción de gracias. Pedía al cielo el perdón de sus pecados, la gracia de una santa vida, el merecimiento de la vida eterna. Quedábase como abismado en aquel milagro de amor, en aquella inmolación continua que le nutría a diario con la sangre y la carne de su Salvador.

Después de haber leído las Oraciones, volvióse y dijo:

—*Ite, missa est.*

—*Deo gratias*—contestó Vicente.

Después, habiéndose vuelto para besar el altar, volvió con la mano izquierda sobre el pecho, y extendiendo la derecha, bendijo la iglesia, llena de la alegría del sol y del bullicio de los gorriones.

—*Benedicat vos omnipotens Deus Pater et Filius, et Spiritus Sanctus.*

—*Amén*—dijo el acólito persignándose.

El sol iba remontando, y los gorriones se volvían cada vez más atrevidos. En tanto que el sacerdote leía, en el cuadro de la izquierda, el Evangelio de San Juan, anunciando la eternidad del Verbo, el sol inflamaba el altar, blanqueaba los tableros de imitado mármol, anulaba la claridad de las dos velas, cuyos cortos pábilos tan sólo componían dos sombrías manchas. El astro triunfante iluminaba con sus resplandores la cruz, los candelabros, la casulla, el velo del cáliz, todo aquel oro que palidecía bajo sus rayos. Y cuando el sacerdote tomaba el cáliz y haciendo una genuflexión de-

jó el altar para volver a la sacristía, con la cabeza cubierta, precedido del acólito, que llenaba las vinajeras y el manutergo, el astro quedóse sólo dueño de la iglesia. Habíase posado a su vez sobre el paño, iluminando esplendorosamente la puerta del tabernáculo, celebrando las fecundidades de mayo. El calor ascendía de las losas. Las paredes enjalbegadas, la Santísima Virgen y hasta el mismo Santo Cristo, sentían un estremecimiento de sávia, como si la muerte quedase vencida por la eterna juventud de la tierra.

III

La Teuse se apresuró a apagar los cirios; mas no se dió tanta prisa en querer echar a los gorriones. Así fué, que, cuando llevó el misal a la sacristía, ya no encontró allí al Padre Mouret, quien había puesto en orden los ornamentos sagrados, después de haberse lavado las manos, Hallábase ya en el comedor, en pie y desayunándose con una taza de leche.

—Debería usted prohibir a su hermana que echase migas de pan en la iglesia—dijo la Teuse al entrar.—El invierno pasado fué cuando se descolgó con tan bonita gracia. Decía que los gorriones tenían frío y que el Dios de misericordia muy bien podía alimentarlos... Ya verá usted como acabará por conseguir que usted se acueste con sus pollos y sus conejos.

—Estaríamos más abrigados—contestó alegremente el joven sacerdote.—Siempre está usted riñendo, la Teuse. Deje usted que nuestra pobre Deseada tenga cariño a sus animalejos. No tiene más placer la pobre inocente.

La criada se plantó en medio de la pieza.

—¡Oh, usted!—repuso.—¡Usted permitiría que hasta las urracas hiciesen sus nidos en la iglesia! Usted no ve nada, todo lo encuentra de perlas... Su hermana de usted es de lo más feliz con que se

la haya traído a su lado, cuando salió del seminario. Sin padre ni madre, querría yo saber quién le permitiría andar chapoteando en un corral, como ella lo hace.

En seguida, cambiando de tono y enterneciéndose, prosiguió:

—En verdad que sería una lástima que se la contrariara... No tiene ni asomo de malicia. Como si no tuviera más que diez años, aunque es una de las más robustas muchachas del país... Como usted sabe, todavía la acuesto por la noche, y tengo que contarle cuentos como a una niña, para que se duerma.

El padre Mouret se había quedado en pie, dando fin a su taza de leche, con los dedos algo colorados por la frialdad del comedor; grande pieza cuadrada, pintada de gris, sin más muebles que una mesa y algunas sillas. La Teuse retiró una servilleta que había extendido en un ángulo de la mesa, para almorzar.

—Apenas ensucia usted la ropa—murmuró.— Cualquiera diría que no puede usted sentarse que está usted siempre a punto de irse... ¡Ah! si hubiese usted conocido al señor Caffin, el pobre difunto cura a quien usted ha reemplazado. ¡Aquél sí que era un hombre amigo de la comodidad! No habría podido digerir si hubiese comido de pie... Era normando, de Canteleu, como yo. ¡Oh! no le doy gracias por haberme traído a esta tierra de lobos. En los primeros tiempos, ¡cuánto nos aburríamos, gran Dios! El pobre sacerdote había tenido asuntos muy desagradables en nuestro país... Pero, señor cura, ¡si no ha puesto usted azúcar en la leche!... ¡Ahí tiene usted los dos terrones!

El sacerdote dejó la taza en la mesa.

—Sí, creo que lo he olvidado—dijo.

La Teuse le miró a la cara, encogiéndose de hombros. Envolvió en la servilleta una rebanada de pan moreno que también se había quedado sobre la mesa. Después, como el cura se dispusiese a

salir, corrió hacia él y se arrodilló gritando:

—Espere usted: los cordones de los zapatos ni siquiera están atados... No sé como esos pies resistentes, con esos zapatos de labriego. Usted, de tan fino aspecto que aparenta haber sido tan mimado!... Vamos, fuerza era que el obispo le conociese a usted muy bien para que le diese el curato más pobre del departamento.

—Pero—dijo el sacerdote volviendo a sonreír— si soy yo quien ha elegido los Artaud... Esta mañana, la Teuse, está usted de muy mal talante. Por ventura, ¿no somos felices aquí? Tenemos cuanto nos hace falta; vivimos en la paz del paraíso.

Entonces la Teuse se contuvo, rióse a su vez, y contestó:

—Usted es un santo varón, señor cura. Venga usted a ver lo bien preparada que está mi lejía; mejor es esto que andarnos con disputas.

Tuvo que seguirla, porque le amenazaba con no dejarle salir si no la felicitaba por su lejía. Salía del comedor, cuando tropezó en el pasillo con unos cascotes.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Nada—contestó la Teuse, con su ademán terrible. Es el presbiterio que se viene al suelo. Pero como usted se encuentra bien, como tiene cuanto le hace falta... ¡Ah! No faltan grietas; mire usted ese techo. ¿No está bastante resquebrajado? Si el mejor día no nos vemos aplastados, justo es que ofrezcamos un desafortado cirio a nuestro ángel de la guarda. En fin, ya que así le conviene a usted... Lo mismo anda esto que la iglesia: dos años largos hace que deberían haberse sustituido los cristales rotos. En el invierno hasta el divino Señor queda transido de frío. Si hubiese cristales, esos granujas de gorriones no entrarían. Acabaré por pegar papel yo misma, se lo prevengo a usted.

—¡Eh! pues mire usted, no es mala idea—dijo en voz queda el cura,—se podría pegar papel... En

cúanto a las paredes, son más sólidas de lo que se cree... En mi cuarto, el suelo tan sólo ha cedido delante de la ventana. La casa nos enterrará a todos.

Llegado bajo el pequeño cobertizo, cerca de la cocina, extasióse en la contemplación de la lejía para dejar satisfecha a la Teuse; hasta fué preciso que la oliese y que hundiese en ella los dedos. Entonces la vieja, embelesada, se mostró maternal. Ya no volvió a refunfuñar, y corrió en busca de un cepillo, diciendo:

—¡Me parece que no va usted a salir con el lodo de ayer en la sotana! Si la hubiese usted dejado en la barandilla, ya estaría limpia... Todavía está buena esta sotana; pero recójala usted bien, cuando haya de atravesar un campo; los cardos lo destrozan todo.

Hacíale dar vueltas, como a un niño, sacudiéndole de pies a cabeza, con las violentas arremetidas del cepillo.

—Bueno, basta, basta—dijo el cura escapándose.

—Tenga usted cuidado con Deseada, ¿estamos? Voy a decirle que me voy.

Pero en aquel instante una voz clara llamó:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Deseada llegaba corriendo, radiante de alegría, con la cabeza al aire, con los negros cabellos sujetos fuertemente en la nuca, y con las manos y los brazos cubiertos de mantillo hasta los codos. Se hallaba limpiando sus gallinas. Cuando vió a su hermano a punto de salir con el breviario bajo el brazo, se puso a reír con todas sus fuerzas, besándole en plena boca, con las manos echadas atrás, para no tocarle.

—No, no — balbuceaba, — te ensuciaría... ¡Oh! ¡cuánto me divierte! Ya verás los animalejos cuando vuelvas.

Y huyó a toda prisa. El padre Mouret dijo que volvería allá a las once, para el almuerzo. Y púsose a andar, cuando la Teuse, que le había acom-

pañado hasta el umbral, le salió con sus últimas recomendaciones.

—No se olvide usted de ver al hermano Archan-gias... Pase por casa de los Bricbet; la mujer vino ayer, siempre para hablar de aquel matrimonio... Señor cura, escúcheme usted. Me he topado con la Rosalía; por su parte, no pediría cosa mejor que casarse con ese mocetón de Fortunato. Hable usted al tío Bambousse, quizás ahora le escuchará a usted... Y no vuelva usted a las doce, como sucedió el otro día. A las once, diga usted a las once, ¿no es así?

Pero el sacerdote ya no se volvió, y ella entró en la casa, murmurando entre dientes:

—¡Si ustedes se figuran que me escucha!... Aun no tiene más que veintiséis años y tan solo hace lo que le viene en gana. Pero, así como así, por su bondad, podría servir de modelo a cualquier hombre de sesenta años; pero apenas ha vivido, y nada le cuesta a ese hermoso muchacho ser tan puro como un ángel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

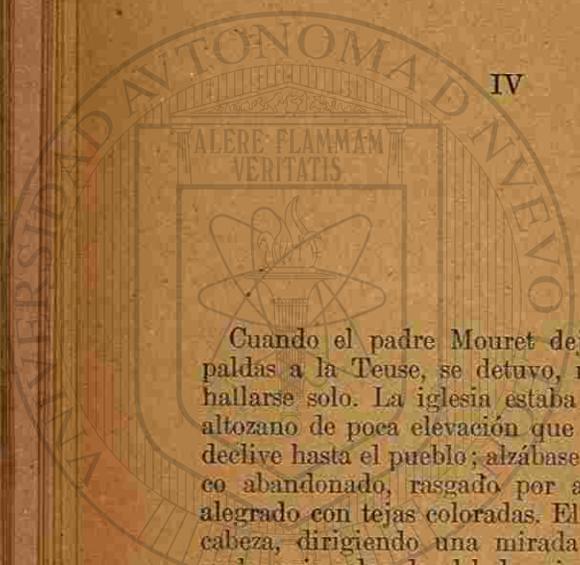
nes, que los vendabales parecía que debían entrar allí al primer soplo. El padre Mouret, que estaba encarinado por aquella ruina, fué a recostarse contra una de las hojas de la puerta, en la escalinata. Desde allí abrazaba con sólo una mirada toda la extensión del país. Con las manos a guisa de pantalla miraba y buscaba a lo lejos.

—Bambousse debe de encontrarse en sus tierras de las Olivettes—dijo para sí.

En el mes de mayo, una vegetación formidable, que no tardaría en abrasar el ardiente cielo de junio, hendía aquel suelo de guijarros. Espliegos colosales, matorrales de enebros y abundancia de hierbas comunes, subían por la escalinata y llevaban sus ramos de sombría verdura hasta las tejas. El primer empuje de la sávia amenazaba con destruir la iglesia, con los recios tallos de nudosas plantas, que se introducían por las menores hendiduras y arrancaban las piedras con las largas y nerviosas garras de sus raíces. En aquella hora matutina, en plena labor de crecimiento, era aquello un zumbido de calor, un interminable y silencioso esfuerzo que levantaba las rocas con su estreñecimiento. Mas el sacerdote no sentía el aferramiento de vida, el ardor de aquellos partos laboriosos, creía que el peldaño vacilaba y fué a apoyarse contra la otra hoja de la puerta, escudriñando siempre a lo lejos.

La extensión del país alcanzaba a dos leguas, circundado por un muro de amarillas colinas, manchadas de negro por los pinares; terrible país de páramos desecados de aristas rocosas que desgarran el suelo. Los reducidos pedazos de tierra laborable ostentaban charcas recientes, campos rojizos en que se alineaban hileras de raquícos almendros, grises copas de olivos, y surcos de viñedos, rayando la campiña con sus oscuros troncos. Habríase dicho que un formidable incendio había pasado por allí, sembrando en las alturas las cenizas de los bosques, quemando las praderas, dejan-

IV



Cuando el padre Mouret dejó de oír a sus espaldas a la Teuse, se detuvo, muy satisfecho con hallarse solo. La iglesia estaba edificada sobre un altozano de poca elevación que descendía en suave declive hasta el pueblo; alzabase allí como un aprisco abandonado, rasgado por anchas ventanas, y alegrado con tejas coloradas. El sacerdote volvió la cabeza, dirigiendo una mirada al presbiterio, casucha gris, adosada al lado mismo de la nave; después, como si hubiese temido verse de nuevo atrapado por el inagotable parloteo que zumbaba a sus oídos desde por la mañana, remontó a la derecha y no se tuvo por seguro hasta que se encontró frente a la puerta grande, en donde no se le podía distinguir desde la casa del cura. La fachada de la iglesia, desprovista de todo adorno, carcomida por el sol y la lluvia, veíase rematada por una pequeña espadaña de mampostería, en cuyo centro una pequeña campana destacaba su negro perfil; distinguíase el extremo de la cuerda que penetraba por las tejas. Seis escalones destrozados, medio enterrados por uno de los extremos, llevaban a la alta puerta redonda, agrietada, comida por el polvo, por la herrumbre y por las telas de araña; hallábase en estado tan deplorable sobre sus destrozados goz-

do su esplendor y su calor de gran horno en los huecos. Apenas, a largas distancias, el verde pálido de un banal de trigo, fijaba una nota suave. El horizonte permanecía hosco, sin un hilito de agua, muriéndose de sed, y volando en inmensos remolinos de polvo a las menores bocanadas de viento. Y allá en lontananza, merced a un desmoronamiento de las colinas del horizonte, se distinguía una lejana perspectiva de verdes húmedos, un trozo del cercano valle, fecundado por el Viorne, un riachuelo que baja de las gargantas del Seille.

El padre Mouret, no dando con lo que buscaba a lo lejos, con los ojos deslumbrados, dirigió la mirada hacia el pueblo, cuyas pocas casas parecían desbandarse debajo de la iglesia. Miserables casucas formadas de adobes y tablas diseminadas a lo largo de un estrecho camino, sin calles indicadas. Componían unas treinta, unas apiladas sobre el estiércol, y las otras más vastas, más alegres, con sus tejas color de rosa. Algunos trozos de jardín, conquistados sobre los peñascos, ostentaban los bancales de hortalizas, cortados con setos formados por plantas vivas. En aquella hora en los Artaud no había un alma; ni una mujer a las ventanas, ni un muchacho revolcándose en el polvo; tan sólo las manadas de gallinas iban y venían, escarbando en la paja, picoteando hasta en los umbrales de las casas abiertas de par en par, bostezaban placenteras al sol. Un enorme perro negro, asentado sobre sus patas traseras, a la entrada de la aldea, parecía guardarla.

—¡Voriau! ¡Voriau!—llamó el sacerdote.

Pero el perro no se movió. El padre Mouret sintió que poco a poco iba apoderándose de él un extraño amodorramiento. El sol que iba remontando, bañábale con tibieza tal, que le llevó a apoyarse contra la puerta de la iglesia, invadido por placentera paz. Pensaba en aquel pueblecillo de los Artaud, nacido allí, entre las piedras, así como

una de las nudosas vegetaciones que le rodeaban. Todos los habitantes eran parientes, todos llevaban el mismo nombre, en tal medida que habían de adoptar apodos desde la cuna, para distinguirse entre ellos. Un antepasado, un Artaud, había llegado allí y se fijó en medio de aquel páramo, como un paria; después su familia fué creciendo con la feroz vitalidad de las hierbas que absorben la vida de los peñascos, su familia había concluido por componer toda una tribu, una comunidad, cuyo parentesco se perdía en la noche de los tiempos, remontándose a siglos. En el fondo de aquel desolado cinturón de colinas, constituía un pueblo a parte, una raza nacida del propio suelo, una humanidad de ciento cincuenta cabezas, que parecía dar comienzo a los tiempos.

En cuanto al joven sacerdote, podía decirse que conservaba en sí toda la muerta sombra del seminario. Quería permanecer en la borrosa claridad de su celda, en el silencio de los corredores, en el recogimiento de aquel antiguo convento de Plasans, en donde ni un hálito respiraba. Durante muchos años ni había conocido el sol; hasta ignoraba que existiese, con los ojos cerrados, fijos en el alma, sin sentir más que desprecio hacia la condenada naturaleza. Por mucho tiempo, en las horas de recogimiento, cuando la meditación le proster-naba, había estado soñando un desierto de eremita, algún hueco en una montaña, en donde nada de la existencia, ni ser, ni planta, ni agua, fuesen a distraerle de la contemplación de Dios. Era un arranque de amor puro, un horror por la sensación física. Allí, muriendo en sí mismo, con la espalda vuelta a la luz, habría esperado el no ser, el perderse en la soberana blancura de las almas. El sol aparecíasele por completo blanco, con blancura de luz, como si nevasen flores de lis, como si todas las purezas, todas las inocencias, todas las castidades resplandeciesen. Pero su confesor le reprendía, cuando le contaba sus anhelos de soledad,

sus necesidades de candor divino; llamábale a las luchas de la iglesia, a las necesidades del sacerdocio. Más adelante, después de haberse ordenado, el joven sacerdote había venido a los Artaud, a instancia propia, con la esperanza de realizar su ensueño de aniquilamiento humano. En medio de aquella miseria, en aquella tierra estéril, podría taparse los oídos para los ruidos del mundo, viviría en el olvido, en el sueño de los justos. Y, en efecto, al cabo de muchos meses, permanecía allí sonriente; apenas un estremecimiento del pueblo le turbaba muy de tarde en tarde; apenas una picadura más ardiente del sol le molestaba, cuando andaba por los senderos, con el pensamiento en el cielo, sin oír la germinación constante en medio de la cual caminaba.

Voriau acababa de decidirse a subir junto al padre Mouret, para sentarse a sus pies, siempre sobre sus patas traseras, mas el sacerdote continuaba absorto en la suavidad de la mañana. La vispera había dado comienzo a los ejercicios del Rosario de María, atribuyendo el grande gozo que sobre él descendía a la intercesión de la Virgen ante su divino Hijo. ¡Y cuán despreciables le parecían los bienes terrenales! ¡Con cuánto agradecimiento sentíase pobre! Y al recibir las órdenes, como hubiese perdido a su padre y a su madre en el mismo día, a consecuencia de un drama, cuyos horrores ignoraba aún, había dejado a un su hermano mayor toda la fortuna. Nada le ligaba a la tierra más que su hermana; habíase encargado de ella, llevado por una especie de ternura religiosa hacia aquella débil cabeza. La inocente criatura era tan pueril, tan niña, que se le ofrecía con la pureza de esos pobres de espíritu, a los cuales el Evangelio concede el reino de los cielos. No obstante, de algún tiempo a aquella parte le causaba cierta inquietud; crecía demasiado robusta, demasiado sana, sentía demasiado la vida. Mas aquello apenas constituía un malestar. El sacerdote pasaba los días

entregado a la existencia interior que se había creado, abandonándolo todo para entregarse a sí mismo por entero. Cerraba la puerta a los sentidos, buscaba la manera de desligarse de las necesidades del cuerpo, sin ser ya más que un alma extasiada por la contemplación. La naturaleza no le ofrecía más que acechanzas e inmundicias; cifraba toda su gloria en violentarla, en despreciarla, en desprenderse de su humano cieno. El justo debe ser un insensato, según el mundo: así era que se consideraba como extraño, como desterrado en la tierra, no teniendo más norte que los bienes celestiales, y sin poder comprender que se parangonase una eternidad de bienandanza con unas cuantas horas de alegría perecedera. Su razón le engañaba, mentándole sus deseos. Si adelantaba en el camino de la virtud, era sobre todo debido a su humildad y a su obediencia. Quería ser el último de todos, sometido a todos, para que el divino rocío cayese sobre su corazón como sobre estéril arena; tenía por cubierto de oprobio y de confusión, indigno para siempre de ser redimido del pecado y sin tener más esperanza que en la bondad del cielo. Ser humilde, es creer, es amar. Ni siquiera dependía ya de sí mismo, ciego, sordo, carne muerta. Cosa era perteneciente a Dios. Entonces, de aquella abyección en que se hundía, un hesannah lo remontaba por encima de los infelices y de los poderosos, al resplandor de una bienandanza sin fin.

Por tal modo el padre Mouret había encontrado en los Artaud los arrobamientos del claustro, tan ardientemente suspirados en otro tiempo, en cada una de sus lecturas de la *Imitación*. Nada en su ser había combatido todavía. Era perfecto, desde su primera posternación, sin lucha, sin sacudidas, como anonadado por la gracia, en el olvido absoluto de la carne. Éxtasis de la proximidad de Dios, que conocen algunos jóvenes sacerdotes; hora feliz en que todo calla, en que los deseos tan sólo constituyen una inmensa necesidad de pureza. No había

puesto su consuelo en ninguna criatura humana. Cuando se cree que una cosa lo es todo, nada podría hacer vacilar, y él creía firmemente que Dios lo era todo, que su humildad, su obediencia, su castidad, lo eran todo. Recordaba haber oído hablar de la tentación como de un martirio abominable que pone a prueba a los más santos. Mas él se sonreía, porque el Señor nunca le había abandonado. Caminaba en su fe, como envuelto en una coraza que le protegía contra los menores hálitos ponzoñosos. Hacía memoria de que a los ocho años lloraba de amor en los apartados rincones; no sabía a quien amaba; gemía porque amaba a alguien que se hallaba lejos. Siempre habíase quedado enternecido. Con el andar de los tiempos, quiso ser sacerdote, para satisfacer aquella necesidad de amor sobrehumano que constituía su único tormento. No sabía a dónde convertir sus miradas para amar más aún. Si la tentación había de venir, esperábala con su serenidad de seminarista ignorante. Habíase matado el hombre en él; lo conocía y sentíase dichoso al considerarse a parte, criatura castrada, desviada, marcada con la tonsura como una oveja del Señor.

V

Entretanto el sol calentaba la puerta principal de la iglesia. Doradas moscas zumbaban en torno de una gran flor que crecía entre dos de los peldaños de la escalinata. El padre Mouret, un tanto aturdido, se determinó a alejarse cuando Voriau se lanzó, ladrando con furia, hacia la verja del pequeño cementerio, que se hallaba a la izquierda de la iglesia. Al propio tiempo una áspera voz gritó:

—¡ Ah, holgazán! ¡ faltas a la escuela, y en donde se te encuentra es en el cementerio!... ¡ No digas que no! Hace un cuarto de hora que estoy vigilando.

El sacerdote se adelantó. Conoció a Vicente a quien un Hermano de las escuelas cristianas tenía fuertemente cogido por una oreja. El muchacho se encontraba como suspendido sobre una sima que bordeaba el cementerio, y en cuyo fondo se deslizaba el Masele, un torrente cuyas blancas aguas iban, a dos leguas de allí, a arrojarse al Viorne.

—¡ Hermano Archangias!—dijo con dulzura el sacerdote, para inclinar a tan terrible hombre a la indulgencia.

Pero el Hermano no soltaba la oreja.

—¡Ah! es usted, señor cura—gruñó.—Figúrese usted que ese vago se halla siempre metido en el cementerio. No sé qué barrabasada puede estar haciendo allí... Debería soltarle para que fuera a estrellarse los sesos allá abajo, en el fondo. Le estaría muy bien empleado.

El muchacho no chistaba, agarrado a las malezas y con los ojos cazarraamente cerrados.

—Mucho cuidado, Hermano Archangías—repuso el sacerdote.—fácilmente podría resbalar.

Y ayudó a subir a Vicente.

—Veamos, amiguito mío, ¿qué es lo que hacías allí? En los cementerios no se debe jugar.

El galopín había abierto los ojos, apartándose con miedo del Hermano y poniéndose bajo la protección del padre Mouret.

—Voy a decírselo a usted—murmuró levantando hacia éste su astuto rostro.—Hay en las zarzas un nido de urracas, debajo de esta roca... Hace ya más de diez días que lo estoy acechando... Ahora, como los piquitos ya han salido, vine esta mañana, después de haberle ayudado a usted la misa...

—¡Un nido de urracas!—dijo el Hermano Archangías.—¡Espera, espera!

Apartóse y buscó en una tumba un terrón de tierra, que arrojó sobre las zarzas. Mas no acertó a dar en el nido. Un segundo terrón lanzado con más destreza, conmovió el frágil nido, echando a los piquitos al torrente.

—De este modo—prosiguió sacudiéndose las manos para limpiárselas,—no vendrás más por aquí a rodar como un pagano... Los muertos irán a tirarte de los pies, por la noche, si continúas todavía andando sobre sus sepulturas.

Vicente, que se había reído al ver el nido irse patas arriba, miró a su alrededor con encogimiento de hombros, como un valiente, y dijo:

—¡Oñ! Yo no tengo miedo. Los muertos no se mueven.

El cementerio, en realidad, no inspiraba miedo

alguno. Era un terreno descubierto, en donde los angostos senderos se perdían por la invasión de las hierbas. Aquí y acullá veíanse hinchazones del suelo. Una piedra tan sólo, en pie y nuevecita, que era el túmulo del padre Caffin, mostraba su silueta blanca allí en medio. Ninguna otra cosa se veía sino brazos de cruces arrancadas, pedazos de madera secos, antiguas losas medio enterradas, corroídas por el moho. Allí no se enterraba dos veces al año. Parecía que la muerte no habitaba en aquella tierra baldía, a donde la Teuse iba, todas las tardes, a llenar un delantal de hierbas para los conejos de Deseada. Un gigantesco ciprés, plantado a la puerta, paseaba tan sólo su sombra por el desierto campo. Aquel ciprés que se veía de tres leguas a la redonda, era conocido en toda la comarca con el nombre del Solitario.

—Está cuajado de lagartos—agregaba Vicente, quien miraba la agrietada pared de la iglesia.—Habría para divertirse de lo lindo.

Mas se escapó dando un brinco, viendo que el Hermano estiraba el pie. Este hizo notar al cura el mal estado de la verja. Estaba por completo corroída por la herrumbre, un gozne fuera de su sitio y la cerradura rota.

—Habría que componer todo esto—dijo.

El padre Mouret se sonrió sin contestar. Y dirigiéndose a Vicente, que forcejeaba con Voriau:

—Dime, arrapiezo—le preguntó—¿sabes en dónde trabaja el tío Bambousse esta mañana?

El muchacho dirigió una mirada al horizonte.

—Debe de hallarse en su campo de las Olivettes—contestó con la mano extendida hacia la izquierda.

—Por lo demás Voriau va a acompañar a usted, señor cura. Es indudable que sabe dónde está su amo.

Entonces dió unas palmadas y gritó:

—¡Eh! ¡Voriau, aquí!

El gran perro negro vaciló un instante, moviendo la cola y tratando de leer en los ojos del pilluelo.

En seguida, ladrando de alegría, se lanzó hacia la aldea. El padre Mouret y el Hermano Archangias le siguieron conversando. Cien pasos más allá, Vicente les dejó socarronamente, volviendo a subir hacia la iglesia, acechándolos, dispuesto a esconderse tras de unas matas, si volvían la cabeza. Con flexibilidad de culebra, se deslizó nuevamente en el cementerio, en aquel paraíso en que había nidos, lagartos y flores.

Entretanto, mientras que Voriau les precedía en el polvoriento camino, el Hermano Archangias decía al sacerdote, con su irritado acento:

—Créame usted, señor cura, son un semillero de condenados, esos verdaderos sapos. Habría que molerlos a palos para hacerlos agradables a Dios. Se crían en la irreligión, como sus padres. Quince años hace que estoy aquí, y esta es la hora en que no he podido hacer un cristiano. En cuanto salen de mis manos ¡buenas noches! se van todos a labrar la tierra, a sus viñas, a sus olivares. Ni uno sólo pone el pie en la iglesia. ¡Verdaderos brutos que luchan con sus campos de guijarros!... ¡Hay que enderezarlos a estacazos, señor cura, a estacazos!

Y, en seguida, tomando aliento, agregó con gesto terrible:

—Mire, usted, estos Artaud son como esas zarzas, que corroen hasta las piedras. Ha bastado un sólo tronco para que el país quede envenenado. Se encaraman, se multiplican, viven contra viento y marea. Preciso será el fuego del cielo, como en Comorra, para limpiar todo esto.

—No hay que desesperar nunca de los pecadores—dijo el padre Mouret, que andaba a paso corto, en su paz interior.

—No, esos son para el diablo—repuso con más violencia el Hermano.—Yo fui labrador como ellos. Hasta la edad de dieciocho años he cavado la tierra. Y, andando el tiempo, en la Institución, he barrido y limpiado las hortalizas y hecho los trabajos más groseros. No es su ruda tarea lo que les repro-

cho; al contrario, el Señor prefiere a los que viven en la humildad y bajeza... Pero los Artaud se portan como bestias. Son como sus perros que no asisten a la misa, que hacen chacota de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Llegarían a fornicar con sus piezas de tierra: tan grande es el carifío que les tienen.

Voriau, con la cola al viento, se detenía y volvía a emprender su trote, tras de haberse asegurado de que los hombres no dejaban de seguirle.

—Hay, en efecto, abusos muy deplorables—dijo el padre Mouret.—Mi antecesor, el padre Caffin...

—Era un pobre hombre—interrumpió el hermano.—Nos vino de Normandía, a consecuencia de una no muy limpia historia. Aquí sólo pensó en vivir bien, y dejó que todo anduviese en el mayor desorden.

—No, por cierto; el padre Caffin hizo cuanto le fué posible; mas precisa confesar que sus esfuerzos fueron poco menos que estériles; hasta los que yo empleo quedan las más de las veces sin resultado.

El Hermano Archangias se encogió de hombros. Anduvo un instante en silencio, descaderando su alto y delgado cuerpo, como cortado a hachazos. El sol le daba en el cogote, de piel curtida, hundiendo en la sombra su rudo semblante de campesino, como hoja de sable.

—Escuche usted, señor cura—repuso por último; —yo estoy muy por debajo de usted para dirigirle observaciones; no hay más sino que cuento con el doble de la edad de usted, y que conozco el país, lo que me autoriza a decirle que maldita la cosa que conseguirá usted si tan sólo echa mano de la dulzura.... Entiéndalo bien, el catecismo basta. El Señor no tiene misericordia para los impíos. Los achicharra. Aténgase usted a esto.

Mas como el padre Mouret, con la cabeza inclinada, no abriese la boca, prosiguió:

—La religión huye de los campos porque se

hace demasiado bondadosa. En tanto que habló como señora que no perdonaba, ha sido respetada siempre... No sé qué es lo que enseñan a ustedes en los seminarios. Los curas nuevos lloran como niños con sus feligreses. Dios parece cambiado por completo... Juraría, señor cura, que ni siquiera sabe usted ya el catecismo de memoria.

El sacerdote, mortificado por aquella voluntad que trataba de imponérsele con tanta rudeza, levantó la cabeza y dijo con cierta sequedad:

—Bien está, el celo de usted es digno de alabanza... Pero ¿no tiene nada que decirme? Esta mañana ha estado usted en la casa rectoral, ¿no es así?

El hermano Archangias contestó brutalmente:

—Tenía que decirle a usted lo que le he dicho... Los Artaud viven como sus cerdos. Ayer precisamente supe que Rosalía, la hija mayor del tío Bambousse, está en cinta. Todas esperan esto para casarse. De quince años a esta parte, ninguna he conocido que no haya hecho Pascua antes de Ramos... Y le salen a usted riendo con que esa es la costumbre del país...

—Sí—murmuró el padre Mouret—es un gran escándalo... Precisamente voy en busca del tío Bambousse para hablarle sobre el particular. Ahora sería muy de apetecer que el casamiento se realizase lo antes posible... El padre de la criatura, según parece, es Fortunato, el nieto de los Bricet. Por desgracia los Bricet son pobres.

—¡Esa Rosalía!—prosiguió el hermano,—apenas ha cumplido los dieciocho años. Se pierden en los mismos bancos de la escuela. Todavía no había cumplido cuatro años cuando la tenía yo en la escuela: ya era una viciosa... Ahora tengo a su hermana Catalina, una galopina de once años, que promete ser tan desvergonzada como su hermana mayor. Se la encuentra por todos los rincones con ese pillastrón de Vicente. ¡Vaya! por más que se les tire de las orejas hasta que derramen sangre, la mujer

siempre surge en ellas. Llevan la condenación en sus sayas; muy buenas para arrojarlas al estercolero, con sus porquerías que envenenan. ¡Qué desahogo tan grande resultaría, si se estrangulase a todas las muchachas al nacer!

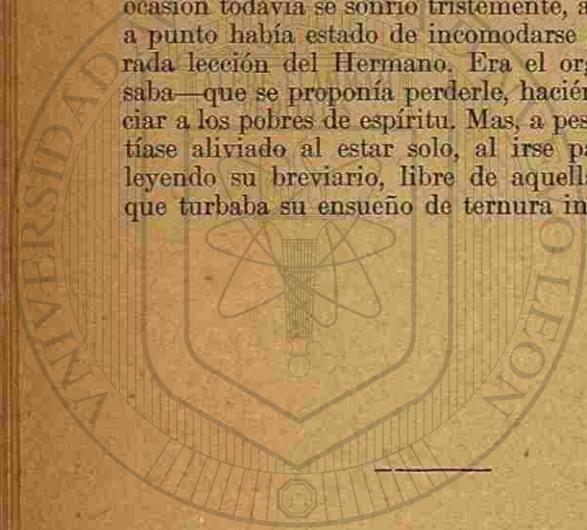
El asco, el odio hacia la mujer le llevaron a blasfemar como un carretero. El padre Mouret, después de haberle escuchado, con el semblante tranquilo, acabó por sonreírse ante tamaña violencia. Llamó a Voriau, que se había apartado a un campo vecino.

—Mire usted—exclamó el Hermano Archangias, señalando a un grupo de muchachos que jugaban en lo hondo de una barranca,—ahí tiene usted a los muy picarones que faltan a la escuela, con el pretexto de que van a ayudar a sus padres en el trabajo de las viñas... Esté usted seguro de que esa holgazana de Catalina está entre ellos. Se perece por resbalar. La va usted a ver con sus sayas sobre la cabeza. ¡Eh! ¿Qué le decía yo a usted?... Hasta la tarde, señor cura... ¡Esperad, esperad, grandísimos pillos!

Y apretó a correr, con su sucio alzacuello volándolo en los hombros y con su larga y graciosa sotana, arrancando los cardos. El padre Mouret le vió caer en medio del hato de muchachos, que huyeron como bandada de gorriones espantados. Pero había conseguido coger por las orejas a Catalina y a otro galopín. Llevóselos hacia el pueblo, sujetándoles bien con sus grandes y velludos dedos y colmándoles de injurias.

El sacerdote prosiguió su camino. A veces el Hermano Archangias le producía extraños escrúpulos; aparecíasele en medio de su vulgaridad, de su crudeza, como el verdadero hombre de Dios, sin lazos terrestres, entregado enteramente a la voluntad del cielo, humilde, rudo, con la inmundicia en la boca contra el pecado. Y el sacerdote se desesperaba por no poder despojarse todavía más de su cuerpo, de no ser feo, inmundo, hediendo la gusanera de los

santos. Cuando el Hermano lo hubo sublevado con sus palabras sobrado atrevidas, con alguna expresión más que brutal, acusábase en seguida por sus suavidades, por sus naturales altiveces, como si fuesen verdaderas faltas. ¿No debía de sentirse muerto para todas las debilidades de este mundo? En esta ocasión todavía se sonrió tristemente, al pensar que a punto había estado de incomodarse por la acalorada lección del Hermano. Era el orgullo — pensaba — que se proponía perderle, haciéndole despreciar a los pobres de espíritu. Mas, a pesar suyo, sentíase aliviado al estar solo, al irse pasito a paso, leyendo su breviario, libre de aquella áspera voz que turbaba su ensueño de ternura inmaculada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

VI

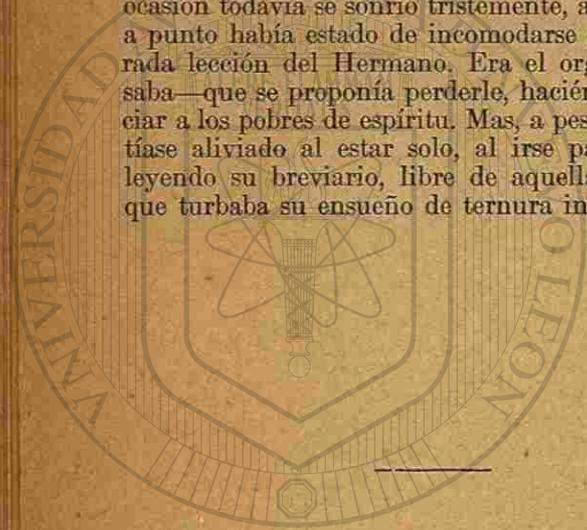
El camino se desenvolvía entre derrumbamientos de peñascos, en medio de los cuales los labriegos habían, de tarde en tarde, conquistado cuatro ó cinco metros de tierra gredosa plantada con viejos olivos. Bajo los pies del sacerdote el polvo de los profundos surcos dejaba oír ligeros estallidos ocasionados por la nieve. A veces, al recibir en el rostro un hálito más abrasador, alzaba los ojos de su libro, para ver de dónde le llegaba aquella caricia; mas su mirada permanecía indecisa, perdida sin verlo, en el inflamado horizonte, sobre las retorcidas líneas de aquel campo de pasión, reseca, desfallecido al sol, en un revolcarse de mujer ardiente y estéril. Echábase el sombrero sobre la frente para resguardarse del hálito abrasador, y volvía nuevamente a su lectura, con toda placidez; en tanto que la sotana levantaba tras él una ligera humareda, que corría a ras del camino.

—Buenos días, señor cura—le dijo un labriego que pasaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

30821

santos. Cuando el Hermano lo hubo sublevado con sus palabras sobrado atrevidas, con alguna expresión más que brutal, acusábase en seguida por sus suavidades, por sus naturales altiveces, como si fuesen verdaderas faltas. ¿No debía de sentirse muerto para todas las debilidades de este mundo? En esta ocasión todavía se sonrió tristemente, al pensar que a punto había estado de incomodarse por la acalorada lección del Hermano. Era el orgullo — pensaba — que se proponía perderle, haciéndole despreciar a los pobres de espíritu. Mas, a pesar suyo, sentíase aliviado al estar solo, al irse pasito a paso, leyendo su breviario, libre de aquella áspera voz que turbaba su ensueño de ternura inmaculada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

El camino se desenvolvía entre derrumbamientos de peñascos, en medio de los cuales los labriegos habían, de tarde en tarde, conquistado cuatro ó cinco metros de tierra gredosa plantada con viejos olivos. Bajo los pies del sacerdote el polvo de los profundos surcos dejaba oír ligeros estallidos ocasionados por la nieve. A veces, al recibir en el rostro un hálito más abrasador, alzaba los ojos de su libro, para ver de dónde le llegaba aquella caricia; mas su mirada permanecía indecisa, perdida sin verlo, en el inflamado horizonte, sobre las retorcidas líneas de aquel campo de pasión, reseca, desfallecido al sol, en un revolcarse de mujer ardiente y estéril. Echábase el sombrero sobre la frente para resguardarse del hálito abrasador, y volvía nuevamente a su lectura, con toda placidez; en tanto que la sotana levantaba tras él una ligera humareda, que corría a ras del camino.

—Buenos días, señor cura—le dijo un labriego que pasaba.

30821

Ruidos de azadones, a lo largo de los bancales, seguían arrancándole a su recogimiento. Volvía la cabeza y distinguía, en medio de los viñedos, robustos y angulosos ancianos que le saludaban. Los Artaud, en pleno sol, fornicaban con la tierra, según la frase del Hermano Archangias. Aquellas sudorosas frentes aparecían tras de las zarzas, pechos jadeantes se dilataban con lentitud, con ardiente esfuerzo de fecundación, en medio del cual andaba el sacerdote con su tan despacioso paso de ignorancia. Nada de perturbador llegaba hasta su ser, de la gran obra de amor de que se henchía la espléndida mañana.

—Eh, Voriau, no se come uno a la gente!—gritó alegremente una robusta voz, haciendo callar al perro, que ladraba como un desesperado.

El padre Mouret alzó la cabeza.

—Eres tú, Fortunato—dijo adelantándose a la orilla del bancal, en el que el joven labriego trabajaba.—Precisamente quería hablarte.

Fortunato tenía la misma edad que el sacerdote. Era un muchachote de aspecto emprendedor y con la tez ya curtida. Hallábase desmontando un pedazo de terreno pedregoso.

—¿A propósito de qué, señor cura?—preguntó.

—A propósito de lo que ha pasado entre tú y Rosalía—contestó el sacerdote.

Fortunato se echó a reír. Debía parecerle cosa chistosa el que un cura se ocupara de cosa semejante.

—¡Caramba!—exclamó.—Fué porque ella lo quiso; yo no la he forzado... Tanto peor si el tío Bambousse se resiste a dármela. Ya ha visto usted que su perro se disponía a morderme hace un momento. Lo azuza contra mí.

El padre Mouret iba a continuar, cuando el viejo Artaud, apodado Bricchet, a quien no había visto en un principio, salió de detrás de un matojo, en donde comía con su mujer. Era pequeñín, agostado por la edad y de aspecto humilde.

—Le habrán contado a usted mil embustes, señor cura—exclamó.—El muchacho está dispuesto a casarse en seguida con Rosalía... Cosas de la juventud. Nadie tiene la culpa. Hay otros que han hecho lo mismo que ellos, y no por eso han dejado de vivir bien... El asunto no depende de nosotros. Hay que hablar al tío Bambousse. El es quien nos desprecia, a causa de su dinero.

—Sí, nosotros somos demasiado pobres—gimió la tía Bricchet, alta mujer lloricona, que se levantó a su vez.—Nosotros tan sólo poseemos este pedazo de terreno, en donde el demonio hace llover guijarros, es la verdad. No nos da siquiera un pedazo de pan... A no ser por usted, señor cura, la vida resultaría imposible.

La tía Bricchet era la única devota del pueblo. Cuando había comulgado, rodaba alrededor de la rectoría, sabiendo que la Teuse le guardaba siempre un par de panes de la última hornada. A veces, hasta cargaba con una gallina o un conejo, que le daba Deseada.

—Esos escándalos se repiten muy a menudo—repuso el sacerdote.—Es preciso que ese matrimonio se realice lo más pronto posible.

—En seguida, cuando los otros lo quieran—dijo la vieja, llena de inquietud por los regalos que recibía.—¿No es así? No seremos nosotros, Bricchet, tan malos cristianos que vayamos a contrariar al señor cura.

Fortunato se reía maliciosamente.

—Por mi parte estoy dispuesto—declaró—y la Rosalía también... Ayer la ví, detrás del molino. No estamos reñidos, todo lo contrario... Y nos quedamos juntitos, riendo...

El padre Mouret le interrumpió:

—Está bien. Voy a hablar a Bambousse. Según creo, está allí, en las Olivettes.

El sacerdote se alejaba, cuando la tía Bricchet le preguntó qué había sido de su hijo menor, Vicente, que se había ido por la mañana para ayudar la

misa. Era un galopín que necesitaba los consejos del señor cura. Y acompañó a éste durante unos cien pasos, quejándose de su miseria, de las patatas que faltaban, del frío que había helado los olivos, de los calores que amenazaban con achicharrar las escasas cosechas. Y le dejó, dándole la seguridad de que su hijo Fortunato rezaba sus oraciones, por la mañana y por la noche.

Ahora Voriau iba delante del padre Mouret. Al llegar a un recodo del camino, se lanzó bruscamente a las tierras. El padre tuvo que tomar una vereda que subía por un collado. Se hallaba en las Olivettes, la zona más fértil del país, en donde el alcalde de la comuna, Artaud, alias Bambousse, poseía muchos campos de trigo, olivares y viñedos. En esto, el perro se había lanzado a las faldas de una muchacha morena, que se rió de la mejor gana, al distinguir al sacerdote.

—¿Estaría tu padre ahí, Rosalía?—le preguntó el último.

—Allí enfrente—le contestó extendiendo la mano y sin cesar de reír.

Y en seguida, dejando el pedazo de tierra que escardaba, púsose a andar delante de él. Su embarazo, aun no en meses mayores, se manifestaba tan sólo por una ligera hinchazón de caderas. Tenía el firme contoneo de las robustas trabajadoras, con la cabeza al sol y con el cogote como chamuscado, con cabellos negros, asentados como crines. Sus verdosas manos olían a las hierbas que arrancaban.

—Padre—gritó,—ahí tiene usted al señor cura que pregunta por usted.

Y no volvió la cabeza, manteniéndose descarada y conservando su socarrona risa de bestia impúdica. Bambousse, gordo, sudoroso, con la cara redonda, dejó su tarea para salir regocijado, al encuentro del sacerdote.

—Juraría que quiere usted hablarme, de las reparaciones de la iglesia—le dijo, sacudiéndose las manos llenas de tierra.—Pues bien, no, señor cura,

la cosa no es posible. La comuna no tiene un céntimo... Si Dios misericordioso proporciona el yeso y las tejas, nosotros pagaremos los albañiles.

Aquella broma de labriego incrédulo le hizo descoyuntarse de risa. Golpeóse los muslos, tosió y por poco se ahoga.

—No es por la iglesia por lo que he venido—contestó el padre Mouret.—Quería hablarle a usted de su hija Rosalía...

—¿Rosalía? ¿Qué es lo que le ha hecho a usted?—preguntó Bambousse guiñando los ojos.

La campesina fijaba sus miradas con descoco en el joven sacerdote, llevándolas desde sus blancas manos a su cuello de doncella, gozando sobre manera y haciendo lo posible para que se la subiesen los colores. Mas él, secamente, apacible el rostro, como si hablase de algo que no comprendía:

—Ya sabe usted lo que quiero decir, tío Bambousse. Está embarazada y hay que casarla.

—¡Ah! es para eso—murmuró el viejo con su ademán chocarrero.—Gracias por la comisión, señor cura. Los Bricchet son los que le envían a usted, ¿verdad que sí? La tía Bricchet va a misa y usted le da una ayuda de costa para casar a su hijo; se comprende. Mas, en cuanto a mí, yo no caigo en el garlito. El negocio no me conviene, y aquí paz y después gloria.

El sacerdote, sorprendido, le dijo que era menester no dar vuelo al escándalo, que debía perdonar a Fortunato, ya que éste se prestaba gustoso a reparar su falta, y, en fin, que el honor de su hija exigía un inmediato casamiento.

—¡Ta, ta, ta!—repuso Bambousse moviendo a un lado y otro la cabeza.—¡Cuánta palabrería! Yo me quedo con mi hija, ¿entiende usted? Nada de eso me va ni me viene... Un miserable, el tal Fortunato, que no tiene en donde caerse muerto. Resultaría de perlas si para casarse con una joven bastase con haber ido con ella. ¡Caramba! entre la juventud se verían bodas de la noche a la mañana... A Dios

gracias, Rosalía no me da el menor cuidado; se sabe lo que le ha sucedido; no por eso queda patizamba ni jorobada, y se casará en el país con quien mejor se le ponga en la mollera.

—Pero ¿y su hijo?—interrumpió el sacerdote.

—¿El hijo? Aquí no está ¿no es eso? Tal vez no lo estará nunca... Si viene al mundo, allá veremos.

Rosalía, viendo el sesgo que tomaba la gestión del sacerdote, creyó de su deber el hundirse los puños en los ojos, gimoteando. Hasta se dejó caer al suelo, echando al aire sus medias azules que le llegaban por encima de las rodillas.

—Vas a callarte, grandísima perra—gritó el padre, que se había puesto furioso.

Y la trató por modo innoble, con las palabras más soeces que la hacían reír para su sayo, bajo sus cerrados puños.

—Si llego a encontrarte con tu macho, a ambos a dos os ato, y os llevo por ahí para que os vea la gente... ¿No quieres callarte? ¡Espera, grandísima pícaro!

Y cogió un terrón y se lo tiró con toda su fuerza a la distancia de cuatro pasos. El terrón se le aplastó sobre el moño, deslizándosele cuello bajo y llenándola de polvo. Aturdida, se levantó de un brinco y huyó con las manos en la cabeza para resguardarse. Pero Bambousse tuvo tiempo aun para alcanzarla con dos terrones más; el uno no hizo más que rozarle el hombro derecho, mientras que el otro la acertó en plena espalda, con tanta fuerza, que hizo que cayera de rodillas.

—¡Bambousse!—gritó el sacerdote, arrancándole un puñado de guijarros, que acababa de coger.

—¡Déjeme usted, señor cura!—dijo el campesino.—No era más que tierra blanda. Debía haberle arrojado estas piedras... Bien se ve que no conoce usted a estas muchachas. Son más duras que el mismo demontre. A ésta la remojaría en el fondo de nuestro pozo, le rompería los huesos a fuerza de garrotazos, y no por eso caería menos en sus por-

querías! Pero la acecho ¡y si llevo a sorprenderla!... En fin, todas son cortadas con la misma tijera.

Y se consolaba. Se echó al colete un vaso de vino de una gran botella plana, forrada de esparto, que se calentaba sobre el ardiente suelo. Recobróse y dijo entre risotadas:

—Si tuviese un vaso, señor cura, le ofrecería a usted de todo corazón.

—Con que es decir—insinuó de nuevo el sacerdote—que ese casamiento...

—No, no puede efectuarse; se reirían de mí... Rosalía es una gran moza; vale tanto como un hombre. Me veré precisado a alquilar un trabajador el día en que ella se vaya. Hablaremos sobre el particular después de la vendimia. Amén de que no quiero que se me robe. Toma y daea ¿no es eso?

El sacerdote se quedó allí todavía una larga media hora predicando a Bambousse, hablándole de Dios y suministrándole todas las razones que el caso requería; mas era como machacar en hierro frío. El viejo había vuelto a su tarea; encogíase de hombros, tomaba la cosa a broma y se obstinaba cada vez más. Acabó por exclamar:

—Y por último, si usted me pidiese un saco de trigo, me entregaría usted dinero... ¿Por qué quiere usted que me desprenda de mi hija sin recibir en cambio maldita la cosa?

El padre Mouret, desanimado, se marchó. Al ir vereda abajo, vió a Rosalía revolcándose a la sombra de un olivo con Voriau, que le lamía el rostro, lo que la hacía reír. Y decía al perro con las sayas alborotadas y golpeando el suelo con las manos:

—Me haces cosquillas, gran borrico. ¡Acaba de una vez!

Después, al ver al cura, hizo como que se ruborizaba, se arregló el vestido, y volvió a llevarse los puños a los ojos. El, por su parte, trató de consolarla, prometiéndole que intentaría nuevos esfuerzos para con su padre. Y le agregó que mientras

tanto, debía obedecer, cortar toda relación con Fortunato y no agravar todavía más su pecado.

—¡Oh! lo que es ahora—murmuró sonriéndose con su desvergonzado ademán—ya no hay peligro alguno, pues la cosa ya está hecha.

El padre no la comprendió y le hizo una pintura del infierno, en donde arden las mujeres malas. Luego la dejó, habiendo cumplido con su deber, recuperando aquella serenidad que le permitía pasar sin inmutarse por entre las inmundicias de la carne.

VII

La mañana resultaba abrasadora. En aquel inmenso circo de ruinas, el sol resplandecía, desde los primeros días de verano con relumbrante ardor de gran horno. El padre Mouret, por la altura a que se hallaba el astro, comprendió que apenas tenía tiempo para volver al presbiterio, si quería hallarse allí a las once, para que la Teuse no le viese con refunfuños. Leído su breviario y desempeñado su cometido ante Bambousse, volvíase con precipitado andar, mirando a lo lejos la mancha gris de su iglesia, con la alta faja negra que el Solitario destacaba sobre el azul del horizonte. En el bochorno que producía el calor, iba pensando en la manera más espléndida posible con que adornaría, por la tarde, la capilla de la Virgen para los ejercicios del mes de María. El camino extendía ante él una alfombra de polvo blanda para los pies, de deslumbradora blancura.

En la Cruz Verde, cuando el cura iba a atravesar el camino que lleva de Plassans a la Palud, un cabriolé que bajaba la cuesta, obligóle a resguardarse tras un montón de guijarros. Iba a cortar la encrucijada cuando le llamó una voz:

—¡Eh, Sergio, eh, hijo mío!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año 1925. MONTEBELL, MÉXICO

El cabriólo se había detenido, y un hombre inclinaba la cabeza. Entonces el joven sacerdote conoció a uno de sus tíos, al doctor Pascual Rougon, a quien el Pueblo de Plassans, en donde curaba gratis a los pobres, llamaba "el señor Pascual", sin más. Aunque apenas pasaba de los cincuenta años, tenía la cabeza como la nieve blanca, con gran barba y largos cabellos, entre los cuales su hermoso rostro regular adquiría una delicadeza rebotante de bondad.

—Y precisamente a esta hora andas patullando por el polvo—dijo regocijadamente, inclinándose más aun para estrechar las dos manos del cura.—¿No te causan miedo las insolaciones?

—No mucho más que a usted, mi querido tío—contestó el cura riendo.

—¡Oh! pero yo cuento con la capota del coche. Por lo demás, los enfermos no esperan. En todo tiempo la gente se muere, hijo mío.

Y refirióle que iba corriendo a casa del viejo Jeanbernat, el administrador del Paradou, a quien le había acometido una apoplejía aquella noche. Un vecino suyo, un campesino que se dirigía al mercado de Plassans, había ido en su busca.

—A estas horas debe de haber muerto—prosiguió.—En fin, siempre hay que ver... Esos viejos diablos tienen el pellejo muy duro.

Alzó el látigo, cuando el padre Mouret le detuvo.

—Espere usted... ¿Qué hora tiene usted, tío?

—Las once menos cuarto.

El sacerdote vacilaba. Llegaba a sus oídos la terrible voz de la Teuse, gritándole que el almuerzo se iba a enfriar. Pero la echó de valiente, y repuso en seguida:

—Tío, me voy con usted... Ese desgraciado querrá tal vez reconciliarse con Dios, en su hora postrera.

El doctor Pascual no pudo contener una carcajada.

—¡Quién! ¡Jeanbernat!—exclamó.—Bueno, si

llegases a convertirle... Pero no importa, vente sea como sea. Sólo tu presencia es capaz de curarle.

El cura subió al coche. El doctor, quien pareció dolerse de su broma, se mostró afectuosísimo, sin dejar de dirigir al caballo ligeros chasquidos con la lengua. Miraba a su sobrino con curiosidad, con el rabillo del ojo, con aquel penetrante ademán de los sabios que toman apuntes. Hizole preguntas, en breves frases y con toda bondad, acerca de su vida, de sus costumbres, de la tranquila felicidad que disfrutaba en los Artaud. Y, a cada contestación satisfactoria, murmuraba como hablándose a sí mismo, y en tono sereno:

—Vamos, tanto mejor, todo va a pedir de boca.

Insistió sobre todo sobre el estado de salud del joven sacerdote. Este, admirado, le aseguraba que se sentía del todo bien, que ni tenía vértigos, ni náuseas, ni dolores de cabeza.

—Bien, muy bien—repetía el tío Pascual.—En la primavera, como no ignoras, se remueve la sangre. Pero tú eres robusto... A propósito, he visto a tu hermano Octavio, en Marsella, el pasado mes. Va a trasladarse a París, en donde tendrá una brillante posición en el alto comercio. ¡Ah, el muy buen mozo, qué buena vida se lleva!

—¿Qué vida?—preguntó cándidamente el cura.

El doctor, para no dar una respuesta, chasqueó la lengua. Luego repuso:

—En fin, todos andan al pelo, tu tía Felicitas, tu tío Rougon y los demás... Esto no significa que no necesitemos de tus oraciones. Tú eres el santo de la familia, hijo mío, cuento contigo para conseguir la salvación de todos y de cada uno de nosotros.

Y se reía con tanta cordialidad, que hasta el mismo Sergio llegó a bromear.

—Es que los hay en el montón—prosiguió—que no será empresa fácil llevarlos al paraíso. ¡Qué soberbias confesiones oírías si acudiesen uno tras otro! Pero, en cuanto a mí, no necesito que se confiesen, les sigo de lejos y tengo en casa sus legajos, hacien-

do compañía a mis herbarios y a mis apuntes de práctico. Llegará un día en que podré extender un cuadro de palpitante interés... ¡Ya se verá, ya se verá!

Y se distraía entregado a entusiasmo juvenil por la ciencia. Una mirada dirigida a la sotana de su sobrino, le detuvo en seco.

—Tú te has hecho cura—murmuró;—perfectamente, se es muy feliz haciéndose cura. Te has metido de cabeza ¿no es así? de modo que vas por el mejor camino... En cualquier otro estado no habrías podido satisfacerte a ti mismo. Por más que tus parientes han cometido acciones viles, todavía no han llegado a quedar satisfechos... Todo cuanto ha sucedido es lógico, hijo mío. Un sacerdote completa la familia. Por lo demás ello era preciso. Nuestra sangre había de venir a parar así... Mejor para ti, que has tenido la mejor suerte.

Pero se contuvo, sonriendo por modo extraño.

—No, tu hermana Deseada es la que ha tenido mejor suerte.

En esto silbó, dió un latigazo y cambió de conversación. El cabriolé, después de subir una cuesta bastante áspera, se deslizó entre dos gargantas desoladas; después, llegó por una meseta a un hondo camino, costeano una interminable y alta tapia. Los Artaud habían desaparecido; hallábanse en pleno desierto.

—Nos acercamos, ¿verdad?—preguntó el sacerdote.

—Este es el Paradou—contestó el doctor, señalando la tapia.—¿No has venido tú aun por aquí? estamos a una legua de los Artaud... Este Paradou ha debido de ser una soberbia propiedad. La tapia del parque, por este lado, tiene muy bien dos kilómetros; pero desde hace más de cien años todo crece al acaso.

—Hay hermosos árboles—hizo notar el sacerdote, que alzaba la cabeza, sorprendido por las masas de verdura que sobresalían de las paredes.

—Sí, este lado es muy fértil. El parque es también un verdadero bosque, en medio de las peladas rocas que lo rodean. Por lo demás, aquí es en donde el Mascle tiene su origen. Se me ha hablado de dos o tres manantiales, según creo.

Y, en frases entrecortadas, interrumpidas por incidentes ajenos al asunto, contó la historia del Paradou, una especie de leyenda que corría por el país. En tiempo de Luis XV, un señor había construido allí un palacio suntuoso, con inmensos jardines, grandes fuentes, corrientes aguas, estatuas, todo un Versalles en miniatura, perdido entre los peñascos, bajo el gran sol del Mediodía. Mas no había ido a pasar allí más que un verano, en compañía de una mujer soberanamente hermosa, que sin duda murió allí, puesto que nadie la vió salir. El siguiente año, el palacio se incendió, las puertas del parque fueron clavadas, las aspilleras de los muros se llenaron de tierra por sí mismas, en tal medida que, desde aquella lejana época, ni una mirada ha penetrado en este vasto recinto, que ocupaba una de las más altas mesetas de los Garrigues.

—No deben de faltar ortigas—dijo riendo el padre Mouret.—Se respira la humedad a lo largo de toda esta cerca, ¿no le parece a usted, tío?

Después, tras corto silencio:

—¿Y a quién pertenece ahora el Paradou?—preguntó.

—A fe mía que no lo sé—contestó el doctor.—El propietario vino al país hace cosa de veinte años; mas se horrorizó tanto por este nido de culebras, que no se le ha vuelto a ver el pelo... El verdadero amo es el guardián de la posesión, ese viejo original de Janbernat, que ha dado con el medio de alojarse en un pabellón, cuyas piedras se mantienen todavía en pie... Mira, allí está, aquella casuca gris, allá abajo, con sus grandes ventanas carcomidas por la hiedra.

El cabriolé atravesó una verja señorial, llena toda de herrumbre, reforzada interiormente con plan-

chas de mampostería. Los fosos o zanjas, a un centenar de metros, el pabellón habitado por Jeanbernat se encontraba enclavado en el parque, al que tenía vista una de sus fachadas. Pero el guardián parecía haber parapetado su vivienda por aquel lado; había desmontado un estrecho jardín, junto al camino; vivía allí, en la parte del medio día, dando la espalda a Paradou, sin parecer percatarse de la enormidad de vegetación que se desbordaba por aquella parte.

El joven sacerdote echó pie a tierra, mirando con curiosidad e interrogando al doctor, quien se apresuraba a atar el caballo a una anilla fija en la pared.

—Y ese anciano ¿vive solo en el fondo de este ignorado agujero?—preguntó.

—Sí, enteramente solo—respondió el tío Pascual. Pero se corrigió diciendo:

—Tiene consigo una sobrina que se le ha venido encima, una muchacha rara, una salvaje... Despachemos. Todo en la casa parece muerto.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. CENTRAL
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al sol del medio día la casa parecía dormir, las persianas estaban cerradas, en medio del zumbido de gruesas moscas que ascendían por la hiedra hasta las tejas. Una deliciosa tranquilidad bañaba aquella aseada ruina. El doctor empujó la puerta del estrecho jardín, rodeado por un alto seto vivo. Allí, a la sombra de un pedazo de pared, Jeanbernat, irguiendo su elevada estatura, fumaba sosegadamente su pipa, en aquel gran silencio, mirando cómo crecían sus hortalizas.

—¡Cómo! ¡Está usted levantado, so farsante!—exclamó el doctor viendo visiones.

—¡A lo que parece, venía usted a enterrarme!—gruñó el viejo rudamente.—No necesito a nadie. Me he sangrado...

Y se detuvo en seco al distinguir al sacerdote, y tan terrible fué el gesto que puso, que el tío Pascual se apresuró a intervenir.

—Es mi sobrino—dijo,—el nuevo cura de los Artaud, un excelente muchacho. ¡Qué demonio! No hemos corrido por esos andurriales a semejante hora para comérnoslo a usted, tío Jeanbernat.

El viejo se tranquilizó un poco.

—No quiero solideos en mi casa—murmuró.—Entiéndalo usted, doctor, nada de menjerges y nada de curas, cuando haya de largarme: de otro modo, llegaríamos a enfadarnos... A pesar de todo, que entre aquél, ya que es sobrino de usted.

chas de mampostería. Los fosos o zanjas, a un centenar de metros, el pabellón habitado por Jeanbernat se encontraba enclavado en el parque, al que tenía vista una de sus fachadas. Pero el guardián parecía haber parapetado su vivienda por aquel lado; había desmontado un estrecho jardín, junto al camino; vivía allí, en la parte del medio día, dando la espalda a Paradou, sin parecer percatarse de la enormidad de vegetación que se desbordaba por aquella parte.

El joven sacerdote echó pie a tierra, mirando con curiosidad e interrogando al doctor, quien se apresuraba a atar el caballo a una anilla fija en la pared.

—Y ese anciano ¿vive solo en el fondo de este ignorado agujero?—preguntó.

—Sí, enteramente solo—respondió el tío Pascual. Pero se corrigió diciendo:

—Tiene consigo una sobrina que se le ha venido encima, una muchacha rara, una salvaje... Despachemos. Todo en la casa parece muerto.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. CENTRAL
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al sol del medio día la casa parecía dormir, las persianas estaban cerradas, en medio del zumbido de gruesas moscas que ascendían por la hiedra hasta las tejas. Una deliciosa tranquilidad bañaba aquella aseada ruina. El doctor empujó la puerta del estrecho jardín, rodeado por un alto seto vivo. Allí, a la sombra de un pedazo de pared, Jeanbernat, irguiendo su elevada estatura, fumaba sosegadamente su pipa, en aquel gran silencio, mirando cómo crecían sus hortalizas.

—¡Cómo! ¡Está usted levantado, so farsante!—exclamó el doctor viendo visiones.

—¡A lo que parece, venía usted a enterrarme!—gruñó el viejo rudamente.—No necesito a nadie. Me he sangrado...

Y se detuvo en seco al distinguir al sacerdote, y tan terrible fué el gesto que puso, que el tío Pascual se apresuró a intervenir.

—Es mi sobrino—dijo,—el nuevo cura de los Artaud, un excelente muchacho. ¡Qué demonio! No hemos corrido por esos andurriales a semejante hora para comérnoslo a usted, tío Jeanbernat.

El viejo se tranquilizó un poco.

—No quiero solideos en mi casa—murmuró.—Entiéndalo usted, doctor, nada de menjures y nada de curas, cuando haya de largarme: de otro modo, llegaríamos a enfadarnos... A pesar de todo, que entre aquél, ya que es sobrino de usted.

El padre Mouret, sobrecogido, no acertó con una palabra. Permanecía en pie, en mitad de una avenida, contemplando aquella extraña figura, aquel solitario cosido de arrugas, con el rostro de ladrillo cocido, con miembros secos y retorcidos, como híos de cuerdas, que parecía llevar sus ochenta años con irónico desdén de la vida. Como el doctor se propusiese tomarle el pulso, se volvió a enfadar.

—¡Déjeme usted en paz! Ya le he dicho a usted que me he sangrado con el cuchillo. Ahora todo ha concluído... ¿Qué animal de labriego es el que ha ido a molestar a usted? Las gentes son bestias. Esto no quita que echemos un trago.

Puso una botella y tres vasos sobre una desvenecijada mesa, que caecó a la sombra. Llenos los vasos hasta el borde, quiso trincar. Su cólera se disipaba en alegría chocarrera.

—Esto no le envenenará a usted, señor cura—dijo.—Un vaso de buen vino no es ningún pecado. A propósito, esta es la primera vez que trinco con una sotana, sea dicho sin agraviar a usted. Aquel pobre padre Caffin, su antecesor de usted, se negaba a discutir conmigo... Tenía miedo.

Soltó una gran carcajada y prosiguió:

—Figúrese que se había metido a probarme que Dios existe... Desde entonces nunca me tropezaba con él sin desafiarle. El bajaba las orejas y se escabullía, se lo aseguro a usted.

—¡Cómo, que Dios no existe!—exclamó el padre Mouret, saliendo de su mutismo.

—¡Oh! como a usted le parezca—repuso mofándose Jeanbernat.—Volveremos a discutirlo nosotros, si es del agrado de usted. Tan sólo debo prevenirle que me tengo por muy fuerte. Allá arriba en mi habitación, hay algunos miles de volúmenes salvados del incendio del Paradou, todos los filósofos del siglo décimo octavo, un montón de libracos sobre religión. ¡Buenas cosas he aprendido con ellos! Hace veinte años que los leo... ¡Caramba! ya encontrará usted con quien hablar, señor cura.

Habíase levantado. Con un prolongado ademán, señaló todo el horizonte, la tierra, el cielo, repitiendo solemnemente:

—¡Ahí no hay nada, nada, nada! Cuando se le dé un soplido al sol, todo habrá terminado.

El doctor Pascual había dado un pequeño golpe con el codo al padre Mouret. Guñaba los ojos, estudiando con curiosidad al viejo y dándole muestras de aprobación con la cabeza para instigarle a hablar.

—Entonces, tío Jeanbernat, ¿es usted materialista?

—¡Eh! yo soy tan sólo un pobre hombre—contestó el viejo volviendo a encender la pipa.—Cuando el conde de Corbière, de quien era yo hermano de leche, murió de una caída del caballo, los hijos me destinaron a guardar este parque de la Hermosa del bosque durmiente, para desembarazarse de mí. A la sazón yo contaba sesenta años y me tuve por acabado. Pero la muerte se ha olvidado de mí, y he tenido que arreglarme un agujero... Mire usted, cuando se vive enteramente solo, acaba uno por ver las cosas del modo más peregrino. Los árboles ya no son árboles, la tierra reviste la apariencia de personas vivas, y hasta las piedras le cuentan a uno historias; tonterías y nada más. Conozco secretos que le tumbarían a usted de espaldas. Y amén de todo, ¿qué quiere usted que se haga en este endiablado desierto? He leído los libracos, lo que me ha divertido más que la caza... El conde, que renegaba como un hereje, me repetía a la continua: "Jeanbernat, hijo mío, tengo la seguridad de encontrarte en el infierno, para que allí me sirvas como me habrías servido aquí".

Hizo de nuevo su prolongado gesto en torno al horizonte, y repuso:

—Entiéndanlo ustedes, no hay nada, nada... Todo eso no es más que farsa.

El doctor Pascual se echó a reír.

—Una hermosa farsa, en todo caso—dijo.—Tío

Jeanbernat, usted es un misterioso, que se nos viene con secretitos. Sospecho que anda usted enamorado, a pesar de sus actitudes de hombre estragado. Hace un instante que hablaba usted con ternura de las piedras y de los árboles.

—No, se lo aseguro a usted, aquello ya pasó. En otro tiempo, hay que decirlo, cuando le conocí a usted y que íbamos a herborizar juntos, yo era sobrado estúpido para enamorarme de todo lo creado en esa gran embustera campiña. Afortunadamente los libracos mataron todo aquello. Yo desearía que mi jardín fuese más pequeño, no salgo al camino ni dos veces al año. ¿Ven ustedes ese banco? Pues en él paso los días viendo crecer mis hortalizas.

—¿Y sus paseos por el parque?—interrumpió el doctor.

—¡Por el parque!—repitió Jeanbernat con expresión de profunda sorpresa;—¡pero si han pasado más de doce años sin que haya puesto los pies en él! ¿Qué quiere usted que vaya a hacer en medio de aquel cementerio? Es demasiado grande. Cosa más estúpida que esos árboles que no acaban nunca, con musgo por todas partes, con estatuas destrozadas, con agujeros en que está uno expuesto a romperse la crisma a cada paso. La última vez que allí estuve, aparecía todo tan negro bajo las hojas, envenenaban con tal fuerza el ambiente las flores silvestres, ráfagas de aire tan extrañas pasaban por las avenidas, que, en verdad, casi tuve miedo. Y así fué que me amurallé, para que el parque no entrase aquí... Un rincón asoleado, unas cuantas matas de lechuga delante de mí, un gran seto que cierre el paso a todo el horizonte, constituyen lo muy sobrado para ser feliz. Nada, esto es cuanto yo querría, nada absolutamente, algo tan reducido, que de la parte de afuera nadie pudiese venir a molestar-me. Dos metros de tierra, a lo sumo, para reventar boca arriba.

Dió un puñetazo en la mesa, alzando bruscamente la voz y gritando al padre Mouret:

—Vaya, otro trago, señor cura. El diablo no está en el fondo de la botella.

El sacerdote experimentó un ligero malestar. Sentíase sin fuerzas para llevar a Dios a aquel extravagante viejo, cuya razón le pareció singularmente desorganizada. Ahora hacía memoria de ciertas charlatanerías de la Teuse sobre el Filósofo, nombre que los labriegos de los Artaud daban a Jeanbernat. Fragmentos de escandalosas historias se sucedían por modo vago en su memoria. Levantóse e hizo una seña al doctor, como para querer dejar aquella casa, en donde creía respirar miasmas de condenación.

Mas una curiosidad singular le detenía. Permanecía allí, yendo al extremo del jardinillo, registrando el vestíbulo con la mirada, como para ver más allá, detrás de las paredes. Por la puerta, abierta de par en par, distinguía tan sólo la negra caja de la escalera. Y volvía, buscando algún agujero, algún rayo de luz en aquel mar de hojas, cuya vejez sentía en aquel prolongado murmullo que parecía azotar la casa con rumor de oleaje.

—¿Y la niña sigue bien?—preguntó el doctor tomando el sombrero.

—No está mal—contestó Jeanbernat.—Nunca anda por aquí; desaparece durante mañanas enteras... Sin embargo, a pesar de todo, puede que se halle en las habitaciones de arriba.

Alzó la cabeza y llamó:

—¡Albina! ¡Albina!

Y luego, encogiéndose de hombros:

—Ah, sí, es una famosa buscona... Hasta la vista, señor cura. Estoy del todo a su disposición.

Pero el padre Mouret no tuvo tiempo de recoger el guante del Filósofo. Acababa de abrirse bruscamente una puerta en el fondo del vestíbulo, y una deslumbradora claridad se destacó en la oscuridad de la pared. Fué como una visión de selva virgen, como un hundimiento de inmenso bosque bajo una lluvia de sol. En aquel relámpago, el sacerdote per-

cibió, a lo lejos, con toda limpieza, los detalles más preciosos; una gran flor amarilla en medio de un prado, una cascada de agua que caía de una alta peña, un árbol colosal rodeado de bandadas de pájaros; todo anegado, perdido, flameante, en medio de tal desorden de verdura, de tal exceso de vegetación, que el horizonte entero no era ya sino un florecimiento. La puerta crugió y desapareció todo.

—¡Ah, la muy holgazana!— exclamó Jeanbernat.—¡Todavía estaba en el Paradou!

Albina se reía en el umbral del vestíbulo. Llevaba unas sayas de color de naranja, con una gran pañoleta atada por detrás de la cintura, lo que le daba aspecto de bohemia vestida en traje dominiguero. Seguía riéndose, con la cabeza echada atrás, con la garganta henchida de alegría, dichosa con sus flores silvestres trenzadas en los rubios cabellos, prendidas en su cuello, en el corpiño, en sus delgados brazos, al aire y dorados por el sol. Parecía como un colosal ramillete que exhalaba penetrante perfume.

—¡Bah! buena estás tú—gruñía el viejo.—Huelas a hierba hasta apestar... ¿Diría nadie que esa muñeca tiene dieciséis años?

Albina, con todo descaro, reía cada vez más fuerte. El doctor Pascual, que era su gran amigo, se dejó besar por ella.

—¿Es decir que no tienes miedo en el Paradou?—le preguntó.

—¿Miedo? ¿De qué?—le preguntó con ojos de asombro.—Las tapias son demasiado altas, nadie puede entrar... Nadie hay allí más que yo. Es mi jardín. Mío enteramente. ¡Y cuidado si es grande! Nunca le he visto el fin.

—¿Y los bichos?—interrumpió el doctor.

—¿Los bichos? No son malos y me conocen bien.

—Pero bajo los árboles es grande la obscuridad.

—¡Pardiez! lo que hay es sombra; a no ser por esto, el sol me percutiría la cara... Se está muy bien a la sombra, bajo el follaje.

Y se volvía, llenando el estrecho jardín con el vuelo de sus sayas, despidiendo aquel penetrante aroma de verdura que llevaba consigo. Había sonreído el padre Mouret, sin bochorno alguno, sin inquietarse por las miradas de sorpresa con que la seguía. El sacerdote se había apartado. Aquella niña rubia, con el rostro alargado y rebosante de vida, parecía la hija misteriosa y turbulenta de aquella selva, entrevista en un rayo de sol.

—Oiga usted, tengo un nido de mirlos ¿lo quiere usted?—preguntó Albina al doctor.

—No, gracias—contestó éste riendo.—Será menester darlo a la hermana del señor cura, que se perece por los animales. Hasta la vista, Jeanbernat.

Pero Albina se había acercado al cura.

—Usted es el cura de los Artaud, ¿verdad? ¿Tiene usted una hermana? Iré a verla, con tal de que no me hable usted de Dios. Mi tío no está por eso.

—Nos estás aburriendo ¡véte!—dijo Jeanbernat encogiéndose de hombros.

Con un salto de cabra, desapareció, dejando una lluvia de flores en pos de sí. Oyóse el ruido de una puerta, y luego carcajadas detrás de la casa, carcajadas sonoras que fueron perdiéndose como el galope de un joven potro soltado en la hierba.

—Ya verán ustedes como acabará por dormir en el Paradou—murmuró el viejo con su tono indiferente.

Y como acompañase a sus visitantes:

—Doctor—repuso,—si me encontrase usted muerto alguno de estos días, hágame el favor de arrojarme al hoyo del estiércol, allí detrás de mis hortalizas... Buenas tardes, señores.

Y dejó caer la barrera de madera que cerraba el seto. La casa volvió a su dichosa paz, al sol del mediodía, en el zumbido de los moscardones que subían a lo largo de la hiedra hasta las tejas.

—¡Si no dejo una rueda de mi coche en este endiablado vericuetto!...—murmuró.—Tente firme, hijo mío.

La tapia continuaba siempre. El sacerdote escuchaba.

—Tú comprendes—prosiguió el doctor—que el Paradou, con su sol, sus guijarros y sus cardos, se comería un traje cada día. Tan sólo tuvo como quien dice, para cuatro bocados con los hermosos trajes de la pequeñuela. Llegaba a quedarse desnuda. Ahora se viste como una salvaje. Hoy todavía estaba presentable. Pero ocasiones hay en que apenas lleva zapatos y camisa... ¿Has entendido? El Paradou le pertenece. Desde el día siguiente de su llegada tomó de él posesión. Y allí vive, saltando por la ventana, cuando Jeanbernat cierra la puerta, escapándose sea como sea, yendo no se sabe a dónde, al fondo de huecos ignorados, o tan sólo por ella conocidos... ¡Linda vida debe de llevar en semejante desierto!

—Escuche tío—interrumpió el padre Mouret.—Diríase que se oye el trote de algún animal tras de esa tapia.

El tío Pascual se puso a escuchar.

—No—dijo al cabo de un rato de silencio,—es el ruido que produce el coche al chocar contra las piedras... La joven no aporrea ya los pianos. Tengo para mí que ni siquiera sabe ya leer. Figúrate una señorita vuelta al estado de holgazana libre, dejada para su recreo en una isla abandonada. Tan sólo le ha quedado su seductora sonrisa de coqueta, cuando así lo quiere... ¡Ah! si tuvieses algún día una niña a quien educar, no te aconsejo que la confíes a Jeanbernat. Tiene un modo de dejar obrar a la naturaleza, que no puede ser más primitivo. Cuando me he aventurado a hablarle de Albina, me ha contestado que no hay para qué oponerse a que los árboles crezcan a su buen talante. El

IX

Entretanto, el cabriolé volvía a seguir el hondo camino, a lo largo de la interminable tapia del Paradou. El padre Mouret, silencioso, alzaba la vista y miraba las gruesas ramas, que desbordaban sobre aquella pared, como brazos de gigantes ocultos. Llegaban del parque ciertos rumores, rozamientos de alas, estremecimientos de hojas, furtivos saltos que rompían las ramas, grandes suspiros que hacían doblegar los renuevos, todo un hálito de vida rodando sobre las copas de un mundo de árboles. Y a veces, al oír cierto grito de pájaro que se parecía al reír humano, el sacerdote volvía la cabeza con una especie de inquietud.

—¡Rara muchacha!—decía el tío Pascual, aflojando un tanto las riendas.—Tenía nueve años cuando cayó en manos de ese hereje. Un hermano suyo se arruinó, yo no sé cómo ni de qué manera. La pequeñuela se hallaba en un colegio, ignoro dónde, cuando el padre se mató. Casi era ya una señorita, sabía ya, que leía, bordaba, charlaba y aporreaba pianos. ¡Y coqueta! no digo nada. La vi llegar, con sus medias caladas, con faldas bordadas, con puños de encaje, y un montón de falbalaes... ¡Ah! los falbalaes han durado mucho tiempo.

Y se reía. Una gruesa piedra en nada estuvo que no hiciese volcar el cabriolé.

está, según dice, por el desarrollo normal de los temperamentos. No importa, ambos son un par de tipos muy interesantes, y no paso por las cercanías sin hacerles una visita.

El cabriolé salió por último del hondo camino. Allí, la tapia del Paradou formaba un ángulo y se desarrollaba después hasta perderse de vista sobre las cimas de los collados. En el momento en que el padre Mouret volvía la cabeza para dirigir una última mirada a aquella barrera gris, cuya impenetrable severidad había concluido por ocasionarle una singular sensación, dejáronse oír ruidos de ramas violentamente agitadas, mientras que un ramillete de tiernos álamos blancos parecía saludar a los viajeros desde lo alto de la pared.

—Bien sabía yo que algún animal corría por ahí detrás—dijo el cura.

Pero, sin que se viese a nadie, sin que se percibiese otra cosa en la atmósfera, que los álamos movidos cada vez con más furia, oyóse una voz clara, entrecortada de risas, que gritaba:

—¡Hasta la vista, doctor! ¡Hasta la vista, señor cura!... Beso el árbol, y el árbol envía a ustedes mis besos.

—¡Eh! es Albina—dijo el doctor Pascual.—Habrá seguido nuestro cabriolé al trote. Maldito lo que le importa a esa pequeña hada el saltar por entre los matorrales.

Y gritando a su vez:

—¡Hasta la vista, hermosa!... Ya eres grandecita para saludarnos de ese modo.

Las carcajadas se repitieron y los álamos saludaron inclinándose aun más, llevando las hojas hasta la capota del cabriolé.

—Soy tan grande como los árboles, cuantas hojas caen son besos—repuso la voz, ya alterada por la distancia, tan musical, tan confundida en los ondulantes hálitos del parque, que el joven sacerdote se sintió estremecido.

El camino fué ofreciéndose mejor. En la cuesta aparecieron los Artaud, en el fondo de la abrasada llanura. Cuando el cabriolé cortó el camino del pueblo, el padre Mouret no quiso que su tío le acompañase a la rectoría. Echó pie a tierra, diciendo:

—No, mil gracias, prefiero andar, pues me sentará bien.

—Como gustes—acabó por decirle el doctor.

Luego, estrechándole la mano:

—¡Ah! si todos tus feligreses fuesen como ese animal de Jeanbernat, no tendrías que molestarte con mucha frecuencia. En fin, tú has sido quien ha querido venir... Que te conserves bien. A la menor pupita, de noche o de día, manda por mí. Ya sabes que asisto gratis a toda la familia... Adiós, hijo mío.

tales, que se puso a titubear, lleno de espanto, y se preguntaba a sí mismo si no sería más prudente dar la vuelta y hacer su entrada por la iglesia. Mas, en el punto y hora en que se consultaba, la Teuse apareció en persona, en el umbral del presbiterio, con la cofia a un lado y los puños en las caderas. El sacerdote inclinó la espalda y tuvo que subir la cuesta bajo aquella mirada preñada de tempestad que sentía pesarle sobre los hombros.

—Ya sé que se me ha hecho tarde, mi buena Teuse—balbuceó desde el último recodo del sendero.

La Teuse esperaba tenerlo en frente, muy cerquita. Miróle entonces hecha una furia; luego, sin decirle una palabra, se volvió y echó a andar delante de él, hasta el comedor, golpeando con sus gruesos tacones, tan rígida por la cólera, que casi no cojeaba ya.

—¡He tenido tantas cosas que hacer!—empezó a decir el cura, espantado por tan muda acogida.—Desde por la mañana no he cesado de andar.

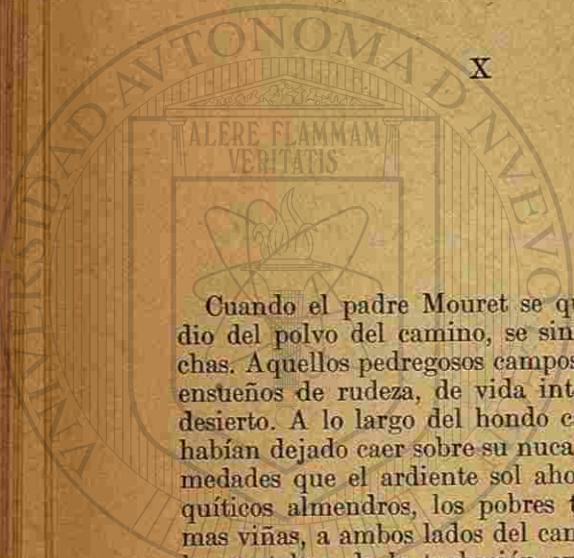
Mas ella le cortó la palabra con una nueva mirada tan fija, de tan mal talante, que el cura se sintió las piernas como tronchadas. Sentóse y se puso a comer. La Teuse le servía con sequedades de automática, con riesgo de romper los platos, tal era la violencia con que los ponía. El silencio llegó a ser tan formidable, que no le fué posible tragar el tercer bocado, ahogado por la emoción.

—Y mi hermana ¿ha almorzado ya?—preguntó.—Ha hecho bien. Siempre se debe comer, cuando yo he estado ocupado fuera.

No obtuvo contestación. La Teuse, en pie, esperaba a que hubiese concluído lo que tenía en el plato, para quitárselo. Entonces el sacerdote, conociendo que no podría comer ante aquel par de ojos implacables que le anonadaban, rechazó el nuevo servicio. Aquel ademán de cólera fué como un látigazo, que sacó a la Teuse de su testaruda tirantez. Sintióse fuera de quicio.

—¡Ah! ¿Esas tenemos? Todavía es usted quien

X



Cuando el padre Mouret se quedó solo, en medio del polvo del camino, se sintió más a sus anchas. Aquellos pedregosos campos devolvíanle a sus enstueños de rudeza, de vida interior vivida en el desierto. A lo largo del hondo camino, los árboles habían dejado caer sobre su nuca inquietadoras humedades que el ardiente sol ahora secaba. Los raquíticos almendros, los pobres trigales, las enfermas viñas, a ambos lados del camino, le sosegaban, le apartaban de la turbación en que le había sumido el ambiente sobrado cálido del Paradou. Y, en medio de la deslumbradora claridad que caía del cielo sobre aquella tierra erial, las blasfemias de Jeanbernat ni siquiera constituían una sombra. Experimentó viva alegría, cuando, al levantar la cabeza, distinguió en el horizonte la inmóvil sombra del Solitario, con la mancha de las rojizas tejas de la iglesia.

Mas, a medida que iba adelantando, el sacerdote se sintió pasto de otra inquietud. La Teuse iba a ponerle como ropa de pascua, con su almuerzo frío, que le estaba esperando desde hacía casi dos horas. Imaginábase el terrible ceño, el aluvión de palabras con que le recibiría, los irritados ruidos de la vajilla, que estaría oyendo la tarde entera. Cuando hubo atravesado los Artaud, su miedo tomó creces

se incomoda... Pues bien, me voy; va usted a pagarme el viaje para volverme a mi casa. Estoy hasta la coronilla de los Artaud, de vuestra iglesia y de todo!

Y se quitó el delantal con sus temblorosas manos.

—Ya podía usted ver que no quería hablar...— prosiguió.—¿Es esto vivir? ¡Nadie más que los saltimbanquis viven así! Son las once, ¿verdad que sí? ¿Y no le da a usted vergüenza de encontrarse todavía a la mesa cerca de las dos de la tarde? Esto no es propio de un cristiano, no señor, no lo es.

Y a seguida, plantándose en frente de él:

—Por último, ¿de dónde viene usted? ¿A quién ha visto? ¿Qué asunto le ha podido entretener?... Si fuese usted un niño se le debería azotar. El puesto de un sacerdote no está en los caminos, al aire libre, como los mendigos que no tienen casa ni hogar... ¡Ah! ¡En buen estado viene usted con los zapatos del todo blancos y con la sotana perdida de polvo! ¿Quién cepillará a usted su sotana? ¿Quién le comprará otra?... Pero, hable usted de una vez, diga usted qué es lo que ha hecho. A fe mía que si no se le conociese a usted, acabárase por creer lindas cosas. Y ¿quiere usted que se lo diga? Pues bien, yo no pondría las manos en el fuego. Cuando se almuerza a tales horas, todo se puede hacer.

El padre Mouret, un tanto aliviado, dejaba pasar la tormenta. Experimentaba como una suspensión nerviosa en las alborotadas palabras de la vieja sirvienta.

—Vamos, mi buena Teuse—dijo,—empiece usted por ponerse el delantal.

—No, no—gritó,—todo ha concluido, tomo el portante.

Peró él, levantándose, le ató el delantal a la cintura riéndose. La Teuse forcejeaba y decía entre dientes:

—Le digo a usted que no. Usted es un marrullero. Le veo a usted el juego, conozco que quiere

adormecerme con sus palabritas de azúcar... ¿A dónde ha ido usted?... Después ya veremos.

El cura volvió a sentarse a la mesa, regocijando, como quien tiene ganada la victoria.

—En primer lugar—repuso—me ha de permitir usted que coma... Me estoy muriendo de hambre.

—Es claro—murmuró la vieja compadecida.—

Eso es no tener ni pizca de sentido común. ¿Quiere usted que agregue un par de huevos al plato? En seguida estaría hecho. Pero, si tiene usted bastante... ¡Y todo está frío! ¡Y yo que me había esmerado tanto con sus berengenas! ¡Buenas están ahora! Parecen suelas viejas. Afortunadamente usted no es ningún glotón, como aquel pobre ser Caffin... ¡Oh! usted tiene excelentes cualidades, no lo niego.

Y le servía con maternales cuidados, parloteando y todo. Luego, en cuanto el cura hubo terminado, corrió a la cocina para ver si el café estaba todavía caliente. Y se dejaba caer y cojeaba por modo extravagante, en la alegría de la reconciliación. Por regla general, el padre Mouret temía al café, que le producía grandes trastornos nerviosos; pero en aquella circunstancia, queriendo sellar la paz, aceptó la taza que le llevó. Y como se quedase a la mesa algo más de lo regular, la Teuse se sentó frontera a él y repitió cariñosamente, como mujer a quien martiriza la curiosidad.

—¿Dónde ha estado usted, señor cura?

—Pues—contestó sonriendo,—he visto a los Bricchet, he hablado con Bambousse...

Entonces fué preciso que le contase lo que los Bricchet habían dicho, lo que había decidido Bambousse, la cara que ponían y el lugar en que trabajaban. Cuando oyó la contestación del padre de Rosalía:

—¡Pardiez!—exclamó,—si el fruto muriese, el embarazo para nada se tendría en cuenta.

Y después, juntando las manos en actitud de admiración envidiosa:

—Cuánto debe usted de haber charlado, señor

cura. ¡Más de medio día para llegar a tan gran resultado! ¿Y ha regresado usted poquito a poco?... Debía de hacer un endiablado calor en el camino...

El cura, que se había levantado, no contestó. Iba a hablar del Paradou, a pedir informes. Pero el temor de ser interrogado con demasiado interés, y una especie de vago bochorno que no se confesaba a sí mismo, le indujeron a guardar silencio sobre su visita a Jeanbernat. Puso término a todo nuevo interrogatorio, preguntando:

—¿Y mi hermana, en dónde se ha metido? No la oigo.

—Venga usted, señor—contestó la Teuse, que se echó a reír, llevándose un dedo a la boca.

Entraron en la habitación contigua, que era salón de campo, tapizado con papel de grandes flores grises descoloridas, amueblado con cuatro sillones y un canapé forrados con tela de crin. Sobre el canapé, Deseada dormía tendida cuan larga era, con la cabeza sostenida con sus dos puños bien cerrados. Sus sayas pendían dejándole al descubierto las rodillas, mientras que sus brazos levantados, desnudos hasta los codos, realizaban las poderosas líneas de su seno. Su respiración resultaba un tanto fuerte, al pasar por sus encarnados labios entreabiertos, que dejaban ver los blancos dientes.

—¿Eh? ¡Parece que duerme!—murmuró la Teuse.—Ni siquiera ha visto las tonterías de usted de hace un instante... ¡Caramba! debe de estar cansada, que es un primor. Figúrese usted que ha estado limpiando sus animalejos hasta cerca del medio día... En cuanto hubo comido, vino a caer ahí como un plomo. Ni siquiera se ha movido.

El sacerdote la miró un instante, con extremada ternura.

—Hay que dejarla descansar cuanto quiera—dijo.

—¡Pues es claro! ¡Es una desgracia que sea tan inocente! ¡Mire usted qué brazos tan robustos! Cuando la visto, pienso siempre en la hermosa mu-

jer que habría llegado a ser. Vaya, que habría dado a usted robustos sobrinos, señor cura... ¿No le parece a usted que se parece a aquella gran señora de piedra que está en el mercado de trigos de Plasans?

Quería hablar de una Cibeles, recostada sobre unas gavillas, obra de un discípulo de Puget, esculpida en el frontón del mercado. El padre Mouret, sin contestar, la echó con tiento fuera del salón, recomendándole que hiciese el menor ruido posible. Y, hasta la noche, el presbiterio quedó en el más profundo silencio. La Teuse daba fin a su lejía bajo el cobertizo. El sacerdote, en el fondo de su reducido jardín, con el breviario sobre las rodillas, hallábase sumido en contemplación piadosa, mientras que los rosados pétalos se desprendían de los melocotoneros en flor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

Allá a las seis de la tarde se realizó un brusco despertar. Un estrépito de abrir y cerrar puertas, en medio de grandes carcajadas, conmovió toda la casa, y Deseada apareció, con los cabellos en desorden, y con los brazos siempre desnudos hasta el codo, gritando:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Después, cuando distinguió a su hermano en el jardín, corrió a él, y se sentó en el suelo un instante a sus pies, suplicándole:

—¡Ven a ver a los animalejos!... Todavía no los has visto, ¿eh, que no? ¡Si supieses lo bonitos que están ahora!

El padre se hizo mucho de rogar. El corral le espantaba un poquitín; mas viendo las lágrimas en los ojos de Deseada, no pudo por menos de ceder. Entonces ella se le echó al cuello, con la repentina alegría del perrillo, riendo a más y mejor, sin secarse siquiera las mejillas.

—¡Ah, cuán bueno eres!—balbuceó arrastrándole.—Verás las gallinas, los conejos, los palomos y mis patos, que tienen agua fresca, y mi cabra, cuyo sotechado está ahora tan limpio como mi habitación... Ya sabes que también tengo tres ocas y dos pavas. Ven pronto y lo verás todo.

Deseada contaba a la sazón veintidós años. Desarrollada en el campo, en casa de su nodriza, cam-

pesina de Saint-Eutrope, había crecido en pleno muladar. Con el cerebro vacío, sin pensamientos serios de ninguna clase, aprovechábase de la pingüe tierra, del aire libre del campo, nutriendo su carne, convirtiéndose en una hermosa bestia, fresca, blanca, de rosada sangre y de firme cutis. Era como una borriquilla de raza que hubiese tenido el don de reir. Aunque chapoteando desde por la mañana hasta la noche, conservaba las flexibles líneas de sus caderas, el refinamiento burgués de su cuerpo de virgen; tanto y tan bien, que resultaba un ser a parte, ni señorita, ni labriega, una joven nutrida de la tierra, con amplitud de hombros y con frente ceñida de joven diosa.

Seguramente, su pobreza de espíritu fué lo que la aproximó a los animales. No se hallaba a sus anchas sino en su compañía, mejor entendía su lenguaje que el de las personas y cuidaba de ellos con ternura maternal. A falta de un raciocinio constante, hallábase dotada de instinto tal que la ponía al nivel de ellos. Al primer grito que lanzaban, sabía en dónde estaba el mal. Inventaba golosinas sobre las cuales caían glotonamente. Con sólo un gesto poníalos en paz con sus peleas, con sólo una mirada conocía si sus caracteres eran buenos o malos, contaba interesantes historias, con detalles tan abundantes, tan preciosos, sobre el modo de ser del menor pollito, que dejaba con la boca abierta a las personas, para las cuales un diminuto pollo en modo alguno llega a diferenciarse de otro. Su corral había convertido en toda una comarca, en la cual reinaba como soberana absoluta; un país de complicadísima organización, turbado por revoluciones, poblado de los más diferentes seres, cuyos anales tan sólo por ella eran conocidos. Esta certidumbre iba tan allá que olfateaba los huevos de una empolladura y anunciaba de antemano el número de erías de una ventregada de conejos.

A los dieciséis años, al llegar a la pubertad, Deseada no había sentido ni los vértigos ni las náu-

seas de otras muchachas. Tomó, sí, un continente de mujer hecha y derecha, gozó de mejor salud e hizo estallar sus ropas bajo el espléndido florecimiento de sus carnes. Desde entonces tuvo aquel redondo talle que se cimbreaba libremente, aquellos miembros sólidamente asentados de estatua antigua, todo el empuje de animal vigoroso. Podría decirse que estaba unida al mantillo de su corral, que absorbía su savia por sus robustas piernas, blancas y sólidas como jóvenes árboles. Y, en aquella plenitud, ni un sólo deseo carnal apareció en ella. Encontraba satisfacción constante al sentir en torno suyo una multiplicación de seres vivientes. De los montones de mantillo de los animales apareados, se desprendían oleadas de generación, en medio de las cuales saboreaba las alegrías de la fecundidad. Algo que ella se satisfacía en la postura de las gallinas; llevaba sus conejas al macho, con risas de hermosa joven joven tranquila; y experimentaba dichas de mujer en cinta al ordeñar su cabra. No podía darse nada más sano. Henchíase con toda inocencia de la fragancia, del calor de la vida. Ninguna depravada curiosidad la impulsaba a aquellos cuidados de la reproducción, en presencia de los gallos arrastrando las alas, de las hembras de parto, del macho cabrío emponzoñando el reducido establo. Conservaba su tranquilidad de hermosa bestia, su diáfano mirar, desprovisto de pensamientos, dichosa con ver multiplicarse su pequeño mundo, sintiendo un engrandecimiento de su propio cuerpo, fecundada, identificada hasta tal punto con todas aquellas madres, que ella se consideraba como la madre común, la madre natural, dejando caer de sus dedos, sin un sólo estremecimiento, un sudor de procreación.

Desde que Deseada se hallaba en los Artaud, pasaba sus días en pleno arrobamiento. Satisfacía por último el sueño de su existencia, el único que la hubiese atormentado, en medio de su puerilidad de débil de espíritu. Poseía un corral, un agujero

que se entregaba, en donde podía hacer multiplicarse los animales a su guisa. Desde entonces, enterróse allí, construyendo por sí misma las madrigueras para los conejos, cavando las pozas para los patos, clavando clavos, llevando paja, sin consentir que nadie la ayudara. La Teuse quedaba en paz con lavarla. El corral se encontraba situado detrás del cementerio; con frecuencia Deseada tenía que recoger, en medio de las sepulturas, alguna gallina curiosa, que había saltado por encima de la pared. En el fondo veíase un cobertizo en donde se hallaban la conejera y el gallinero; a la derecha estaba la cabra en una pequeña cuadra. Por lo demás todos los animales vivían juntos, los conejos con las gallinas, la cabra tomaba baños de pies en medio de los patos; los gansos, las pavas, las pintadas y las palomas fraternizaban en compañía de tres gatos. Cuando Deseada se dejaba ver en la valla de madera que impedía que todos aquellos animales penetrasen en la iglesia, un estrépito ensordecedor la saludaba.

—¡Eh! ¿Los oyes?—dijo a su hermano desde la puerta del comedor.

Mas cuando le hubo hecho entrar, cerrando la valla tras ellos, se vió tan violentamente asaltada, que casi desapareció. Los patos y los gansos, castañeteando con el pico, le tiraban de las sayas; las golosas gallinas le saltaban a las manos, que picoteaban reciamente; los conejos se le escondían bajo los pies, dando saltos que le llegaban hasta las rodillas; mientras que los tres gatos le saltaban a los hombros y balaba la cabra, en el fondo del sotechado, por no poder unirse a ella.

—¡Dejadme de una vez, animales!—gritaba con su sonora risa y engreída por el roce de aquellas plumas, de aquellas patas y de aquellos picos.

Mas nada hacía para librarse de ellos. Como decía, se había dejado comer; tan dulce le era sentir toda aquella vida abalanzarse a ella, transmitiendo un templado calor de plumón. Uno de los gatos se

obstinó en quedarse sobre los hombros.

—Es Mumú—dijo.—Sus patas son como de terciopelo.

Después, rebosando orgullo, fué enseñando el corral a su hermano, y agregaba:

—Ya ves lo limpio que está todo.

El corral, efectivamente, estaba barrido, lavado y raído. Pero de aquellas aguas sucias removidas, de aquel estiércol levantado con la horquilla, se exhalaba un olor tan penetrante y tan ágrío, que el padre Mouret sintióse oprimida la garganta. El estiércol se alzaba contra la pared del cementerio en un montón enorme que humeaba.

—¡Eh, qué montón!—repuso Deseada, llevando a su hermano hacia el vapor acre.—Todo lo he puesto yo allí, nadie me ha ayudado. Anda, no es nada sucio; al contrario, limpio; mira mis brazos.

Y los extendía, habiéndolos sencillamente mojado en el fondo de un cubo de agua, brazos dignos de una reina, de soberbia redondez, brotados como rosas blancas y hermosas en aquel estercolero.

—Sí, sí—murmuró el sacerdote,—has trabajado de lo lindo. Ahora está muy bonito.

Se dirigía hacia la valla; mas ella le contuvo.

—Espera, que lo vas a ver todo. Tú no sospechas...

Y se lo llevó debajo del cobertizo, delante de la conejera.

—Los hay chiquitines en todos los compartimientos—dijo palmoteando de entusiasmo.

Entonces le explicó extensamente todas las camadas. Fué menester que el padre se pusiese en euclillas y que aplicase la nariz al enrejado, mientras que su hermana le daba detalles tan minuciosos. Las madres, con sus grandes orejas, les miraban de soslayo, anhelantes y sobrecogidas de miedo. Después en un cajón veíase un agujero lleno de pelusa, en cuyo fondo bullía un montón viviente, una masa negruzca, borrosa, que se movía como si fuese un solo cuerpo. Al lado, los pequeñuelos se

atrevían a acercarse al borde del agujero, exhibiendo cabezas enormes. Más allá, los había ya más fuertes, asemejándose a ratoncillos, huroneando, saltando, con el trasero al aire, manchado con blanco ruedo en la cola. Aquellos tenían las juguetonas gracias de los niños pequeñines, dando la vuelta a los cajones al galope, los blancos con ojos de rubí claro, los negros con relucientes ojos como el azabache. Y un pánico tras otro les hacía huir bruscamente, descubriendo a cada salto sus delgadas patas, enrojecidas por la orina. Y volvían a formar un sólo montón, tan estrechamente, que no se veían las cabezas.

—Eres tú quien les da miedo—decía Deseada.—En cuanto a mí, muy bien que me conocen.

Les llamaba y sacaba del bolsillo alguna corteza de pan. Los pequeñuelos se tranquilizaban, se acercaban uno a uno, de soslayo, con la nariz fruncida y poniéndose en pie contra el enrejado. Deseada les dejaba allí, un instante, para enseñar a su hermano el rojizo vello de sus vientres. Luego daba la corteza al más osado. Entonces toda la banda acudía, se escurría, se estrechaba, sin pelearse; a veces tres pequeñuelos mordían la misma corteza y otros huían y se volvían de cara a la pared para comer con tranquilidad; al paso que las madres, en el fondo, continuaban bufando, desconfiando y rechazando las cortezas.

—¡Ah! ¡Glotonos!—exclamaba Deseada.—¡Así se estarían comiendo hasta mañana por la mañana! Por la noche se les oye roer las hojas olvidadas.

El sacerdote se había levantado, mas ella no se cansaba de sonreír a la gente menuda.

—Mira, aquel grueso, que está allá abajo, aquel blanco del todo, con sus orejas negras... Pues bien, se pirra por las amapolas, y muy bien que sabe escogerlas entre las demás hierbas... Días pasados tuvo un cólico, lo que le hacía sostenerse sobre sus patas traseras. Entonces le cogí y lo mantuve abri-

gado en el bolsillo. Desde entonces está hecho un buen mozo.

Y metía los dedos por los huecos del enrejado y les acariciaba el lomo.

—Diríase que son de raso—proseguía.—Están vestidos como unos príncipes. ¡Y no tienen poca coquetería! Mira, allí tienes uno que pasa la vida lavándose, con ayuda de sus patas... ¡Si supieras qué pícaros son! Yo nada digo, pero bien que me pereato de sus malicias. Sin ir más lejos, aquel gris que nos está mirando, no podía ver a una hembrilla que he tenido que poner a parte. Ha habido entre ellos lances terribles. Sería muy largo de contar. En fin, la última vez que le dió una zurra, al acercarme furiosa, ¿qué fué lo que vi? Pues vi a aquel pillastrón, hundido en el fondo, que parecía dar las boqueadas. Quería hacerme creer que era él quien tenía que quejarse de ella.

Se interrumpió; y luego, dirigiéndose al conejo:

—Ya puedes escucharme, que no eres más que un bribón.

Y volviéndose hacia su hermano:

—Entiende cuanto digo—murmuró guiñando los ojos.

El padre Mouret no pudo aguantar más, en medio del calor que se alzaba de las crías. La vida, bullendo bajo el pelo arrancado del vientre de las madres, despedía efluvios tan penetrantes, que llevaban un trastorno a sus sienas. Deseada, como embriagada poco a poco, se regocijaba más aún, más rosada, más firme en todo su ser.

—¡Pero si nada te llama!—exclamó.—Siempre parece que te quieres escapar... ¡Y mis pollitos! Han nacido esta noche.

Tomó arroz y echó un puñado delante de ella. La gallina, con cacareos de llamada, se adelantó gravemente, seguida de toda la banda de polluelos, que piaban y corrían locamente de acá para allá como pájaros perdidos; pero luego, cuando se

encontraron en medio de los granos de arroz, la madre dió furiosos picotazos, echando a un lado los granos que partía, mientras que los pequeñuelos picaban delante de ella, deprisa y corriendo. Eran una preciosidad, sin plumas apenas, con sus cabecitas redondas, con los ojos vivarachos como puntas de acero, con el pico tan picaresco, y con el vello compuesto por manera tan graciosa, que se asemejaban a juguetes de a dos sueldos. Deseada, al verles, reía de satisfacción.

—¡Qué monada!—balbuceaba.

Tomó dos, uno en cada mano, y los cubrió de besos. Y el sacerdote tuvo que mirarlos por todas partes, mientras que ella decía tranquilamente:

—No es cosa fácil distinguir los gallos. Por mi parte, yo no me equivoque nunca... Esta es una gallina, y estotra es también otra gallina.

Los puso otra vez en el suelo. Pero los otros acudían para comerse el arroz. Un gran gallo de flamantes plumas, iba en pos de ellas, levantando sus anchas patas, con circumspecta gravedad.

—Alejandro se ensobérbese,—decía el cura para complacer a su hermana.

El gallo se llamaba Alejandro. Miraba a la joven con sus ojos de ascua, con la cabeza ladeada y la cola extendida. Después fué a colocarse al borde de sus faldas.

—Me quiere mucho—dijo.—Yo sola puedo tocarlo... Es un gallo excelente; tiene catorce gallinas y nunca encuentro un huevo hueco en las echaduras... ¿No es verdad, Alejandro?

Habíase puesto en cucullas, y el gallo no se mostró esquivo con sus caricias. Parecía que una ola de sangre encendía su cresta. Con las alas batientes, extendido el cuello, lanzó un prolongado canto, que sonó como emitido por tubo de bronce. Cantó cuatro veces seguidas, mientras que todos los gallos de los Artaud contestaban a lo lejos. Deseada se regocijó en gran manera ante el espantado semblante de su hermano.

—¡Eh! parece que te deja sordo—dijo.—Tiene una garganta de lo que no se ve... Pero te aseguro que no es malo... Las gallinas sí que lo son. ¿Te acuerdas de aquella gran pintada, la que ponía los huevos pajizos? Anteayer se desolló una pata. Cuando las demás vieron la sangre, se volvieron como locas. Todas la seguían, le picaban, se le bebían la sangre, tanto y tan bien, que a la noche ya se le habían comido la pata. Encontréla, con la cabeza tras de una piedra, como atontada, sin decir esta boca es mía y dejándose devorar.

La voracidad de las gallinas la dejaba risueña. Otras crueldades refirió por modo placentero; pequeños pollitos con el trasero destrozado, con las entrañas vaciadas, de los cuales tan sólo había encontrado el cuello y las alas; una camada de gatitos devorada en la cuadra en pocas horas.

—Les darías un cristiano—prosiguió—y no por eso dejarían de salirse con la suya... ¡Y cada vez peores! Viven perfectamente con un miembro roto. Por más que tengan llagas, agujeros en el cuerpo, en que cabría el puño, no por eso dejan de tragarse su pitanza. Por eso es por lo que las quiero; reponen su carne en dos días, su cuerpo se mantiene a la continua caliente, como si tuviesen provisión de sol bajo las plumas... Siempre que quiero regalarlas les hago pedacitos de carne cruda. ¿Pues y los gusanos? Vas a ver cómo les gustan.

Corrió al montón de estiércol y encontró un gusano que cogió sin asco. Las gallinas se le lanzaban a las manos; mas ella, teniéndolo muy en alto, gozaba con su glotonería. Por último abrió los dedos; las gallinas se empujaron, se bajaron, luego una de ellas se escapó, perseguida por las otras, con el gusano en el pico. Y así fué cogido, perdido, vuelto a coger, hasta que una gallina, dando un gran picotazo, se lo tragó, sin más ni más. Entonces todas se pararon en seco, con el cuello torcido reluciente el ojo, esperando otro gusano. Deseada, contenta por demás, llamábalas por sus nom-

bres y les dirigía amistosas palabras; mientras que el padre Mouret retrocedía algunos pasos, en presencia de aquella intensidad de vida voraz.

—No, no me siento sereno—dijo a su hermana, que quería hacerle sopesar una gallina que estaba cebando.—Me siento inquieto siempre que toco animales vivos.

Y trataba de sonreír, pero Deseada le trató de cobarde.

—¡Pues bien! ¿Y mis patos, y mis gansos y mis pavas? ¿Qué harías si tuvieses que cuidar de todo eso? ¡Los patos sí que son unos puercos! ¿Les oyes castañetear el pico dentro del agua? Cuando se zambullen, tan sólo se les ve la cola, recta como una quilla... Ni los gansos, ni tampoco las pavas, son fáciles de gobernar. ¡Ah! qué divertido resulta cuando van andando, las más del todo blancas, las otras enteramente negras, con sus grandes cuellos. Tomaríaselas por señoras y caballeros... No te aconsejaría que les presentases un dedo. Se lo tragarían lindamente de un bocado. Pero a mí ya ves que me los besan.

Y se sintió con la palabra cortada al oír un alegre balido de la cabra, que acababa por último de forzar la puerta mal cerrada de la cuadra. En dos brincos, el animal se encontró junto a ella, doblando sus patas delanteras y acariciándola con los cuernos. Al cura le pareció que tenía risa de demonio, con su perilla puntiaguda y sus ojos abiertos al sesgo. Pero Deseada la cogió por el cuello y le besó la cabeza, jugando a correr y hablándole de ordenarla. Cuando tenía sed, en el establo, tendíase y saboreaba la leche de la cabra.

—Mira, están llenas de leche—agregaba levantando las enormes ubres del animal.

El padre movió los párpados como si se le hubiese enseñado alguna obscenidad. Hacía memoria de haber visto, en el claustro de Saint-Saturnin, en

Plassans, una cabra de piedra decorando una gárgola, fornicando con un fraile. Las cabras, apesando a macho cabrío, teniendo caprichos y testarudeces de muchachas, ofreciendo sus colgantes pechos al primero que llegaba, habían quedado siendo para él criaturas infernales, sudando lubricidad. Su hermana no había logrado obtener una, sino tras de muchas semanas de súplicas. Y él, cuando llegaba, evitaba el roce de los largos y sedosos pelos del animal, y defendía la sotana de la aproximación de sus cuernos.

—Anda, voy a devolverte la libertad—dijo Deseada, quien se percató de su creciente malestar.—Pero antes tengo que enseñarte algo... ¿Me das palabra de no reñirme? No te he hablado de ello, porque no lo habrías consentido... ¡Si supieses lo contenta que estoy!

Y se mostraba suplicante, juntaba las manos y apoyaba la cabeza en el hombro de su hermano.

—Otra nueva locura—murmuró éste, quien no pudo por menos de sonreír.

—¿No me reñirás?—repuso ella con los ojos brillantes de alegría.—¿No te enfadarás?... ¡Es tan bonito!

Y echando a correr, abrió una puerta baja en el sotechado. Un marranillo se puso de un salto en el corral.

—¡Oh, qué querubín!—exclamó con profundo éxtasis, al verle escapar.

El cerdillo era una preciosidad, de color de rosa, con el hocico reluciente por las grasientas aguas, con el círculo de grasa que el continuo buscar en la artesa le dejaba junto a los ojos. Púsose a trotar, zarandeando a las gallinas, corriendo para comerse lo que se les echaba y llenando el estrecho patio con sus bruscos rodeos. Las orejas le azotaban los ojos y el hocico roncaba por el suelo; con sus delgadas patas, asemejábase a un animal con ruedecillas. Y por detrás, parecíase su rabo al trozo de bramante que servía para atarle.

—¡No quiero aquí este animal!—exclamó el sacerdote muy contrariado.

—Sergio, mi buen Sergio—suplicó nuevamente Deseada,—no seas malo... Mira qué inocente es, el pobrecillo. Yo lo lavaré y lo tendré limpiísimo. Es la Teuse quien se lo ha hecho dar para mí. Ahora no se le puede devolver... Ve, te mira y te oye. No tengas miedo, no te comerá.

Y se interrumpió, pasto de loca alegría. El cochinito acababa de meterse entre las patas de la cabra a la que había tumbado. Y continuó su carrera, gruñendo, revolcándose y sembrando el espanto en todo el corral. Deseada, para calmarle, le tuvo que dar una cazuela de agua de fregar. Entonces hundió el hocico en ella hasta las orejas; chapoteando y gruñendo, mientras que su rosada piel se estremecía ligeramente. Su rabo, descaecido, le colgaba.

El padre Mouret experimentó un último asco al oír remover aquella agua sucia. Desde que se hallaba allí, habíase apoderado de él una especie de sofocación, ráfagas de calor quemábanle las manos y le ascendían al pecho, al semblante. Poco a poco la cabeza se le iba trastornando. Ahora, en un mismo aliento pestilencial, sentía la fétida tibieza de los conejos y de la volatería, el lúbrico olor de la cabra y el tan repugnante del cerdo. Era como un ambiente rebotante de fecundación, que pesaba demasiado rudamente sobre sus hombros vírgenes. Parecíale que Deseada había crecido, con desarrollo de caderas, agitando brazos enormes y barriendo con las sayas, a ras del suelo, aquel hedor penetrante en medio del cual él se desvanecía. Apenas tuvo tiempo para abrir la verja de madera. Se le adherían los pies en aquel suelo húmedo todavía de estiércol, en tal manera que se creyó detenido por un abrazo de la tierra. Y el recuerdo del Paradou le acudió súbitamente a la memoria, con sus enormes árboles, sus negras sombras, sus potentes olores, sin ser parte a poderse defender.

—Ahora estás muy colorado — dijo Deseada uniéndose a él al otro lado de la barrera.—¿No estás contento por haberlo visto todo? ¿Les oyes gritar?

Los animales, al verla alejarse, se empujaban contra los enrejados, lanzando gritos dolorosos. El marranillo, sobre todo, dejaba oír un prolongado gemido de sierra que están afilando. Pero ella les hacía sus saludos y les mandaba besos en la punta de los dedos y riéndose al verles todos allí, en montón como enamorados de su persona. Luego acercándose más a su hermano, le acompañó al jardín.

—Yo querría una vaca—le dijo al oído poniéndose como una amapola.

El la miró y se negó con un ademán.

—No, no, ahora no—repuso Deseada vivamente.

—Más adelante te volveré a hablar. Habría sitio en la cuadra. Una hermosa vaca blanca, con manchas rojas. Ya verías qué buena leche tendríamos. Una cabra acaba por ser una cosa sobrado pequeña... ¡Y cuando la vaca tuviese un ternerillo!

Y brincaba y palmoteaba, en tanto que el cura parecía que encontraba en ella el corral que se había llevado en sus faldas. Y por eso la dejó en el fondo del jardín, sentada en el suelo, en pleno sol, ante una colmena, cuyas abejas zumbaban, como granos de oro, a lo largo de su cuello, de sus desnudos brazos y de sus cabellos, sin clavarle su aguijón.

XII

El Hermano Archangias comía en la rectoría todos los jueves. Llegaba desde muy temprano, por regla general, para hablar de la parroquia. Era él quien, de tres meses a aquella parte, tenía al cura al corriente y le informaba de cuanto acaecía en el valle. Aquel jueves, en espera de que la Teuse les llamara, fueron a pasearse poquito a poco por delante de la iglesia. El sacerdote, cuando hubo contado su entrevista con Bambousse, se vió sorprendidísimo al oír al Hermano que encontraba natural la contestación del campesino.

—La razón le sobra a ese hombre—decía el ignorantón.—No se da la hacienda de uno así como así. La tal Rosalía no vale gran cosa; mas siempre es cosa dura el entregar su hija a un descamisado.

—No obstante—repuso el padre Mouret,—el matrimonio es lo único que puede hacer cesar el escándalo.

El Hermano encogió sus robustos hombros y soltó una risa inquietante.

—¡Si creerá usted que va a curar al país con este matrimonio!... Antes de dos años, Catalina estará en cinta; luego vendrán las demás y todas pasarán por lo mismo. Desde el punto y hora que se las casa, se mofan del mundo entero. Estos Artaud brotan en la bastardía como en su estercolero

—Ahora estás muy colorado — dijo Deseada uniéndose a él al otro lado de la barrera.—¿No estás contento por haberlo visto todo? ¿Les oyes gritar?

Los animales, al verla alejarse, se empujaban contra los enrejados, lanzando gritos dolorosos. El marranillo, sobre todo, dejaba oír un prolongado gemido de sierra que están afilando. Pero ella les hacía sus saludos y les mandaba besos en la punta de los dedos y riéndose al verles todos allí, en montón como enamorados de su persona. Luego acercándose más a su hermano, le acompañó al jardín.

—Yo querría una vaca—le dijo al oído poniéndose como una amapola.

El la miró y se negó con un ademán.

—No, no, ahora no—repuso Deseada vivamente.

—Más adelante te volveré a hablar. Habría sitio en la cuadra. Una hermosa vaca blanca, con manchas rojas. Ya verías qué buena leche tendríamos. Una cabra acaba por ser una cosa sobrado pequeña... ¡Y cuando la vaca tuviese un ternerillo!

Y brincaba y palmoteaba, en tanto que el cura parecía que encontraba en ella el corral que se había llevado en sus faldas. Y por eso la dejó en el fondo del jardín, sentada en el suelo, en pleno sol, ante una colmena, cuyas abejas zumbaban, como granos de oro, a lo largo de su cuello, de sus desnudos brazos y de sus cabellos, sin clavarle su aguijón.

XII

El Hermano Archangias comía en la rectoría todos los jueves. Llegaba desde muy temprano, por regla general, para hablar de la parroquia. Era él quien, de tres meses a aquella parte, tenía al cura al corriente y le informaba de cuanto acaecía en el valle. Aquel jueves, en espera de que la Teuse les llamara, fueron a pasearse poquito a poco por delante de la iglesia. El sacerdote, cuando hubo contado su entrevista con Bambousse, se vió sorprendidísimo al oír al Hermano que encontraba natural la contestación del campesino.

—La razón le sobra a ese hombre—decía el ignoranton.—No se da la hacienda de uno así como así. La tal Rosalía no vale gran cosa; mas siempre es cosa dura el entregar su hija a un descamisado.

—No obstante—repuso el padre Mouret,—el matrimonio es lo único que puede hacer cesar el escándalo.

El Hermano encogió sus robustos hombros y soltó una risa inquietante.

—¡Si creará usted que va a curar al país con este matrimonio!... Antes de dos años, Catalina estará en cinta; luego vendrán las demás y todas pasarán por lo mismo. Desde el punto y hora que se las casa, se mofan del mundo entero. Estos Artaud brotan en la bastardía como en su estercolero

natural. Un sólo remedio habría, como ya se lo he dicho a usted, que sería retorcer el pescuezo a las hembras, si se quisiera que el país no se viese envenenado... ¡Nada de marido, garrotazos, señor cura, garrotazos!

Tranquilizóse un tanto y agregó:

—Dejemos que cada uno disponga de lo suyo como mejor le parezca.

Y habló de reglamentar las horas del catecismo. Pero el padre Mouret contestaba distraído. Contemplaba el pueblo a sus pies bajo el sol poniente. Los labriegos regresaban, sin decir palabra, andando lentamente con el paso de los bueyes fatigados que vuelven al establo. Delante de las casuchas, las mujeres en pie llamaban a los suyos y hablaban acaloradamente de puerta en puerta, mientras que las bandadas de muchachos llenaban el camino con el alboroto de sus gruesos zapatos, empujándose, rodando y revolcándose. Un olor de humanidad ascendía de aquellas casas que parecían bambolearse. Y el sacerdote se figuraba hallarse aun en el corral de Deseada, en frente de un hormiguero de animales sin tregua multiplicados. Parecíale sentir allí el mismo calor de multiplicación, los mismos alumbramientos continuos, cuya sensación le había producido malestar. Sin apartarse de su memoria desde por la mañana aquella historia de la preñez de Rosalía, concluyó por pensar en aquello, en las suculdades de la existencia, en los impulsos de la carne, en la fatal reproducción de la especie, sembrando los hombres como granos de trigo. Los Artaud constituían un rebaño apriscado entre las cuatro colinas del horizonte, engendrando, esparciéndose más y más en la tierra a cada alumbramiento de las hembras.

—Mire usted—gritó el Hermano Archangias, interrumpiéndose para señalar una mocetona que se dejaba besar por su enamorado, detrás de un matorral,—allí tenemos una vagabunda.

Y agitó sus largos brazos negros hasta que puso

a la pareja en fuga. A lo lejos, sobre las rojas tierras, sobre las peladas rocas, el sol desaparecía tras de una última ráfaga como de incendio. Poco a poco la noche se vino encima. La cálida fragancia de la alhucema se iba haciendo más fresca, llevada por los ligeros soplos que se elevaban. Sintióse, a ratos, como un prolongado suspiro, como si aquella terrible tierra, toda incendiada de pasiones, se hubiese calmado por fin, bajo la lluvia gris del crepúsculo. El padre Mouret, con su sombrero en la mano, regocijado con aquella frescura, sentía la paz de la sombra descender sobre él.

—¡Señor cura! ¡Hermano Archangias!—llamó la Teuse.—¡Pronto! la sopa está en la mesa.

Era una sopa de coles, cuyo fuerte vapor llenaba el comedor del presbiterio. El Hermano se sentó, vaciando lentamente el gran plato que la Teuse acababa de exponer ante él. Comía vorazmente y con una especie de cloqueo del gástrico que permitía oír al alimento zambullirse en el estómago. Con los ojos fijos en la cuchara, no se le escapaba una sílaba.

—¡Qué! ¿No está buena mi sopa, señor cura?—preguntó la anciana sirvienta.—No hace usted más que andarse con repulgos con el plato.

—No tengo mucho apetito, mi buena Teuse—contestó el sacerdote sonriendo.

—¡Pardiez! no hay que extrañarlo. Hambre tendría usted si no hubiese almorzado a las dos dadas.

El Hermano Archangias, después de haberse echado en la cuchara las pocas gotas de caldo que quedaban en el fondo del plato, dijo pausadamente:

—Es preciso poner orden en las comidas, señor cura.

Entretanto Deseada, que se había comido también la sopa, con toda seriedad, sin desplegar los labios, acababa de levantarse para seguir a la Teuse a la cocina. El Hermano, que se había quedado solo con el padre Mouret, se cortaba grandes rebanadas

de pan, que metía entre pecho y espalda, mientras esperaba el otro plato.

—¿Es decir que ha dado usted un gran paseo?— preguntó.

El sacerdote no tuvo tiempo de contestar. Un ruido de pasos, de exclamaciones y de sonoras risas, se dejó oír en el extremo del corredor, del lado del patio. Oyóse como un corto altercado. Una voz aflautada que turbó al sacerdote, parecía incomodarse, hablaba deprisa y corriendo y se perdía en medio de una chorretada de alegría.

—¿Qué es lo que pasa?— dijo levantándose del asiento.

Deseada entró de un salto, llevando algo oculto bajo su falda recogida, y repetía vivamente:

—¡Qué rara es! No ha querido venir. Teníala cogida por la ropa; pero es fuerte como un demonio y se me ha escapado.

—¿De quién habla?— preguntó la Teuse, que acorría de la cocina con un plato de patatas, sobre las cuales se veía un trozo de tocino.

La joven se había sentado. Con infinitas precauciones sacó de debajo de la falda un nido de mirlos, en el cual dormían tres pequeñuelos. Púsole sobre un plato. En cuanto los animalitos percibieron la luz, alargaron sus delgados cuellos, abriendo los rojos picos como en demanda de alimento. Deseada batió las palmas, llena de alegría, en presencia de aquellos pajarillos, que no conocía.

—¡Se trata de la muchacha del Paradou!— exclamó el cura acordándose de repente.

La Teuse se había acercado a la ventana.

—Es verdad— dijo.— Debía de haberla conocido por su voz de cigarra... ¡Ah! ¡La muy gitana! Miren ustedes, se ha quedado allá abajo para espiar-nos.

El padre Mouret se adelantó. Creyó ver, en efecto, tras de un enebro, la saya color de naranja de Albina. Pero el Hermano Archangias se empujó violentamente detrás de él; alargó el puño, mo-

viendo su ruda cabeza a un lado y a otro y vociferando:

—¡Llévete el diablo, hija de bandido! ¡Ya te arrastraré por los cabellos alrededor de la iglesia, si llego a atraparte viniendo aquí a echar tus maleficios.

Una careajada fresca como un hálito de la noche, subió del sendero. Después se oyó una ténue carrera, un murmurio de faldas deslizándose sobre la hierba, semejante a un roce de culebra. El padre Mouret, en pie delante de la ventana, seguía a lo lejos una mancha rubia deslizándose entre los pinares, como un reflejo de luna. Los effluvios que le llegaban de la campiña, llevaban aquel poderoso perfume de verdura, aquel olor de flores silvestres que Albina exhalaba de sus desnudos brazos, de su talle en libertad, de sus desatados cabellos.

—¡Una condenada, una hija de perdición!— gruñó sordamente el Hermano Archangias, volviéndose a la mesa.

Despabiló a dos carrillos un pedazo de tocino, enguyendo patatas enteras a guisa de pan. La Teuse no pudo lograr que Deseada acabase de comer. La hermosa joven permaneció extasiada ante el nido de mirlos, haciendo preguntas, informándose de lo que aquello comía, si ponía huevos, en qué se conocían los machos...

Pero a la vieja sirvienta le acometió algo como una sospecha. Irguióse sobre su pierna sana y miró fijamente al joven sacerdote.

—¿Luego usted conoce a las gentes del Paradou?— le preguntó.

Entonces, sencillamente, dijo la verdad, contando la visita que había hecho al viejo Jeanbernat. La Teuse cambiaba escandalizadas miradas con el Hermano Archangias. Por el pronto no contestó nada. Daba vueltas alrededor de la mesa claudicando furiosamente y dando taconazos capaces de hundir el suelo.

—Bien podía usted haberme hablado de esa gen-

te desde hace tres meses—concluyó por decir el cura.—A lo menos hubiera sabido en que casa me presentaba.

La Teuse se paró en seco, como si se le hubiesen roto las piernas.

—¡No mienta usted, señor cura—tartamudeó,—no mienta usted, pues eso aumentaría su pecado!... ¿Cómo se atreve usted a decir que yo no le he hablado del Filósofo, de ese pagano que es el escándalo de toda la comarca? La verdad es que usted no me escucha nunca cuando hablo. Todo le entra a usted por una oreja y le sale por la otra... ¡Ah! si usted me escuchase, se excusaría usted muchos pesares.

—También le he hablado a usted algo acerca de esas abominaciones—afirmó el Hermano.

El padre Mouret se encogió ligeramente de hombros.

—Pues bien, no he vuelto a acordarme—repuso.

—Tan sólo en el Paradou he creído recordar ciertas historias... Por lo demás, sea como fuere, habría volado al lado de aquel infeliz, a quien creía en peligro de muerte.

El Hermano Archangias, con la boca llena, dió un fuerte golpe con el puño del cuchillo sobre la mesa gritando:

—¡Jeanbernat es un perro! ¡Debe reventar como un perro!

Luego, viendo que el cura protestaba con la cabeza, agregó cortándole la palabra:

—No, no, no hay Dios para él, no hay penitencia, no hay misericordia... Preferible sería arrojar la hostia a los cerdos, a llevarla a ese pillastrón.

Y la emprendió de nuevo con las patatas, con los codos apoyados en la mesa, con la barba encima del plato, y mascando por modo furibundo. La Teuse, pellizcándose los labios, y pálida de cólera, se contentó con decir secamente:

—Deje usted: el señor cura no quiere hacer sino lo que le pasa por la cabeza; el señor cura tiene ahora secretos para nosotros.

Reinó un profundo silencio. Durante un instante no se oyó más que el ruido de las quijadas del Hermano, acompañado del extraño ronquido de su gáznate. Deseada, rodeando con sus desnudos brazos el nido de mirlos que se le había quedado sobre el plato, con el rostro inclinado y sonriendo a los pequeñuelos, les hablaba sin cesar, con gorjeo peculiar suyo, que parecían comprender.

—¡Cuándo no hay gato alguno encerrado, se dice lo que se hace!—gritó la Teuse.

Y volvió a reinar el silencio. Lo que sacaba de sus casillas a la vieja criada era el misterio que parecía haberle hecho de su visita al Paradou. Teníase por mujer indignamente engañada. Su herida manaba sangre. Y se puso a andar en torno de la mesa, sin mirar al cura y sin dirigirse a nadie, aliviándose por sí misma.

—¡Pardiez! he aquí por qué se come tan tarde... Se va uno sin decir oste ni moste a pindonguear, hasta las dos de la tarde; se mete uno en casas de tan mala reputación, que ni siquiera puede contarse después lo que se ha hecho. Entonces se miente, se traiciona a todo el mundo.

—Pero—interrumpió con dulzura el padre Mouret, quien se esforzaba en comer para no enfadar más a la Teuse,—como nadie me ha preguntado si había ido al Paradou, nada he tenido que contestar.

La Teuse prosiguió como si nada hubiese oído:

—Arrastra uno la sotana en el polvo y se vuelve a casa uno como un mal hombre. Y si una buena persona, tomando interés por usted, le hace preguntas por su bien, se la quita usted de encima y se la trata como a una mujer cualquiera que no merece su confianza. Se oculta uno como un camandulero, se preferiría reventar antes que soltar una palabra y ni se tiene siquiera la atención de alegrar su hogar diciendo lo que se ha visto.

Volvióse hacia el sacerdote y le miró a la cara.

—Sí, para usted va todo esto... ¡Usted es un mántalas callando, una mala persona!

Púsose a llorar y fué preciso que el cura la consolara.

—El señor Caffin me lo decía todo—continuaba gritando.

Pero se iba sosegando. El Hermano Archangias daba fin a un gentil pedazo de queso, sin parecer en lo más mínimo alterado por aquella escena. A su modo de ver, el padre Mouret tenía necesidad de que se le obligara a andar derecho; la Teuse obraba perfectamente haciéndole sentir la brida. Y trasegó un último vaso de agnapié, después de lo cual se arrellanó en la silla para la perfecta digestión.

—Y por último—preguntó la vieja criada,—¿qué es lo que ha visto usted en el Paradou? Cuéntenoslo al menos.

El padre Mouret, sonriente, refirió en breves palabras de qué manera Jeanbernat le había recibido. La Teuse, que le anonadaba a fuerza de preguntas, lanzaba exclamaciones de indignación. El Hermano Archangias apretaba los puños y los blandía amenazadores.

—¡Así el cielo te aplaste!—exclamó.—¡Que les haga cenizas a él y a su hechicera!

Entonces, el cura, a su vez, trató de obtener nuevos detalles sobre la gente del Paradou. Escuchaba con profunda atención al Hermano, que contaba hechos monstruosos.

—Sí, esa diablesa fué una mañana a sentarse en los bancos de la escuela; hace de esto mucho tiempo, podía contar diez años. Yo la dejaba obrar a su talante; estaba en que su tío la enviaba para su primera comunión. En el espacio de dos meses revolucionó la clase. Llegó a hacerse adorar la muy tunanta. Sabía juegos, inventaba falbalas con hojas de árbol y pedazos de trapo. Y como inteligente, ¡vaya si lo era, como todas esas muchachas del infierno! Era la que sabía mejor el catecismo... Pero, he aquí que una mañana el viejo cae como una bomba en medio de la clase. Púsose a decir que iba a hacerlo todo añicos y gritaba que los curas le ha-

bían robado la niña. Tuvo que acudir el guarda-bosque para ponerlo en lo del rey. La pequenuela se había escapado, y yo la veía, desde la ventana, en un bancal de enfrente... Ella iba a la escuela por su propio impulso, desde hacía dos meses, sin que él lo sospechara. Historia es ésta capaz de mover las montañas.

—Nunca ha hecho la primera comunión—dijo la Teuse a media voz, con un ligero escalofrío.

—No, nunca—repuso el Hermano Archangias.—Debe frisar ya en los dieciséis, y crece como un animal; la he visto correr a cuatro patas, entre unos matojos, del lado de la Palud.

—A cuatro patas—murmuró la sirvienta, que se volvió hacia la ventana, llena de inquietud.

El padre Mouret quiso emitir una duda; pero el Hermano Archangias se puso hecho un veneno.

—Sí, ¡a cuatro patas! Y saltaba como un gato montés con las enaguas arremangadas y enseñando hasta los muslos. Sí llego a tener una escopeta, la echo patas arriba. Se matan animales que son más gratos a Dios... Y por otra parte, se sabe muy bien que todas las noches se acerca a maullar alrededor de los Artaud. Son sus maullidos como los de la gata encelada. Sí alguna vez un hombre cayese en sus garras, con seguridad que no le quedaría ni un jirón de pellejo sobre los huesos.

Todo su odio hacia la mujer apareció. De un puñetazo conmovió la mesa y espumarajeó por aquella boca sus injurias de costumbre.

—Tienen el diablo en el cuerpo; huelen a espíritu maligno; le apestan en los brazos, en las piernas, en el vientre, en todas partes. Y esto es lo que embruja a los imbéciles.

El cura aprobó con la cabeza. La violencia del Hermano Archangias, la charlatana tiranía de la Teuse, eran como disciplinazos que a menudo le cruzaban los hombros. Sentía como un piadoso goce al hundirse en la bajeza, en aquellas manos hinchadas de groserías populacheras. La paz del cielo

parecía que se hallaba al fin de aquel desprecio del mundo, de aquel envilecimiento de todo su sér. Era como una injuria que se regocijaba hacer a su cuerpo, un arroyo en que se complacía bañar su tierna naturaleza.

—No hay más que inmundicia—masculló doblando su servilleta.

La Teuse iba quitando la mesa. Quiso retirar el plato en el cual Deseada había puesto el nido de mirlos.

—Creo que no va usted a acostarse ahí, señorita—dijo.—Deje usted esos bichos tan feos.

Pero Deseada defendió el plato. Cubrió el nido con sus desnudos brazos, sin reirse ya, e irritándose al verse molestada.

—Estoy en que no se va usted a quedar con esos pájaros—exclamó el Hermano Archangias.—Traerían la desgracia... Hay que retorcerles el pescuezo.

Y alargaba ya sus manazas. La joven se levantó y retrocedió, temblorosa, apretando el nido contra el pecho. Miró al Hermano cara a cara, con los labios apretados y con el aspecto de la loba dispuesta a morder.

—No toque usted a los pequeñuelos—tartamudeó.—¡Cuán feo es usted!

Recalcó estas palabras con tan soberano desprecio, que el padre Mouret se estremeció, como si la fealdad del Hermano le hubiese llamado la atención por primera vez. Este se satisfizo con gruñir. Alimentaba una sorda enemiga contra Deseada, cuya exuberancia animal le ofendía. Cuando la joven salió, yendo hacia atrás, sin quitarle la vista de encima, él se encogió de hombros, mascullando entre dientes una obscenidad que nadie entendió.

—Mejor es que se vaya a acostar—dijo la Teuse.—Llegaría ahora mismo a molestarnos en la iglesia.

—¿Acaso han venido ya?—preguntó el padre Mouret.

—Rato há que las muchachas están allá fuera,

con brazadas de follaje. Voy a encender las lámparas. Se podrá dar principio cuando usted quiera.

Unos segundos después oyóse la renegar en la sacristía, porque las cerillas estaban mojadas. El Hermano Archangias, que se había quedado solo con el cura, preguntó con bronco acento:

—¿Es para el mes de María?

—Sí—contestó el padre Mouret.—Estos últimos días, las muchachas del país, por estar tan atareadas, no han podido venir, como era uso y costumbre, a adornar la capilla de la Virgen. La ceremonia se ha trasladado a esta noche.

—¡Bonita costumbre!—refunfuó el Hermano.—Cuando las veo, una tras otra, venir a depositar sus ramos, ganas me dan de arrojarlos al suelo, para que cuando menos, confiesen sus indecencias, antes de tocar el altar... Es una vergüenza aguantar que las mujeres paseen sus vestidos tan a la vera de las sagradas reliquias.

El sacerdote se excusó con la mirada. No hacía sino muy poco tiempo que se hallaba en los Artaud, y tenía que sujetarse a las costumbres.

—Cuando usted guste, señor cura—gritó la Teuse.

Pero el Hermano Archangias le detuvo todavía un instante.

—Yo me voy—repuso.—La religión no es ninguna niña para que se la ponga entre flores y encajes.

Y se dirigió lentamente hacia la puerta. Detúvose de nuevo, y alzando uno de sus velludos dedos, agregó:

—Desconfíe usted de su devoción a la Virgen.

Las grandes mozas ponían sus ramos sobre el altar, que besaban. Quedábanse por un instante arriadas al paño, pasando los ramos a la Teuse, olvidándose de la actitud socarronamente recogida que habían tomado para subir los escalones; acababan por reirse, tropezaban con las rodillas, encogían las caderas al borde del altar y hundían de lleno el seno en el tabernáculo. Y por encima de ellas, la gran Virgen de yeso dorado, inclinaba su pintado rostro, sonreía con sus rosados labios al niño Jesús, desnudito, que sostenía en su brazo izquierdo.

—Muy bien, Lisa—gritó la Teuse,—sientate sobre el altar, ya que ahí te encuentras. ¿Quieres bajarte las enaguas? ¿Se enseñan las piernas de esa manera?... Que a cualquiera de vosotras se le ocurra dejarse caer y le tiro las ramas a la cara... ¿No me las podéis pasar con tranquilidad?

Y volviéndose al sacerdote, le preguntó:

—¿Resulta a gusto de usted, señor cura? Le parece que está bien?

Detrás de la Virgen ponía un bosque de verdura, con puntas de follaje, que sobresalían, formando bóveda e inclinándose a modo de palmas. El sacerdote daba su aprobación con sólo una palabra y aventuraba una observación.

—Tengo para mí—decía bajito,—que convenría poner un ramo de hojas más tiernas en todo lo alto.

—¡Es indudable!—gruñó la Teuse.—Si no me traen más que laurel y romero... ¿Quién de vosotras tiene ramas de olivo? Ni una siquiera. ¡Bah! Temen perder cuatro aceitunas, esas herejes!

Pero Catalina subió los escalones con una enorme rama de olivo, bajo la cual desaparecía.

—¡Ah, tú tienes, grandísima pícara!—repuso la vieja criada.

—¡Pardiez!—dijo una voz—lo ha robado. He

XIII

En la iglesia, el padre Mouret encontró unas diez jóvenes, que llevaban ramos de olivo, de laurel y de romero. Las flores de jardín apenas se daban en las peñas de los Artaud, y la costumbre había establecido que se adornara el altar de la Virgen con verdura resistente que durara todo el mes de Mayo. La Teuse agregaba alelías de pared, cuyos cabos se remojan en viejas jarras.

—¿Quiere usted dejarme obrar a mí, señor cura?—preguntó.—Usted no tiene costumbre... Mire usted, colóquese allí, delante del altar. Ya me dirá usted si el adorno es de su agrado.

El padre consintió, y ella fué la que, en realidad, dirigió la ceremonia. Habíase subido sobre un escabel y trataba a la baqueta a las muchachas que se acercaban, una tras otra, con sus follajes.

—No tan de prisa, no tan de prisa. Creo que me dejaréis tiempo para atar las ramas. No hay para que todos esos atados caigan sobre la cabeza del señor cura. Ahora, Babet, te toca a ti. ¡Es muy hermoso tu romero! Amarillo como un cardo. Todas las borricas del país se han orinado encima. Ahora tú, la Rousse. ¡Ah! este, a lo menos, es un hermoso laurel. Lo has cogido en tu campo de la Cruz Verde.

visto a Vicente desgajar la rama, mientras que ella estaba en acecho.

Catalina, hecha una furia, juró que no era verdad. Habíase vuelto, sin dejar la rama, sobresaliendo su moreno rostro del matorral que llevaba; mentía con un descaro extraordinario, inventando una larga historia para probar que la rama de olivo era suya y muy suya.

—Y, además—concluyó diciendo;—todo los árboles pertenecen a la Santísima Virgen.

El padre Mouret quiso intervenir. Pero la Teuse salió con que se mofaban de ella dejándola por tanto tiempo con los brazos levantados. Y ató sólidamente la rama de olivo mientras que Catalina, encaramada en el escabel remedaba a su espalda la penosa manera con que la Teuse movía su enorme cintura, con ayuda de su pierna útil; lo que hizo sonreír hasta al mismo sacerdote.

—Vaya—dijo la Teuse al bajar y ponerse al lado de éste, para dar un vistazo a su obra—la parte de arriba queda terminada... Ahora vamos a poner puñados de matas sobre los candeleros, a no ser que usted prefiera una guirnalda que se extienda por las graderías.

El cura se decidió por los puñados de matas.

—Entonces acercao—repuso la sirvienta, subida de nuevo al escabel.—No hay que dormirse... ¿Quieres besar el altar, Mietta? ¿Te figuras acaso que estás en tu cuadra? Señor cura, ¿ve usted lo que están haciendo, allá abajo? Les estoy oyendo reír como unas descosidas.

Se elevó una de las lámparas, con lo que se iluminó la parte oscura de la iglesia. Bajo el púlpito, tres muchachas grandullonas jugaban a empujarse; una de ellas había caído dando con la cabeza en la pila del agua bendita, lo que hacía reír tanto a las otras, que se dejaban caer al suelo para reír a sus anchas. Volviéronse, mirando al cura con disimulo, satisfechas con que se les riñera, con sus manos colgantes, que les golpeaban los muslos.

Pero lo que sobre todo atufó a la Teuse fué al ver de súbito a Rosalía subir al altar como las otras, con su haz de matas.

—¿Quieres bajar de ahí?—le gritó.—¡No es serenidad la que te falta, hija mía! Vaya, más de prisa. Tráeme tu atado.

—¿Para qué?—dijo con atrevimiento Rosalía.—No se me acusará tal vez de haberlo robado.

Las muchachonas se acercaban, echándola de estúpidas y cruzando entre ellas brillantes miradas.

—¡Vete de aquí!—repitió la Teuse.—Tu sitio no está aquí, ¿lo oyes?

Luego, perdiendo su escasa paciencia, dejó brutalmente escapar una palabrota, que produjo una risa de satisfacción entre las campesinas.

—¿Y qué más?—dijo Rosalía.—Por ventura ¿sabe usted lo que hacen las demás? Usted no ha ido a verlo, ¿verdad que no?

Y creyó que debía prorrumpir en sollozos. Arrojó las ramas y se dejó llevar algunos pasos de allí por el padre Mouret, quien le habló con la mayor severidad. Había intentado hacer callar a la Teuse, empezaba a sentirse molesto en medio de aquellas jóvenes desvergonzadas, que llenaban la iglesia con sus brazadas de verdura. Empujábanse hasta la gradería del altar, rodeándole con un bosque viviente, llevándole el rudo perfume del odorífero monte, como aliento exhalado de sus miembros de vigorosas trabajadoras.

—¡Vivo, vivo!—dijo golpeando ligeramente con las manos.

—¡Pardiez! Preferiría estar acostada—murmuró la Teuse,—si cree usted que es muy agradable el ir atando todos los cabos...

Entretanto había concluido por atar entre los candeleros unos altos penachos de follaje. Dobló el escabel, que Catalina fué a llevar detrás del altar mayor. Y no tuvo que hacer sino fijar unos ramos a ambos lados del altar. Los últimos atados de verdura bastaron para aquel trozo de jardín; y

hasta quedaron ramas, con que las muchachas sembraron el suelo hasta a la balaustrada de madera. El altar de la Virgen era un bosquecillo, una bóveda de verdura, con su verde césped en la parte delantera.

La Teuse entonces consintió en dejar el puesto al padre Mouret. Este subió al altar y volvió a dar ligeros golpes con las manos.

—Señoritas—dijo,—mañana continuaremos los ejercicios del mes de María. Las que no puedan venir, deberán, cuando menos, rezar el rosario en sus casas.

Arrodillóse, mientras que las campesinas, con gran rumor de las sayas, se echaban al suelo, sentándose sobre los talones. Siguieron el rezo del sacerdote con un barbotar confuso en que apuntaban risitas. Una de ellas, al sentirse pellizcada por detrás, dejó escapar un grito, que trató de ahogar en un acceso de tos; lo que alegró en tal medida a las otras, que permanecieron un instante descoyuntándose, después de haber dicho *Amén*, con la nariz sobre las losas, sin poderse levantar.

La Teuse despidió a aquellas descaradas, en tanto que el cura, que se había persignado, permanecía absorto ante el altar, como si ya no oyese lo que pasaba detrás de él.

—Vamos a tomar el portante ahora mismo—murmuraba.—Sois un montón de inútiles para todo, que ni tan siquiera sabéis respetar el Dios de misericordia... Es una vergüenza, lo que nunca se ha visto, jovencitas revolcándose por los suelos en una iglesia, como las bestias en un prado... Tú, la Rousse, ¿qué es lo que haces ahí abajo? Si te veo pellizcar a alguna, tendrás que habértelas conmigo. Sí, sí, tiradme de la lengua y se lo diré todo al señor cura. ¡Afuera! ¡afuera! ¡Grandísimas bellacas!

Y las empujaba poco a poco hacia la puerta, galopando a su alrededor y cojeando por modo furibundo. Había logrado hacerlas salir hasta la úl-

tima cuando divisó a Catalina tranquilamente instalada en el confesionario con Vicente; estábanse comiendo alguna cosa con verdadero arrobo. Arrojólos de allí, y como sacase el cuello fuera de la iglesia, antes de cerrar la puerta, vió a Rosalía echarse al cuello del gran Fortunato, que la estaba esperando; ambos se perdieron en la obscuridad, por la parte del cementerio, con un débil rumor de besos.

—¡Y eso se presenta en el altar de la Virgen!—balbuceó echando el cerrojo.—Las demás no son mucho mejores, bien que se me alcanza. Todas son unas llevadas y traídas, que han venido esta tarde, con sus atados de ramas, cosa de hacerse besar por los suyos a la salida! Mañana, ni una sola querrá molestarse; el señor cura tendrá que decir solito sus *Ave*. No acudirán más que las muy picañas que tengan citas.

Movía de acá para allá las sillas, colocándolas en su lugar, mirando si no arrastraba con ellas algo de sospechoso, antes de subir a meterse entre sábanas. En el confesionario recogió un puñado de mondaduras de manzana, que arrojó detrás del altar mayor. Encontró asimismo un pedazo de cinta, arrancado de alguna cofia, con un mechón de cabellos negros, con todo lo cual hizo un paquetito, para abrir una información. Fuera de esto, le pareció que la iglesia quedaba en buen orden. La mariposa tenía aceite para toda la noche, las losas del coro podían pasar hasta el sábado sin necesidad de que se las lavara.

—Son cerca de las diez, señor cura—dijo acercándose al sacerdote, que continuaba arrodillado.—Haría usted bien en subir.

No contestó, limitándose a inclinar suavemente la cabeza.

—Bueno, ya sé lo que eso quiere decir—continuó la Teuse.—Dentro de una hora se encontrará todavía ahí, sobre la desnuda piedra, para producirse cólicos... Me voy, porque le aburro. Sea como sea,

no tiene un adarme de sentido común; almorzar cuando los demás comen, acostarse a la hora en que las gallinas se levantan... ¿Le incomoda a usted? Buenas noches; no es usted muy razonable, que digamos.

Y tomó la resolución de irse; pero volvió para apagar una de las dos lámparas, murmurando que el rezar hasta tan tarde "era la muerte del aceite". Por último, se fué después de haber limpiado con la manga el paño del altar mayor, que le pareció ceniciento de polvo. El padre Mouret, con los ojos mirando al cielo y con los brazos cruzados contra el pecho, se hallaba solo.

XIV

Iluminada con una sola lámpara, que ardía en el altar de la Virgen, en mitad de los ramajes, la iglesia, de extremo a extremo, se llenaba de inmensas sombras flotantes. El púlpito difundía una franja de tinieblas hasta las vigas del techo. El confesionario resultaba una masa negra, recortando bajo la tribuna la extravagante silueta de una garita destrozada. Toda la claridad, suavizada, enardecida por el follaje, adormecíase sobre la dorada Virgen que parecía descender en actitud soberana, llevada por la nube, en que retozaban cabeceitas de ángeles alados. Al ver la redonda lámpara brillar en medio de las ramas, habríasela tenido por una pálida luna alzándose en los linderos de un bosque, iluminando alguna majestuosa aparición, una princesa del cielo, coronada de oro, vestida de oro, paseando la desnudez de su divino hijo en el fondo de las avenidas. Entre la hojarasca, a lo largo de los altos penachos, en la amplia bóveda ojival y hasta en el ramaje esparcido por el suelo, deslizábanse resplandores de astros, adormecidos, semejantes a esa lluvia lechosa que penetra en los matorrales en noches claras. Rumores indecisos, extraños crugidos, llegaban de los dos sombríos extremos de la iglesia; el gran reloj, a la izquierda del coro, moviase lentamente con recio aliento de mecánica adormecida, Y la radiante visión, la Madre de las ténues guedejas de cabello castaño, como tranquilizada por la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL

no tiene un adarme de sentido común; almorzar cuando los demás comen, acostarse a la hora en que las gallinas se levantan... ¿Le incomoda a usted? Buenas noches; no es usted muy razonable, que digamos.

Y tomó la resolución de irse; pero volvió para apagar una de las dos lámparas, murmurando que el rezar hasta tan tarde "era la muerte del aceite". Por último, se fué después de haber limpiado con la manga el paño del altar mayor, que le pareció ceniciento de polvo. El padre Mouret, con los ojos mirando al cielo y con los brazos cruzados contra el pecho, se hallaba solo.

XIV

Iluminada con una sola lámpara, que ardía en el altar de la Virgen, en mitad de los ramajes, la iglesia, de extremo a extremo, se llenaba de inmensas sombras flotantes. El púlpito difundía una franja de tinieblas hasta las vigas del techo. El confesionario resultaba una masa negra, recortando bajo la tribuna la extravagante silueta de una garita destrozada. Toda la claridad, suavizada, enardecida por el follaje, adormecíase sobre la dorada Virgen que parecía descender en actitud soberana, llevada por la nube, en que retozaban cabeceitas de ángeles alados. Al ver la redonda lámpara brillar en medio de las ramas, habríasela tenido por una pálida luna alzándose en los linderos de un bosque, iluminando alguna majestuosa aparición, una princesa del cielo, coronada de oro, vestida de oro, paseando la desnudez de su divino hijo en el fondo de las avenidas. Entre la hojarasca, a lo largo de los altos penachos, en la amplia bóveda ojival y hasta en el ramaje esparcido por el suelo, deslizábanse resplandores de astros, adormecidos, semejantes a esa lluvia lechosa que penetra en los matorrales en noches claras. Rumores indecisos, extraños crugidos, llegaban de los dos sombríos extremos de la iglesia; el gran reloj, a la izquierda del coro, moviase lentamente con recio aliento de mecánica adormecida, Y la radiante visión, la Madre de las ténues guedejas de cabello castaño, como tranquilizada por la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocturna paz de la nave, descendía aun más, doblando apenas la hierba de los claros bajo el ligero volar de su nube.

El padre Mouret la contemplaba. Era aquella la hora en que más se complacía en la iglesia. Olvidábase del doloroso Cristo, el ajusticiado embadurnado de ocre y de laca, que agonizaba detrás de él, en la capilla de los Muertos. No tenía ya la distracción de la cruda claridad de las ventanas, de las alegrías de la mañana que entraban con el sol, de la vida del exterior, de los gorriones y de las ramas invadiendo la nave por los vidrios rotos. En aquella hora de la noche, la naturaleza ofrecíase muerta, la obscuridad tapizaba de negro crespón las blanqueadas paredes, la frescura poníale sobre los hombros un cilicio saludable; podía aniquilarse en el amor absoluto, sin que el cabrilleo de un rayo de luz, la caricia de un soplo o de un perfume, el batir de alas de un insecto, fuesen a apartarle de su gozo de amor. Su misa de por la mañana jamás le había producido las sobrehumanas delicias de sus oraciones de la noche.

Con los labios balbucientes, el padre Mouret contemplaba a la Virgen. Veíala venir a él, desde el fondo de su camarín de verdura, en creciente esplendor. No era ya un claro de luna extendiéndose sobre las capas de los árboles; a él le parecía vestida de sol, adelantándose majestuosamente, radiante, colosal, tan omnipotente, que sentíase a veces tentado de humillar la frente contra el suelo, para huir del resplandor de aquella puerta abierta en el cielo. Entonces, en aquella adoración de todo su sér, que hacía expirar las palabras en su boca, acordóse de las últimas que pronunció el Hermano Archángias, como de una blasfemia. Con frecuencia el Hermano le echaba en cara aquella devoción particular a la Virgen, que tenía por un verdadero robo hecho a las almas, afeminaba la religión, creaba toda una sensiblería piadosa indigna de los fuertes. Sentía

rencor por la Virgen por el hecho de ser mujer, de ser hermosa, de ser madre; manteníase en guardia contra ella, pasto de sordo temor de sentirse tentado por su gracia, de sucumbir ante su dulzura de seductora.—“Le llevará a usted muy lejos”—gritó un día al joven sacerdote, viendo en ella como un principio de pasión humana, como una pendiente hacia las delicias de los hermosos cabellos castaños, de los grandes y serenos ojos, del misterio del ropaje cayendo desde el cuello hasta las puntas de los pies. Era la rebeldía de un santo, que separaba con violencia a la Madre del Hijo, al preguntar como éste: “Mujer, ¿qué es lo que hay de común entre vos y yo?” Pero el padre Mouret se resistía, se postraba y trataba de olvidar las rudezas del Hermano. Tan sólo el enagenamiento que le embargaba ante la immaculada pureza de María, le hacía apartarse de la bajeza en que procuraba aniquilarse. Cuando al hallarse solo en presencia de la dorada Virgen, se alucinaba hasta el punto de verla inclinarse para darle sus cabellos a besar, se volvía muy joven, muy bueno, muy fuerte, muy justo, invadido por completo por una vida de tierno amor.

La devoción del padre Mouret por la Virgen, databa de su juventud. Muy niño, un si es no es zahareño, refugiándose en los rincones, se complacía en pensar que una hermosa dama le protegía, que dos ojos azules, dulcísimos, le seguían por do quiera, con una sonrisa. Con frecuencia, allá en la noche, habiendo sentido un ligero hálito rozarle los cabellos, contaba que la Virgen había ido a buscarle. Había crecido bajo aquella caricia de mujer, en aquel ambiente henchido de ropaje divino. Desde que tuvo siete años, satisfacía sus necesidades de ternura, invirtiendo cuantos sueldos se le daban en comprar imágenes de santidad, que ocultaba celosamente, para gozar solo a su sabor. Y jamás se veía tentado por los Jesús con el corderillo a cuestras, los Cristos en cruz, los Padre Eterno, inclinándose con su gran barba al borde de las nubes; volvía

siempre a las tiernas imágenes de María, a su pequeña boca sonriente, a sus delicadas manos extendidas. Poco a poco las fué coleccionando: María entre un lirio y unas devanaderas, María llevando al niño, como su hermana mayor, María coronada de rosas, María coronada de estrellas. Aquello constituía para él una familia de hermosas jóvenes, todas con un parecido de gracia, con el mismo aspecto de bondad, el mismo rostro suave, y tan jóvenes bajo sus velos, que, a pesar de sus nombres de madre de Dios, no tenía miedo de ellas como de las personas mayores. Parecíanle que tenían su edad, que eran las niñas con quienes le habría gustado encontrarse, las niñas celestiales con las cuales los niños muertos a los siete años han de jugar eternamente en un rincón del paraíso. Mas él era ya grave a la sazón; conforme fué creciendo, guardó el secreto de su religioso amor, dominado por exquisitos pudores de la adolescencia. María envejecía con él, siempre dos o tres años mayor que él, como cuadra a una amiga soberana. Contaba veinte años, cuando él sólo tenía dieciocho. Ya no le besaba por la noche en la frente; manteníase a algunos pasos de distancia, con los brazos cruzados, con sonrisa casta y adorablemente dulce. No la nombraba sino en voz muy queda, experimentando como un deliquio del corazón, cada vez que el tan querido nombre pasaba por sus labios, en sus oraciones. Ya no soñaba en los infantiles juegos, en el fondo del jardín celestial, sino en una contemplación continua, en la presencia de aquel rostro blanco, tan puro, al que no habría querido tocar ni con su aliento. Hasta a su misma madre le ocultaba que la amase con tanto ardor.

Después, pasados algunos años, cuando se vió en el seminario, aquella hermosa pasión por María, tan recta, tan natural, experimentó sordas inquietudes. ¿Era el culto de María necesario para su salvación? ¿No robaba a Dios concediendo a María una parte de su amor, la mayor parte, sus pensamientos, su

corazón, su todo? Preguntas que le turbaban, combatían interior que le apasionaba, que le ligaba más y más. Entonces se abismó en las sutilezas de su cariño. Entregóse a inefables delicias al discutir la legitimidad de sus sentimientos. Los libros de devoción a la Virgen le excusaron, le arrobaban, le llenaron de argumentos, que repetía con recogimientos de oración. Allí fué donde aprendió a ser esclavo de Jesús en María. Iba a Jesús por María. Y citaba toda clase de pruebas, distinguía y deducía consecuencias. María, a quien Jesús había obedecido en la tierra, debía de ser obedecida por todos los hombres; María conservaba su poder de madre en el cielo, en donde era la gran dispensadora de los tesoros de Dios, la única que podía implorarle, la única que distribuía los tronos. María, simple criatura respecto de Dios, pero elevada hasta él, se convertía por tal modo en el lazo humano del cielo con la tierra en la intermediaria de toda gracia, de toda misericordia; y siempre resultaba la conclusión de que era preciso amarla sobre todas las cosas, sobre Dios mismo. Luego venían las más arduas sutilezas teológicas, el matrimonio del Esposo celestial, el Espíritu Santo sellando el vaso de elección, colocando a la Virgen Madre en un milagro eterno, entregando su inviolable pureza a la devoción de los hombres; era la Virgen victoriosa de todas las heregías, la irreconciliable enemiga de Satán, la nueva Eva anunciada como debiendo aplastar la cabeza de la serpiente, la Puerta augusta de las gracias, por la cual el Salvador había entrado una primera vez, por la cual entraría nuevamente, en el último día, profecía vaga, anuncio de un papel aun más importante de María, que dejaba a Sergio bajo el ensueño de algún inmenso arrobamiento de amor. Aquella entrada de la mujer en el cielo celoso y cruel del antiguo Testamento, aquella figura de candor, puesta a los pies de la temible Trinidad, constituía para él la misma gracia de la religión, lo que le consolaba del espanto de la fe, su refugio

de hombre perdido en medio de los misterios del dogma, Y cuando, punto por punto y por extenso se hubo probado que ella era el camino de Jesús, fácil, corto, perfecto, seguro, entregóse de nuevo a ella, por entero, sin remordimientos; estudióse para convertirse en su verdadero devoto, muriendo para sí mismo, abismándose en la sumisión.

Horas de voluptuosidad divina. Los libros de devoción a la Virgen ardían en sus manos; hablábale en lenguaje de amor que humeaba como un incienso. María no era ya la adolescente velada de blanco, con los brazos cruzados, de pie a algunos pasos de su almohada; llegaba en medio de su esplendor, tal como Juan la vió, vestida de sol, coronada con doce estrellas, y con la luna a los pies; embalsamábale con su perfume celestial, le inflamaba con el anhelo del cielo, le arrebatava hasta en el calor de los astros que centelleaban en su frente. Lanzábase al encuentro de ella, llamándose su esclavo; y nada era más dulce que aquella palabra "esclavo", que repetía y saboreaba cada vez más, en su balbuciente boca, a medida que se anonadaba a sus pies, para convertirse en su cosa, en su nada, en el polvo desflorado con el vuelo de su ropaje azul. Decía con David: "María se ha hecho para mí." Y agregaba con el evangelista: "La he tomado para todo mi bien." Llamábale "Mi querida amante", y le faltaban palabras, llegando a un parloteo de niño y de enamorado, quedándole ya tan sólo el entrecortado aliento de su pasión. Ella era la Bienaventurada, la Reina del cielo celebrada por los nueve coros de los Angeles, la madre del hermoso afecto, el Tesoro del Señor. Las imágenes vivas se ostentaban, comparábanla a un paraíso terrenal, compuesto de tierra virgen, con jardines de virtuosas flores, de praderas verdes de esperanza, de torres inexpugnables por la fuerza de casas encantadoras de seguridad y esperanza firmes. Era todavía una fuente que el Espíritu Santo había sellado, un santuario en que la Santísima Trinidad hallaba su re-

poso, el trono de Dios, la ciudad de Dios, el altar de Dios, el templo de Dios, el mundo de Dios. Y él se paseaba en aquel jardín, a la sombra, al sol, bajo el encanto del follaje; suspiraba con el agua de aquella fuente; habitaba en el bello hogar de María, hallando en él su apoyo, ocultándose en él, perdiéndose allí sin reserva, bebiendo la leche de amor infinito que se desprendía gota a gota de aquel seno virginal.

Todas las mañanas, desde que se levantaba, en el seminario, saludaba a María con cien reverencias, con el rostro vuelto hacia el pedazo de cielo que distinguía desde su ventana; llegaba la noche se despedía de ella, inclinándose igual número de veces, con los ojos fijos en las estrellas. Con frecuencia, en las noches serenas, cuando Venus resplandecía soñadora en el templado ambiente, olvidábase de sí mismo, y dejaba escapar de sus labios, a modo de un ligero cántico, el *Ave Maris stella*, el tierno himno que le desarrollaba a lo lejos playas azules, una mar tranquila, rizada apenas con estremecimiento de caricia, iluminado por una estrella sonriente, tan grande como un sol. Y recitaba también el *Salve Regina*, el *Regina cæli*, el *O gloriosa Domina*, todas las oraciones, todos los cánticos. Leía el oficio de la Virgen, los libros de santidad escritos en su honor, el salterio de San Buenaventura, de tan devoto cariño, que las lágrimas no le dejaban volver las páginas. Ayunaba, se mortificaba para hacerle ofrenda de su carne lacerada. Desde la edad de diez años llevaba su señal de ciega adhesión, el santo escapulario, la doble imagen de María, cosido sobre tela, cuyo calor sentía en espalda y pecho, tocando a su piel desnuda, lo que le producía estremecimientos de felicidad. Más adelante había tomado la cadenilla, a fin de demostrar su esclavitud de amor. Pero su gran acto era siempre la Salutación angélica, el *Ave María*, la plegaria perfecta de su corazón. "Yo os saludo, María", y veía la adelantarse hacia él, llena de gracia, bendita

entre todas las mujeres; ponía el corazón a sus pies, para que, en la dulzura anduviera sobre él. Aquella salutación la multiplicaba y la repetía de cien maneras, ingeniándose para convertirla en más eficaz. Decía doce *Ave*, para recordar la corona de doce más, en memoria de sus catorce alegrías, y siete decenas en honor de los años que vivió en la tierra. Durante horas y horas pasaba las cuentas del rosario. Después, con gran extensión, en ciertos días de congregación mística emprendía la interminable murmuración del Rosario.

Cuando, solo en su celda, teniendo tiempo para amar, se arrodillaba en el suelo, todo el jardín de María brotaba a su alrededor, con sus elevadas florecencias de castidad. El Rosario dejaba correr entre sus dedos su guirnalda de *Ave*, interrumpida por el *Pater*, como una guirnalda de rosas blancas, mezcladas con lirios de la Anunciación, ensangrentadas flores del Calvario, estrellas de la Coronación. Adelantábase a paso lento, a lo largo de las embalsamadas avenidas, deteniéndose en cada una de las quince del *Ave*, y descansando en el misterio a que correspondía; quedábase extasiado de alegría, de dolor, de gloria, a medida que los misterios se agrupaban en tres series, los gozosos, los doloridos y los gloriosos. Leyenda incomparable, historia de María, humana vida completa, con sus sonrisas, sus lágrimas, su triunfo, que él vivía de un extremo a otro, en un instante. Y empezaba por entrar en el gozo, en los cinco misterios sonrientes, bañados con las serenidades de la aurora: eran la salutación del arcángel, un rayo de fecundidad desprendido del cielo, llevando el deliquio adorable de la unión sin mancha; la visita de Isabel, en una clara mañana de esperanza, en la hora en que el fruto de sus entrañas daba por la vez primera a María aquella sacudida que hace palidecer a las madres; el divino parto, sobre la paja en Belén, con la larga fila de pastores que iban a saludar a la maternidad divina; el recién nacido llevado al Templo,

en brazos de la parida, quien sonreía fatigada aun, y ya dichosa al ofrecer su hijo a la justicia de Dios, a los abrazos de Simeón, a los deseos del mundo; en fin, Jesús ya de más años, revelándose ante los doctores, en medio de los cuales su inquieta madre le encuentra, orgullosa de él y consolada. Luego, después de aquella mañana, de claridad tan suave, parecíale a Sergio que el cielo se cubría de repente. No andaba sino sobre espinas, se desollaba los dedos con las cuentas del Rosario, se encorvaba bajo el espanto de los cinco misterios de dolor. María agonizaba en su hijo en el jardín de los Olivos, recibiendo con él los azotes de la flagelación, sintiendo en su propia frente la dilaceración de la corona de espinas, llevando el horrible peso de su cruz y muriendo a sus pies en el Calvario. Las necesidades aquéllas de sufrimiento, aquel martirio atroz de una Reina adorada, por quien habría dado su sangre como Jesús, le ocasionaban una rebeldía de horror, que diez años de las mismas plegarias y de los mismos ejercicios no habían podido calmar. Pero las cuentas se deslizaban a la continua, un claro repentino se formaba en las tinieblas de la crucifixión, la resplandeciente gloria de los cinco últimos misterios estallaba con alegría de astro libre. María, transfigurada, cantaba el aleluya de la resurrección, la victoria sobre la muerte, la eternidad de la vida; asistía, con las manos extendidas, trastornada de admiración, al triunfo de su hijo, que subía al cielo, entre nubes de oro con franjas de púrpura; reunía en torno suyo a los Apóstoles, saboreando como en el día de la concepción, el ósculo del espíritu de amor, descendido en ardientes llamas; sentíase a su vez arrebatada por un vuelo de ángeles, transportada por blancas alas como arca immaculada, suavemente depositada en mitad del esplendor de los tronos celestiales; y allí, como gloria suprema, en claridad tan deslumbradora que apagaba el sol, Dios la coronaba con las estrellas del firmamento.

La pasión sólo tiene una frase. Al decir, una tras otra, las ciento cincuenta *Ave*, Sergio no las había repetido una sola vez. Aquel monótono murmurio, aquella palabra pronunciada sin cesar, semejante al "Yo te amo" de los amantes, se revestía cada vez de una significación más profunda; deteníase en ella y hablaba sin término con ayuda de la única frase latina, conocía a María toda entera, hasta que, al escaparse de sus manos la última cuenta del Rosario, sentíase desfallecer al pensar en la separación.

Muchas veces el joven había pasado por tal manera las noches, volviendo a empezar veinte veces las decenas del *Ave*, retardando siempre el instante en que habría de despedirse de su querido amor. Venía la aurora y balbuceaba aún. Era la luna,—decía para engañarse a sí mismo,—lo que hacía palidecer las estrellas. Sus superiores tenían que reñirle por aquellas vigiliat, de que salía languideciente, con la tez pálida, como si hubiese perdido sangre. Por mucho tiempo había conservado en la pared de su celda un grabado iluminado del Sagrado Corazón de María. La Virgen, sonriendo serena, apartaba su corpiño y enseñaba en el pecho un agujero rojo, en que su corazón ardía, atravesado por una espada coronada de rosas blancas. La espada aquella le desesperaba; ocasionábale aquel intolerable horror del sufrimiento en la mujer, cuya sola idea la echaba fuera de toda sumisión piadosa. Borró aquella espada, y tan sólo conservó el corazón coronado y resplandeciente, medio desprendido de aquella carne divina para ofrecerse a él. Entonces fué cuando se sintió amado. María le daba su corazón, su corazón viviente, tal como latía en su seno, con el rosado gotear de su sangre. Lo que allí había, no era ya una imagen de pasión devota, sino una materialidad, un prodigio de ternura, que, cuando rogaba delante del grabado, le llevaba a extender las manos para recibir religiosamente el corazón, desprendiéndose de aquel seno sin mancha. Sergio

lo veía, lo sentía latir. Y era amado, el corazón latía por él. Era como una locura de todo su sér, una necesidad de besar el corazón, de fundirse en él, de acostarse con él en el fondo de aquel pecho abierto. Ella le amaba por modo activo, sin reposo ocupada de él, siguiéndole por do quiera, evitándole las menores infidelidades. Amábale con ternura, más que todas las mujeres juntas, con amor celestial, intenso, infinito como el cielo. ¿En dónde habría encontrado una amada tan deseable? ¿Qué caricia terrenal podría compararse con aquel aliento de María en que él caminaba? ¿Qué miserable unión, qué deshonesto goce podrían parangonarse con aquella eterna flor del deseo, siempre creciente y sin descogerse jamás? Entonces el *Magnificat*, como una llamarada de incienso, se exhalaba de su boca. Entonaba el cántico de María, su estremecimiento de alegría a la aproximación del Esposo divino. Glorificaba al Señor que arrojaba a los poderosos de sus tronos, y que le enviaba a María, a él, pobre niño desnudo, que se moría de amor sobre el helado suelo de su celda.

Y, cuando lo había dado todo a María, su cuerpo, su alma, sus bienes terrenales, sus bienes espirituales, cuando se hallaba como desnudo ante ella, a fuerza de plegarias, las letanías de la Virgen surgían de sus abrasados labios, con sus apelaciones repetidas, encarnizadas, en un supremo anhelo de socorro celestial. Parecíale que subía un escalón, subía un peldaño más. Empezaba por llamarla Santa. En seguida llamábala Madre, purísima, castísima, amabilísima, admirabilísima. Y reanudaba su fervor, proclamando seis veces su virginidad y refrescándose cada vez la boca con aquella palabra de virgen, a la que agregaba ideas de poderío, de bondad, de fidelidad. A medida que su corazón llevábale a mayor altura, en las gradas de luz, una extraña voz partida de sus venas hablaba en él y so-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO X el Sabio
AÑO 1825 MDLXXV

entreabría en esplendorosas flores. Habría querido fundirse en aromas, irradiarse en resplandores, expirar en musical suspiro. Mientras que la llamaba Espejo de justicia, Templo de la sabiduría, manantial de su goce, veíase pálido de éxtasis en aquel espejo, posternábase sobre las tibias losas de aquel templo, bebía a grandes sordos la embriaguez de aquel puro manantial. Y la transformaba aun más, dando rienda suelta a su locura de amor, para unirse a ella por vínculo más estrecho todavía. Convertíase en Vaso de honor elegido por Dios, en Seno de delectación en que ansiaba verter su sér, dormir para siempre. Era la Rosa mística, grande flor abierta en el paraíso, compuesta de ángeles rodeando a su Reina, tan pura, tan fragante, que la aspiraba desde el fondo de su indignidad con dilatación tal de alegría, que las costillas llegábanle a crugir. Cambiábase en casa de oro, en Torre de David, en torre de marfil, de inapreciable riqueza, de blancura envidiada por los cisnes, de talle esbelto, robusto, fuerte, al cual, con sus brazos extendidos, habría querido formar como una cintura de sumisión. Teníase en pie en el horizonte, era la Puerta del cielo, que entreveía tras de sus hombros, cuando un soplo de viento apartaba los pliegues de su velo. Tomaba mayor cuerpo aun detrás de la montaña, en la hora en que la noche palidece, Estrella de la montaña, socorro del extraviado viajero, aurora de amor. Y luego, en aquella altura, faltó de aliento, no saciado aún, pero con palabras traicionando a las fuerzas de su corazón, ya no podía hacer sino glorificarla con el título de Reina, que le dirigía nueve veces como nueve golpes de incensario. Su cántico moríase de júbilo en aquellos acentos de triunfo final: Reina de las vírgenes, Reina de todos los santos, Reina sin pecado concebida. Ella, cada vez más alta, resplandecía. El, sobre el último peldaño, aquel a quien tan sólo llegan los familiares de María, permanecía un instante, desfallecido en medio del ambiente

sutil que le aturdía, demasiado lejos todavía para besar la fimbria de su ropaje azul, sintiéndose ya rodar, con el eterno anhelo de remontarse, de intentar aquel goce sobrehumano.

¡Qué de veces las letanías de la Virgen, recitadas en común, en la capilla, habían por tal modo dejado al joven, con las rodillas quebrantadas, con la cabeza vacía, como después de una gran caída! Desde su salida del seminario, el padre Mouret había aprendido a amar a la Virgen todavía más. Consagrábale aquel apasionado culto en que el Hermano Archangias olfateaba olores de herejía. Según él, la Virgen era quien había de salvar a la Iglesia, por medio de algún grandioso prodigio cuya próxima aparición maravillaría a la tierra. Ella era el único milagro de nuestra época impía, la dama celestial mostrándose a los pastorillos, la nocturna claridad entrevista entre dos nubes, la orla de cuyo velo rozaba sobre las chozas del campesino. Cuando el Hermano Archangias le preguntaba brutalmente si la había visto alguna vez, Sergio se satisfacía con sonreír, apretados los labios, como para guardar un secreto. La verdad era que la veía todas las noches. Ya no se la ofrecía ni como hermana placentera, ni como hermosa y ferviente joven; llevaba vestido de desposada, con blancas flores en los cabellos, con los párpados medio entornados y dirigiendo húmedas miradas de esperanza que le iluminaban las mejillas. Y no dudaba que hacia él se dirigía, que le prometía no volver a tardar y que le decía: "Héme aquí, recíbeme". Tres veces al día, cuando sonaba el *Angelus*, al despuntar el alba, en la plenitud del medio día y a la tierna aparición del crepúsculo, él se descubría, decía un *Ave*, mirando a su alrededor, y observando si la campana no le anunciaba por fin la venida de María. Sergio tenía entonces veinticinco años y esperaba.

En el mes de Mayo, la expectación del joven sacerdote rebosaba de dichosa esperanza. Ni siquiera le

inquietaban los refunfuños de la Teuse. Si se quedaba hasta tan tarde rezando en la iglesia era con la inocente idea de que la dorada Virgen acabaría por bajar. Y sin embargo, temía a aquella Virgen, que se parecía a una princesa. No amaba a todas las Vírgenes por igual manera. Aquella le infundía un respeto soberano; era la madre de Dios; tenía la amplitud fecunda, la paz augusta, los fuertes brazos de la Esposa divina llevando a Jesús. Figurábasela así, en medio de la corte celestial, dejando arrastrar entre las estrellas la cola de su manto real, demasiado alta para él y tan poderosa, que caería hecho polvo, con sólo que se dignara bajar los ojos para mirar a los suyos. Era la Virgen de sus días de desfallecimiento, la Virgen severa que le devolvía la paz interior para la temible visión del paraíso.

Aquella noche, el padre Mouret permaneció más de una hora arrodillado en la iglesia vacía. Con las manos juntas, con sus miradas convertidas hacia la dorada Virgen elevándose como un astro en medio de los ramajes, buscaba el adormecimiento del éxtasis, el apaciguamiento de las extrañas turbaciones que había experimentado durante el día. Mas no se deslizó a la somnolencia de la oración con la dichosa facilidad a que estaba acostumbrado. La maternidad de María, tan gloriosa y pura como se revelaba, aquel esbelto talle de mujer formada, aquel desnudo niño que llevaba en sus brazos, le llenaban de inquietud, parecíanle continuar en el cielo el desbordante brotar de generación, en medio del cual se movía desde por la mañana. Como las viñas de los ribazos pedregosos, como los árboles del Paradou, como el humano rebaño de los Artand, María llevaba la florescencia, engendraba la vida. Y la oración se retardaba en sus labios, entregábase a distracciones, viendo cosas que todavía no había visto, la agraciada curva de los cabellos castaños, la ligera prominencia de la barba, teñida de rosa. Entonces debía de hacerse más se-

vera, anonadarle con el esplendor de su omnipotencia, para atraerle a la frase de la oración interrumpida. Con su corona de oro, con su manto de oro, con todo el oro que la transformaba en una princesa terrible, fué con lo que acabó por último de aplastarle en su misión de esclavo, con la oración deslizándosele con regularidad de la boca, con el espíritu perdido en el fondo de una adoración única. Hasta las once estuvo como durmiendo despierto en aquel amodorramiento extático, no sintiendo ya sus rodillas, creyéndose suspendido, medido como el niño a quien se duerme, dejándose llevar al reposo, sin dejar de darse cuenta de un peso que le oprimía el corazón. En torno suyo la iglesia se llenaba de sombra, la luz de la lámpara se reducía a pavesa y los altos ramajes ensombrecían el barnizado rostro de la Virgen.

Cuando el reloj, antes de dar la hora, rechinó con dificultoso acento, el padre Mouret sintió un estremecimiento. No se había percatado de que la freseura de la iglesia le caía sobre los hombros. Púsose a tiritar. Al persignarse, un rápido recuerdo atravesó el estupor de su despertar; el castañetear de sus dientes trájole a la memoria las noches pasadas en el pavimento de su celda, frente al Sagrado Corazón de María, con el cuerpo agitado por completo por la fiebre. Levantóse con dificultad, descontento de sí mismo. Por lo común, dejaba el altar, con el cuerpo sereno, con la dulzura en su frente, con el sople de María. Aquella noche, cuando tomó la lámpara para subir a su habitación, parecióle que le estallaban las sienes; la oración había resultado ineficaz, y sentía, tras de corto alivio, el mismo calor más intenso desde por la mañana del corazón al cerebro. Después, llegado que hubo a la puerta de la sacristía, volvióse al instante de salir y alzó la lámpara, con movimiento maquinal, para tratar de ver por última vez a la Virgen. Hallábase como anegada en las tinieblas descendidas de las vigas, hundida en el follaje, dejando ver tan sólo la cruz de oro de su corona.

ansiedad, cuya opresión durante el día había sentido muchas veces. ¿De qué provenía aquella angustia? ¿Qué podía ser aquella turbación desconocida, que poco a poco iba en aumento y que se había hecho intolerable? Parecía haber salido la víspera del seminario, con todo el ardor de su fe, tan fuerte contra el mundo, que transcurría entre los hombres sin ver más que a Dios.

Entonces tuvo para sí que se hallaba en su celda, una mañana, a las cinco, en el momento de levantarse. El diácono de servicio pasaba dando un golpe a la puerta, con el reglamentario grito de:

—*Benedicamus Domino!*

—*Deo gratias!*—contestaba él, sin despertarse del todo y con los ojos hinchados por el sueño.

Y se echaba al suelo sobre la estrecha alfombra, se lavaba, hacía su cama, barría la habitación y renovaba el agua del cantarillo. Aquellas sencillas faenas constituían un goce en el estremecimiento matinal que le corría por el cuerpo. Oía los gorriones de los plátanos del patio levantarse al mismo tiempo que él, en medio de un ruido de alas y de gargantas ensordecedor. Figurábase que rezaban sus oraciones a su manera. El, por su parte, bajaba a la sala de las Meditaciones, en donde, después de los rezos, permanecía sobre media hora arrodillado, meditando sobre aquel pensamiento de Ignacio: "¿Para qué sirve al hombre la conquista del universo, si pierde el alma?" Asunto era abundante en buenas resoluciones, que le inducían a renunciar a todos los bienes de la tierra, con el ensueño tan a menudo acariciado de una vida en el desierto, bajo la sola riqueza de un gran cielo azul. Al cabo de diez minutos, sus rodillas, magulladas sobre la losa, poníanse por tal modo doloridas, que experimentaba poco a poco un desvanecimiento de todo su ser, un éxtasis en el que se veía gran conquistador, dueño de inmenso imperio, arrojando la corona, rompiendo el cetro, pisoteando un lujo inaudito, cajas de oro, arroyos de joyas, estofas bordadas con pedre-

XV

La habitación del padre Mouret, situada en un ángulo del presbiterio, era una vasta pieza, alumbrada en sus dos caras por sendas inmensas ventanas cuadradas; una de aquellas ventanas daba al corral de Descada; la otra tenía vistas al pueblo de los Artaud, con el valle, en lontananza, las colinas, todo el horizonte. El lecho provisto con cortinas amarillas, la cómoda de nogal, las tres sillas de paja, se perdían bajo el alto techo de vigas blanqueadas. Una ligera aspereza, ese olor un tanto agrio de las viejas construcciones campesinas, subía del pavimento, aljofifado de rojo, y reluciente como un espejo. En la cómoda, una estatuita de la Inmaculada Concepción producía una sueva nota gris entre dos jarros de fayenza que la Teuse había colmado blancas lilas.

El padre Mouret colocó la lámpara delante de la Virgen, al borde de la cómoda. Sentía tan gran malestar, que se dispuso a encender con cepas de viña el fuego que estaba ya preparado. Permaneció allí, con las tenazas en la mano, mirando arder los tizones y con el rostro iluminado por la llama. Debajo de él, percibía el tranquilo reposar de la casa. El silencio, que zumbaba en sus oídos, acababa por adquirir voces murmuradoras. Lenta e invenciblemente, aquellas voces le invadieron, redoblando la

rías, para ir a hundirse en el fondo de una Tebaida, vestido con un sayal que le desollaba las espaldas. Pero la misa le apartaba de aquellas imaginaciones, de las que salía como de una bellísima historia real que se le habría presentado en los antiguos tiempos. Comulgaba y cantaba el salmo del día, con todo fervor, sin oír más voz que la suya, de pureza de cristal, tan clara, que la sentía remontarse hasta los oídos del Señor. Y cuando volvía a su habitación, no subía sino un peldaño a la vez, como recomiendan S. Buenaventura y Santo Tomás de Aquino; andaba lentamente, en actitud de recogimiento, con la cabeza ligeramente inclinada, encontrando en seguir las menores prescripciones una jubilación indecible. En seguida venía el desayuno. En el refectorio, las cortezas de pan, alineadas a lo largo de los vasos de vino blanco, le embelaban, pues tenía buen apetito, estaba de humor jovial y decía, por ejemplo, que el vino era buen cristiano, audaz alusión al agua con que se acusaba al ecónomo mezclar en las botellas. Esto no era obstáculo para que diese con su seria actitud al entrar en las clases. Tomaba notas sobre las rodillas, mientras que el profesor, con los puños apoyados en el púlpito, hablaba en un latín usual mezclado a veces con palabras francesas, cuando no daba con nada mejor. Suscitábase una discusión; los discípulos argumentaban en una gerga extraña, sin echarse a reír. Después, a las diez, procedíase a la lectura de las Santas Escrituras, durante veinte minutos. Iba él en busca del sagrado libro, ricamente encuadernado, y dorado en los cantos. Besábalo con veneración particular, leía con la cabeza descubierta y saludando siempre y cuando encontraba los nombres de Jesús, de María o de José. La segunda meditación le encontraba entonces del todo preparado para soportar, por amor de Dios, una nueva postración de rodillas más prolongada que la primera. Evitaba el sentarse un solo segundo sobre los talones; saboreaba aquel examen de concien-

cia de tres cuartos de hora, esforzándose para descubrir en él pecados y llegando hasta creerse condenado por haber olvidado, la víspera por la noche, besar las dos imágenes de su escapulario, o por haberse dormido del lado izquierdo; pecados abominables que habría querido rescatar permaneciendo arrodillado hasta la noche, bienaventuradas faltas que le ocupaban, sin las cuales no habría sabido con qué entretener su cándido corazón, adormecido por la vida sin tacha que llevaba. Entraba en el refectorio por completo aliviado, como si se hubiese desembarazado el pecho de un gran crimen. Los seminaristas de servicio, con las mangas de la sotana remangadas, con un delantal de cutí azul atado a la cintura, traían la sopa de fideos, el cocido cortado en pedacitos pequeños y las raciones de pierna de carnero con judías. Percibíanse desaforados ruidos de mandíbulas, un silencio de glotonería, un encarnecimiento de trinchantes tan sólo interrumpido por envidiosas miradas lanzadas sobre la mesa en forma de herradura, en que los directores comían manjares más tiernos, y bebían vinos de mejor calidad; mientras que la voz estrepajosa de algún hijo de labriego, de robustos pulmones, rebuznaba sin puntos, ni comas, sobre aquel furor de apetito, alguna piadosa lectura, cartas de misioneros, mandamientos de obispos y artículos de periódicos religiosos. Sergio oía entre bocado y bocado. Aquellos trozos de polémicas, aquellos relatos de lejanos viajes, le sorprendían y hasta le espantaban, revelándole, más allá de las paredes del seminario, una agitación, un horizonte inmenso, en que no pensaba jamás. Hallábanse comiendo aun, cuando un ruido de palmadas anunciaba la hora de recreo. El patio estaba enarenado, plantado con robustos plátanos, que, en el verano, producían fresca sombra; hacia el mediodía había una pared, de cinco metros de altura, erizada de cascotes de botella, por encima de la cual no se veía de Plassans sino la parte más elevada del campanario de San Marcos, una corta

aguja de piedra, en el cielo azul. De un extremo del patio al otro, Sergio se paseaba lentamente con un grupo de compañeros en una sola hilera, y cada vez que volvía, con el rostro hacia la pared, miraba al campanario, que era para él toda la ciudad, toda la tierra, bajo el libre vuelo de las nubes. Grupos bulliciosos al pie de los plátanos, discutían; había amigos que se aislaban, de dos en dos, en los rincones, espiados por algún director oculto tras de las cortinas de su ventana; organizábanse violentas partidas de pelota o de bolos, estorbando a tranquilos jugadores de loto, medio tendidos en el suelo, ante sus cartones, que muchas veces quedaban cubiertos de arena por una pelota o un bolo lanzados con demasiada fuerza. Cuando sonaba la campana, el ruido se desvanecía, una nube de gorriones volaba de los plátanos y los estudiantes, todavía jadeantes, se dirigían a la clase de canto llano, con los brazos cruzados y con el cuello inclinado. Y Sergio acababa el día en medio de aquella paz; volvía a la clase, merendaba a las cuatro y reanudaba su eterno paseo, frente a la aguja de San Marcos; cenaba en medio de los mismos ruidos de quijadas, bajo la estentórea voz que daba fin a la lectura de por la mañana; subía a la capilla para rezar las acciones de gracias de la noche y se acostaba a las ocho y cuarto, después de haber rociado su cama con agua bendita, para preservarse de los malos sueños.

¡Qué hermosos días semejantes había pasado en aquel antiguo convento del viejo Plassans, henchido de secular fragancia de devoción! Durante cinco años los días se habían seguido, deslizándose con el mismo murmurio de agua cristalina. En aquella hora hacía memoria de mil detalles que le enternecían. Acordábase de su primer equipo, que había ido a comprar con su madre; de sus dos sotas, sus dos cinturones, sus seis alzacuellos, sus ocho pares de medias negras, su sobrepelliz, su tricornio. ¡ cómo había latido su corazón, aquella suave tarde de octubre, cuando la puerta del semi-

nario se hubo cerrado tras él! Iba allí, a los veinte años, después de sus años de colegio, impulsado por una necesidad de creer y de amar. Al día siguiente todo había quedado olvidado, como adormecido en el fondo de la grande y silenciosa casa. Volvía a ver la estrecha celda en donde había pasados los dos años de filosofía, un compartimiento provisto con una cama, una mesa y una silla, separado de los compartimientos vecinos con tablas mal unidas, en una inmensa sala que contenía una cincuentena de aposentos semejantes. Recordaba su celda de teólogo, habitada durante otros tres años, más espaciosa, con un sillón, un lavabo, una librería, dichoso retiro rebosante de los ensueños de su fe. A lo largo de los interminables corredores, de las escaleras de piedra, en ciertos rincones, había tenido revelaciones repentinas, socorros inesperados. Los elevados techos dejaban caer como voces de ángeles guardianes. Ni un ladrido de las salas, ni una piedra de las paredes, ni una rama de los plátanos, dejaban de hablarle de los goces de su vida contemplativa, de sus balbuceos de ternura, de su lenta iniciación, de las caricias recibidas en reconocimiento del don de su sér, de toda aquella felicidad de los primeros amores divinos. Tal día, al despertarse, había visto un vivo resplandor que le había henchido de alegría; tal noche, al cerrar la puerta de su celda, había sentido que unas tibias manos le habían asido por el cuello, con tanta ternura, que al volver en sí, se halló tendido en el suelo llorando a lágrima viva. A veces, también, y sobre todo bajo la pequeña bóveda que conducía a la capilla, había abandonado su cintura a suaves brazos que lo elevaban. Todo el cielo se ocupaba entonces de él, andaba en torno suyo, tomaba parte en sus menores actos, en la satisfacción de sus más vulgares necesidades; imprimía un sentido particular, un sorprendente perfume, del que sus ropas y su cuerpo mismo, parecían conservar para siempre el lejano aroma. Y acordábase todavía de los paseos del jueves. Salían

a las dos en dirección a algún rincón de verdura, a una legua de Plassans; con frecuencia era a las orillas del Viorne, al extremo de una pradera, con nudosos sauces que dejaban mojar sus hojas a flor de agua. El no veía nada, ni las grandes flores amarillas del prado, ni las golondrinas bebiendo al vuelo, rasando con sus alas la superficie del riachuelo. Hasta las seis, sentados por grupos bajo los sauces, sus compañeros y él recitaban a coro el Oficio de la Virgen, o leían, dos a dos, las *Horas*, breviario facultativo de los jóvenes seminaristas.

Sonrióse el padre Mouret al acercarse los tizones. No encontraba en aquel pasado sino una gran pureza, una perfecta obediencia. Era un lirio cuyo grato perfume encantaba a sus maestros. No se acordaba siquiera de una mala acción. Jamás se aprovechaba de la absoluta libertad de los paseos, en tanto que los dos directores de vigilancia iban a hablar a casa de un cura de la vecindad, para fumar detrás de un seto o ir a beber cerveza con algún amigo. Nunca ocultaba novelas bajo su jergón, ni encerraba botellas de anisete en el fondo de su mesa de noche. Hasta pasó mucho tiempo sin que sospechara los pecados que le rodeaban, de las alas de pollo y de los pasteles introducidos de contrabando durante la cuaresma, de las cartas pecaminosas llevadas por los criados, de las abominables conversaciones sostenidas en voz queda en ciertos rincones del patio. Lloró a lágrima viva el día en que llegó a percatarse de que pocos de sus condiscípulos amaban a Dios por sí mismo. Había entre ellos hijos de campesinos entrados a las órdenes por miedo a la quinta, perezosos que soñaban un oficio de holgazanería, ambiciosos a quienes ya turbaba la visión del báculo y de la mitra. Y él, al encontrar la inmundicia del mundo hasta el pie de los altares, se había replegado todavía más sobre sí mismo, dándose aun más a Dios, para consolarle del abandono en que se le dejaba.

El padre se acordó, sin embargo, de que un

día había cruzado las piernas en la clase; y como el profesor le hubiese amonestado, quedóse encendido más que la grana, como si hubiese cometido alguna indecencia. Era uno de los mejores discípulos, no discutía y aprendía los textos de memoria. Probaba la existencia y la eternidad de Dios con pruebas sacadas de las sagradas Escrituras, con la opinión de los padres de la Iglesia y con el consentimiento universal de todos los pueblos. Los razonamientos de aquella naturaleza le llenaban de inquebrantable certidumbre. Durante su primer año de filosofía, trabajaba su curso de lógica con tal aplicación, que su profesor hubo de contenerle, repitiéndole que los más sabios no son los más santos. Así, pues, desde el segundo año cumplía con su estudio de la metafísica, como con un deber reglamentario, entrando por muy pequeña parte en los ejercicios cotidianos. El desprecio de la ciencia se avenía con su manera de pensar; quería permanecer ignorante, a fin de conservar la humanidad de su fe. Más adelante, en *teología*, no seguía ya el curso de *Historia eclesiástica*, de Rorbacher, sino por sumisión; iba hasta los argumentos de Gousset, hasta a la *Instrucción teológica*, de Bouvier, sin atreverse a tocar a Belarmino, a Liguori, a Suárez, a Santo Tomás de Aquino. La sagrada Escritura era tan sólo lo que le apasionaba. Allí encontraba el saber deseable, una historia de amor infinito, que debía bastar como enseñanza a los hombres de buena voluntad. No aceptaba sino las afirmaciones de sus maestros, desembarazándose con ellos de todo cuidado de examen, no teniendo necesidad de todo aquel fárrago para amar y acusando a los libros de robar el tiempo a la oración. Hasta había conseguido olvidar sus años de colegio. No sabía ya, no era ya más que un candor, una infancia vuelta a los balbuceos del catecismo.

Y por tal modo había subido paso a paso hasta el sacerdocio. Aquí los recuerdos se estrechaban, enternecidos, tibios aun de celestiales goces. Cada

año se había ido acercando más y más al sér supremo. Pasaba santamente las vacaciones en casa de un su tío, confesándose día por día y comulgando dos veces por semana. Imponíase ayunos, ocultaba en el fondo de su maleta saquitos de aterronada sal, sobre las cuales se arrodillaba horas enteras, con las rodillas desnudas. Permanecía en la capilla durante las horas de recreo, o subía a la estancia de su director, que le contaba anécdotas piadosas, extraordinarias. Después, cuando se acercaba el día de la Santísima Trinidad, veíase recompensado más allá de cuanto podía apetecer, invadido por aquella emoción de que se llenaban los seminarios la víspera de las órdenes. Era aquella la gran fiesta, abríase el cielo para dejar a los elegidos subir un nuevo escalón. Sergio, quince días antes, se ponía a pan y agua. Corría las cortinas de su ventana, para no ver siquiera la claridad, se prosternaba en las tinieblas, suplicando a Jesús que aceptase su sacrificio. Los cuatro últimos días, era pasto de angustias, de terribles escrúpulos que le echaban fuera de la cama, en medio de la noche, para ir a llamar a la puerta del sacerdote extraño que dirigía los ejercicios espirituales, algún carmelita descalzo, con frecuencia un protestante convertido, sobre el cual corría una maravillosa historia. Haciale larga confesión general de su vida, con la voz entrecortada por los sollozos. Tan sólo la absolución le tranquilizaba, le refrescaba, como si hubiese tomado un baño de gracias. Hallábase por completo pálido, la mañana del gran día; estaba tan persuadido de aquella palidez, que le parecía producir claridad en torno suyo. Y la campana del seminario sonaba con su clara voz, mientras que los aromas de Junio, las cuarentenas en flor, los rosedás, los heliotropos, llegaban por encima de la alta pared del patio. En la capilla, los parientes esperaban, endomingados, conmovidos hasta tal punto, que las mujeres sollozaban bajo sus velos.

Después llegaba el desfile: los diáconos que iban

a recibir el sacerdocio, con casulla de oro, los subdiáconos, con dalmática; los ordenados de menores, los tonsurados, con la sobrepelliz flotando sobre sus hombros y con el bonete en la mano. El órgano roncaba extendiendo las notas de flauta con un cánto de alegría. En el altar el obispo, asistido por dos canónigos, oficiaba, con el báculo en la mano. El capítulo se hallaba allí, los sacerdotes de todas las parroquias se comprimían, en medio de un inaudito lujo de trajes de un resplandor de oro iluminado por el ancho rayo de sol que penetraba por una ventana de la nave. Después de la Epístola, empezó la ordenación.

En aquella hora, el padre Mouret se acordaba todavía del frío de las tijeras, cuando se le había marcado la tonsura, en los comienzos de su primer año de teología; había sentido un ligero escalofrío. Pero la tonsura era entonces muy reducida, redonda apenas como una pieza de diez céntimos. Más adelante, a cada nueva orden recibida, se había ido agrandando, agrandando siempre, hasta coronarle con una mancha blanca, tan ancha como una grande hostia. Y el órgano sonaba con más dulzura, los incensarios se movían con el argentino rumor de sus cadenillas, dejando escapar una ola de humareda blanca, que se desarrollaba como un encaje. El, veíase revestido con la sobrepelliz, joven tonsurado y llevado al altar por el maestro de ceremonias; arrodillábase y bajaba profundamente la cabeza, en tanto que el obispo, con unas tijeras de oro, le cortaba tres mechones de cabellos, uno de la frente y dos de cerca de las orejas. Un año más tarde, veíase de nuevo, en la capilla llena de incienso, recibiendo las cuatro órdenes menores: iba conducido por un archidiácono, a cerrar con estruendo la gran puerta, que volvía a abrir en seguida, para demostrar que estaba adscrito a la guardia de las iglesias; agitaba una campanilla con la mano derecha, anunciando por tal modo que era su deber el llamar a los fieles a los oficios; volvía al altar,

en donde el obispo le confería nuevos privilegios, los de cantar las lecciones, bendecir el pan, catequizar a los niños, exorcizar al demonio, servir a los diáconos, encender y apagar los cirios. Luego, el recuerdo de la ordenación siguiente volvía a la memoria, más solemne, más temible, en medio del mismo canto de los órganos, cuyo fragor parecía el trueno de Dios mismo; aquel día, llevaba a los hombros la dalmática de subdiácono, obligábase para siempre con el voto de castidad y temblaba con todos sus miembros, a pesar de su fe, al oír el terrible *Accedite* del obispo, que ponía en fuga a dos de sus compañeros, palideciendo él por su parte; sus nuevos deberes consistían en servir al sacerdote en el altar, el preparar las vinajeras, el cantar la epístola, el limpiar el cáliz y el llevar la cruz en las procesiones. Y, por último, desfilaba una postrera vez por la capilla, bajo la irradiación del sol de Junio; pero aquella vez, marchaba a la cabeza del cortejo, con el alba atada a la cintura, con la estola cruzada sobre el pecho y la casulla pendiente del cuello; desfallecido con emoción suprema, distinguiendo el pálido rostro del obispo que le transmitía el sacerdocio, mediante una triple imposición de las manos. Después de su juramento de obediencia eclesiástica, sentíase como levantado de las losas, cuando la plena voz del prelado decía la frase latina: *Accipe Spiritum sanctum: quorum remiseras peccata, remittuntur eis, et quorum retineras, retenta sunt.*

XVI

Aquella evocación de las grandes dichas de su juventud había producido una ligera fiebre al padre Mouret. Ya no sentía el frío. Dejó las tenazas y se acercó al lecho como si fuese a acostarse, después volvió apoyar la frente contra un vidrio de la ventana, mirando a la noche, sin ver. ¿Estaba quizás enfermo, cuando experimentaba aquella languidez de miembros, mientras la sangre le abrasaba las venas? En el seminario, en dos ocasiones, había tenido malestares semejantes; una especie de inquietud física que le hacía muy desgraciado; en una ocasión, hasta se metió en cama, con creciente delirio. Después pensó en una joven poseída, que el Hermano Archangias contaba haber curado con una sencilla señal de la cruz, un día en que había caído rígida delante de él. Esto le llevó a pensar en los exorcismos espirituales que uno de sus maestros le había recomendado en otro tiempo: la oración, la confesión general, la frecuente comunión, la elección de un prudente director, que ejerza gran imperio sobre el espíritu de su penitente. Y, sin transición, con una rudeza que le extrañó a sí mismo, columbró en el fondo de su memoria el redondo semblante de uno de sus antiguos amigos, un campesino, niño de coro de diez años, cuya

en donde el obispo le confería nuevos privilegios, los de cantar las lecciones, bendecir el pan, catequizar a los niños, exorcizar al demonio, servir a los diáconos, encender y apagar los cirios. Luego, el recuerdo de la ordenación siguiente volvía a la memoria, más solemne, más temible, en medio del mismo canto de los órganos, cuyo fragor parecía el trueno de Dios mismo; aquel día, llevaba a los hombros la dalmática de subdiácono, obligábase para siempre con el voto de castidad y temblaba con todos sus miembros, a pesar de su fe, al oír el terrible *Accedite* del obispo, que ponía en fuga a dos de sus compañeros, palideciendo él por su parte; sus nuevos deberes consistían en servir al sacerdote en el altar, el preparar las vinajeras, el cantar la epístola, el limpiar el cáliz y el llevar la cruz en las procesiones. Y, por último, desfilaba una postrera vez por la capilla, bajo la irradiación del sol de Junio; pero aquella vez, marchaba a la cabeza del cortejo, con el alba atada a la cintura, con la estola cruzada sobre el pecho y la casulla pendiente del cuello; desfallecido con emoción suprema, distinguiendo el pálido rostro del obispo que le transmitía el sacerdocio, mediante una triple imposición de las manos. Después de su juramento de obediencia eclesiástica, sentíase como levantado de las losas, cuando la plena voz del prelado decía la frase latina: *Accipe Spiritum sanctum: quorum remiseras peccata, remittuntur eis, et quorum retinueris, retenta sunt.*

XVI

Aquella evocación de las grandes dichas de su juventud había producido una ligera fiebre al padre Mouret. Ya no sentía el frío. Dejó las tenazas y se acercó al lecho como si fuese a acostarse, después volvió apoyar la frente contra un vidrio de la ventana, mirando a la noche, sin ver. ¿Estaba quizás enfermo, cuando experimentaba aquella languidez de miembros, mientras la sangre le abrasaba las venas? En el seminario, en dos ocasiones, había tenido malestares semejantes; una especie de inquietud física que le hacía muy desgraciado; en una ocasión, hasta se metió en cama, con creciente delirio. Después pensó en una joven poseída, que el Hermano Archangias contaba haber curado con una sencilla señal de la cruz, un día en que había caído rígida delante de él. Esto le llevó a pensar en los exorcismos espirituales que uno de sus maestros le había recomendado en otro tiempo: la oración, la confesión general, la frecuente comunión, la elección de un prudente director, que ejerza gran imperio sobre el espíritu de su penitente. Y, sin transición, con una rudeza que le extrañó a sí mismo, columbró en el fondo de su memoria el redondo semblante de uno de sus antiguos amigos, un campesino, niño de coro de diez años, cuya

pensión en el seminario era pagada por una dama que le protegía. Reía siempre y gozaba con ingenuidad de antemano de los pequeños gajes del oficio: los mil doscientos francos de sueldo, el presbiterio en el fondo de su jardín, los regalos, las invitaciones para comer, las menudas utilidades de los casamientos, de los bautizos, de los entierros. Aquel debía considerarse dichoso en su curato.

El melancólico pesar que le producía aquel recuerdo, sorprendió en gran manera al sacerdote. ¿No era feliz él también? Hasta aquel día nada había echado de menos, nada deseado ni envidiado nada. Y hasta en aquel momento se interrogaba y no hallaba en su interior el menor motivo de amargura. Sentíase, a lo que él creía, tal como en los primeros tiempos de su diaconato, cuando la obligación de leer el breviario, a horas determinadas, había ocupado sus días con continua oración. Desde aquella época, las semanas, los meses, los años transcurrían, sin que le embargase un mal pensamiento. La duda no le atormentaba. Al salir del seminario, había tenido la alegría de verse extraño en medio de los demás hombres, de no andar como ellos, de llevar por modo distinto la cabeza, de tener ademanes, frases y modo de ser distintos. Sentíase como afeminado, acereado al ángel, lavado de su sexo y de su olor a hombre. Aquello casi le volvía orgulloso, por no pertenecer a la especie, por haber sido educado por Dios, purgándole cuidadosamente de la inmundicia humana, por medio de una educación celosa. Parecíale todavía haber vivido durante años envuelto en óleo santo, preparado según los ritos, que le habían penetrado en sus carnes como un principio de beatificación. Algunos de sus órganos habían desaparecido, disolviéndose poco a poco; sus miembros, su cerebro, habíanse empobrecido de materia para henchirse de alma, de un aire sutil que le embriagaba a veces con un vértigo, como si la tierra hu-

biese bruscamente faltado bajo sus plantas. Asaltábanle temores, ignorancias, candores de niña encaustrada. Decía a veces sonriendo que continuaba su infancia, imaginándose haberse quedado pequeño, con las mismas sensaciones, las mismas ideas, los mismos juicios; así era que a los seis años conocía a Dios tanto como a los veinticinco, empleaba para rogarle inflexiones de voz semejantes, infantiles alegrías al unir las manos con toda exactitud. El mundo se le figuraba parecido al mundo que veía en otro tiempo, cuando su madre le paseaba cogido de la mano. Había nacido sacerdote y había crecido siéndolo. Cuando daba pruebas, delante de la Teuse, de alguna burda ignorancia de la vida, ella le miraba estupefacta, frente a frente, diciendo con singular sonrisa: "que indudablemente era hermano de la señorita Desseada". En su existencia tan sólo recordaba una agitación vergonzosa. Era durante los últimos seis meses de seminario, entre el diaconato y el sacerdocio. Habíasele mandado leer la obra del padre Craisson, superior del gran seminario de Valencia: *De rebus veneris ad usum confessoriorum*. Salió espantado, sollozando, de aquella lectura. Aquella sabia casuística del vicio, ostentando la abominación del hombre, descendiendo hasta los más monstruosos casos de las pasiones fuera de la naturaleza, violaba brutalmente su virginidad de cuerpo y de alma. Quedaba para siempre manchado como una desposada iniciada, de una a otra, en las violencias del amor. Y volvía fatalmente a aquel vergonzoso cuestionario, cada vez que confesaba. Si las obscuridades del dogma, los deberes del sacerdocio, la muerte de todo libre albedrío, le dejaban sereno, dichoso con no ser sino el hijo de Dios, conservaba a pesar suyo, el sacudimiento casual de aquellas inmundicias que tenía que remover, tenía conciencia de una mancha imborrable, en alguna parte, en el fondo de su sér, que podría un día tomar proporciones y cubrirle de lodo.

Alzabase la luna detrás de los Garrigues. El padre Mouret, a quien la fiebre abrasaba más y más, abrió la ventana y se acodó en el alféizar para recibir en el rostro la frescura de la noche. No sabía con exactitud a qué hora le había sobrecogido aquel malestar. Recordaba, no obstante, que por la mañana, al decir la misa, hallábase muy tranquilo, muy reposado. Debía de haber sido más tarde, tal vez durante su larga caminata al sol, o bajo el estremecimiento de los árboles del Paradou, o en la sofocación del corral de Descada.

Frontera a él, la vasta llanura se extendía, más trágica bajo la oblicua palidez de la luna. Los olivos, los almendros, los mezquinos árboles, formaban manchas grises, en mitad del caos de las enormes rocas, hasta la sombría línea de las colinas del horizonte. Era aquello como amplios mantos de sombra, aristas deformadas, charcas de sangrienta tierra en donde las rojizas estrellas parecían mirarse, blancuras gredosas semejantes a ropas de mujeres echadas atrás, descubriendo carnes anegadas de nieblas, adormecidas en las hondonadas de los terrenos. Durante la noche, aquella ardiente campiña adquiría un extraño encauzamiento de pasión. Dormía, despechugada, derrengada, retorcida, separados los miembros, mientras que fuertes y tibios suspiros se exhalaban de ella, poderosos aromas de sudorosa durmiente. Habríasela tenido por alguna robusta Cibeles caída de espaldas con el seno hacia adelante, con el vientre bajo la luna, saciada con los ardores del sol, soñando siempre en la fecundación. A lo lejos, y a lo largo de aquel gran cuerpo, el padre Mouret seguía con la vista el camino de las Olivettes, estrecha y pálida cinta que se extendía como el flotante lazo de un corsé. Oía al Hermano Archangias levantando las sayas a las muchachas, que azotaba hasta hacerles sangre, escupiendo al rostro de las jóvenes y hediendo él mismo a macho cabrío que no se habría satisfecho jamás. Veía a Rosalía reír con disimulo, con

su aspecto de bestia lúbrica, mientras que el tío Bambousse le arrojaba mogotes de tierra a la espalda. Y aun allí, según se le figuraba, se sentía perfectamente; apenas algo encendida la nuca por la esplendente mañana. Tan sólo sentía un escalofrío en la espalda, aquel confuso murmurio de la vida que se había presentado vagamente desde por la mañana, en medio de la misa, cuando el sol había penetrado por los rotos vidrios. Nunca, como en aquella hora de la noche, la campiña le había llenado de inquietud, con su pecho gigante, sus indolentes sombras, sus fulgores de ambarina piel, toda aquella desnudez de diosa oculta apenas bajo la argentada muselina de la luna.

El joven sacerdote bajó los ojos y miró al pueblo de los Artaud. El pueblo se aplastaba bajo el pesado sueño de fatiga, en el no ser que duermen los labriegos. No se veía ni una luz. Las chozas formaban montones negros, cortados por las blancas rayas de las callejuelas transversales, enfiladas por la luna. Hasta los perros parecía que roncaban en el umbral de las cerradas puertas. ¿Si habrían los Artaud envenenado el presbiterio con algún abominable azote?... A su espalda oía siempre engrosar la bocanada de aire cuya aproximación se ofrecía tan preñada de angustia. Ahora sorprendía como el patear de un rebaño, una nube de polvo que llegaba hasta él, crasa con las emanaciones de una manada de animales. Volvíanle sus pensamientos de por la mañana sobre aquel puñado de hombres que daba de nuevo comienzo a los tiempos, naciendo entre las peladas rocas como un montón de cardos que los vientos hubiesen sembrado; creía asistir al lento nacer de una nueva raza. Cuando era niño, nada le sorprendía ni le aterraba más que aquellas miriadas de insectos que veía surgir de alguna hendidura, cuando levantaba ciertas piedras húmedas. Los Artaud, dormidos, deslomados en el fondo de la obscuridad, le turbaban con su sueño, cuyo aliento sentía en el aire que respiraba.

No habría querido más que peñascos bajo su ventana. El pueblo no estaba bastante muerto; los techos de bálago se inchaban como pechos; las rendijas de las puertas daban paso a suspiros, a ligeros crugidos, a silencios vivientes que revelaban en aquel agujero la existencia de una camada abundante, bajo el negro cunear de la noche. A no dárdarlo, tan sólo aquel olor era lo que le producía náuseas. A menudo, sin embargo, lo había respirado tan fuerte, sin experimentar más necesidad que la de refrescarse mediante la oración.

Con las sienes sudorosas, fué a abrir la otra ventana, en busca de aire más fresco. Abajo, a la izquierda, se extendía el camposanto, con la elevada barrera del Solitario, cuya sombra no movía la más ligera brisa. Subía de la dilatada campiña un olor de pradera segada. La gran pared gris de la iglesia, aquella pared cuajada de lagartos; plantada de alelíos, se refrescaba bajo la luna, mientras que una de las anchas ventanas relucía, con los vidrios semejantes a planchas de acero. La iglesia adormecida no debía vivir en la hora aquella más que la vida extrahumana del Dios de la hostia, encerrado en el tabernáculo. Pensaba en la amarilla mancha de la mariposa, desvanecida por la obscuridad, con la tentación de bajar, para aliviar su cabeza enferma, en medio de aquellas tinieblas puras de toda mancha. Pero un extraño terror le contuvo; creyó súbitamente, teniendo fijos los ojos en los vidrios alumbrados por la luna, ver iluminarse la iglesia interiormente con resplandor de gran horno, con fulgor de fiesta infernal, en que giraban el mes de Mayo, las plantas, los animales, las jóvenes de los Artaud, que tomaban furiosamente arboles en sus desnudos brazos. Luego, inclinándose hacia abajo, distinguió el corral de Deseada, enteramente negro y despidiendo guano. No veía con claridad las conejeras, las perchas de las gallinas ni las chozas de los patos. Era una masa apilada en la hediondez, durmiendo en el mismo aliento

pestilencial. Bajo la puerta del establo pasaba el agrio olor de la cabra; mientras que el cochinito, revolcado sobre el lomo, bufaba a su sabor, junto a un cuenco vacío. De su gáznate de cobre, el gran gallo Alejandro lanzó un grito, que despertó a lo lejos, uno a uno, los apasionados llamamientos de todos los gallos del pueblo.

Bruscamente el padre Mouret hizo memoria. La fiebre, cuya persecución oía, la había contraído en el corral de Deseada, junto a las gallinas calientes aún de su postura y de las conejas, arrancándose el vello del vientre. La sensación entonces de una respiración dirigida a su cuello fué tan señalada, que se volvió para ver quién se las había con su nuca. Y se acordó de Albina saltando fuera del Paradou, con la puerta que crugía a la aparición de un jardín encantado; recordóla galopando a lo largo de la interminable pared, siguiendo el cabriolé a la carrera y arrojando al viento hojas de abedul como si fuesen besos; volvió a hacer de ella memoria, cuando, a la hora del crepúsculo, se reía de las blasfemias del Hermano Archangias, con las sayas volantes a ras del camino, semejantes a una tenue humareda de polvo arrollada por el viento de la tarde. Tenía Albina dieciséis años; era algo singular, con su semblante un tanto prolongado; olía al aire libre, a la hierba, a la tierra. Y conservaba de ella memoria tan precisa, que recordaba un arañazo, en una de sus flexibles muñecas, rosado sobre el blanco cutis. ¿Por qué se reía de aquel modo al mirarle con sus ojos azules? Sentíase envuelto en su risa, como en onda sonora que repercutía por doquiera contra su carne; la respiraba y la oía vibrar en él. Sí, todo su mal provenía de aquella risa que había bebido.

De pie en mitad de la habitación, con las dos ventanas abiertas, permaneció tiritando, pasto de un temor que le hacía ocultar la cabeza entre las manos. ¿Había venido a parar todo aquel día a la evocación de una niña rubia de rostro un tanto

prolongado y de ojos azules? Y el día entero entraba por ambas ventanas abiertas. Eran, a lo lejos, el calor de las rojizas tierras, la pasión de los grandes peñascos, de los olivares brotados en las piedras de las viñas retorciendo sus brazos a la orilla de los caminos; eran, más cerca, el sudor humano que el viento traía de los Artaud, los insulsos olores del cementerio, los del incienso de la iglesia, adulterados por las emanaciones de las muchachas de cabellera grasienta; eran también vapores de estercolero, la colada del corral, los sofocantes fermentos de los gérmenes. Y todos aquellos hálitos afluían a la vez, en una misma bocanada de asfixia, tan ruda, hinchiéndose con violencia tal, que quitaba la respiración. El padre Mouret cerraba los sentidos, tratando de aniquilarlos más ante él. Pero Albina reapareció ante él como una gran flor, nacida y embellecida en aquel terreno. Era la flor natural de aquellas inmundicias, dedicada al sol, abriendo el tierno capullo de sus blancos hombros, tan gozosa de vivir, que saltaba de su tallo y volando a posarse en su boca, perfumándola con su prolongada risa.

El sacerdote lanzó un grito; había sentido una picadura en sus labios; era como un ardiente surtidor que había fluído en sus venas. Entonces, buscando un refugio, cayó de rodillas ante la estatuita de la Inmaculada Concepción, gritando con las manos suplicantes:

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, rogad por mí!

XVII

La Inmaculada Concepción, sobre la cómoda de nogal, sonreía tiernamente, por las comisuras de sus delgados labios trazados por una línea de carmín. Era pequeñita y del todo blanca; su grande y y transparente velo, que le caía de la cabeza a los pies, no tenía en el borde sino un imperceptible hilito de oro. Su ropaje dispuesto en largos y rectos dobleces, como en un cuerpo sin sexo, la ceñía al cuello, dejando despejada tan sólo esta flexible parte de su cuerpo. Ni el más pequeño mechón de sus castaños cabellos quedaba al descubierto. Tenía el semblante sonrosado, con claros ojos convertidos al cielo; tenía juntas sus manos de rosa, manos de niña, mostrando las yemas de los dedos bajo los pliegues del manto, sobre la banda azul, que parecía ceñir a su cintura dos extremos flotantes del firmamento. De todas sus seducciones de mujer, ninguna quedaba al descubierto, a no ser los pies, adorablemente desnudos, hollando el rosal místico. Y, sobre la desnudez de sus pies, surgían rosas de oro, como florescencia natural de su carne dos veces pura.

—¡Virgen Santísima, rogad por mí!—repetía con desesperación el sacerdote.

Esta no le había turbado nunca. No era madre aun; sus brazos no le tendían a Jesús, su talle no presentaba las redondas líneas de la fecundidad.

No era la reina del cielo, que descendía coronada de oro, de oro vestida, como una princesa de la tierra, llevada triunfalmente en un vuelo de querubines. Jamás se le había presentado temible, nunca le había hablado con la severidad de una dueña omnipotente, cuya sola vista inclina la frente al polvo. Atreviase a mirarla, a amarla, sin temor de sentirse conmovido ante la suave curva de sus castaños cabellos; no sentía sino enternecimiento a la vista de sus pies desnudos, de sus pies de amor, que florecían como un jardín de castidad, sobrado milagrosamente para que satisficiera su anhelo de llenarlos de caricias. Perfumaba su habitación con su fragancia de lirio. El lirio de plata plantado en un vaso de oro, la pureza preciosa, eterna, impecable. En su blanco velo, tan estrechamente ceñido a su alrededor, no había ya nada de humano, nada más que una llama virgen ardiendo con fuego siempre igual. Por la noche al acostarse, al despertarse por la mañana, hallábala allí, con su misma sonrisa de éxtasis. El dejaba caer sus vestidos delante de ella, sin la menor sujeción, como delante de su propio pudor.

—¡Madre purísima, Madre castísima, Madre siempre virgen, rogad por mí!—baluceaba temeroso, estrechándose a los pies de la Virgen, como si hubiese oído a su espalda la sonora carrera de Albina.—Vos sois mi refugio, el manantial de mi alegría, el templo de la sabiduría, la torre de marfil en donde he encerrado mi pureza. Entrégome en vuestras manos sin mancha, suplicoos que me toméis, que me cubráis con una punta de vuestro velo, que me ocultéis bajo vuestra inocencia, tras el sagrado muro de vuestro ropaje, para que allí no me alcance ningún soplo carnal. Tengo necesidad de vos, si no me lleváis en vuestros compasivos brazos, lejos de aquí, en medio de la esplendente blancura que vos habitáis. María concebida sin pecado, anonadada en el fondo de la inmaculada nieve que se desprende de cada uno de vues-

tros miembros. Vos sois el prodigio de eterna castidad. Vuestra raza ha nacido sobre un rayo de luz, como árbol maravilloso que no plantó germen alguno. Vuestro hijo Jesús nació del soplo de Dios, vos misma nacisteis sin que el vientre de vuestra madre fuese mancillado, y quiero creer que esta virginidad se remonta por tal modo, de edad, en edad, en ignorancia sin fin de la carne. ¡Oh, vivir, crecer, apartado de la vergüenza de los sentidos! ¡Oh, multiplicarse, dar a luz sin la abominable necesidad del sexo, con la sola aproximación de un beso celestial!

Este llamamiento desesperado, este purificado grito de deseo, había tranquilizado al joven sacerdote. La Virgen, por entero blanca y con los ojos convertidos al cielo, parecía sonreír más dulcemente con sus delgados y sonrosados labios. Y el sacerdote repuso con enternecido acento:

—Querría ser niño aún, querría ser por siempre un niño que caminase a la sombra de vuestros vestidos. Era muy pequeño, y ya unía mis manos para pronunciar el nombre de María. Era blanca mi cuna, blanco mi cuerpo, y blancos todos mis pensamientos también. Veíaos distintamente, oía que me llamábais, que iba a vos en una sonrisa, sobre rosas deshojadas. Y nada más, yo no sentía, no pensaba, vivía tan sólo lo preciso para ser una flor a vuestras plantas. No se debería crecer, para no tener en torno vuestro sino rubias cabezas, una multitud de niños que os amarían, con las manos puras, sanos los labios, tiernos los miembros, sin una impureza, como al salir de un baño de leche. En la mejilla de un niño se besa su alma. Tan sólo un niño puede pronunciar vuestro nombre sin mancillarlo. Más tarde la boca se menoscaba, envenena las pasiones. Yo mismo, que tanto os amo, que me he dado a vos, no soy osado a llamaros a todas horas, huyendo de que os encontréis con mis impurezas de hombre. He orado, he reformado mi carne, he dormido bajo vuestra guarda,

he vivido casto; y lloro al ver hoy qué todavía no me siento bastante muerto para este mundo para erigirme en vuestro prometido. ¡Oh, María, Virgen adorable! ¿por qué no tengo todavía cinco años; por qué no he permanecido siendo el niño que unía sus labios a vuestras imágenes? Os pondría sobre mi corazón, os acostaría a mi lado, os abrazaría como a una amiga, como a una niña de mi edad. Tendría vuestro ceñido ropaje, vuestro velo infantil, vuestra celeste banda, toda esa infancia que de vos hace una hermana mayor. No trataría de besar vuestros cabellos, puesto que la cabellera es una desnudez que no puede verse, pero besaría vuestros pies desnudos, el uno tras del otro, durante noches enteras, hasta haber deshojado con mis labios las rosas místicas de vuestras venas.

Y se detuvo, en espera de que la Virgen bajase sus azules ojos y le rozase la frente con el festón de su velo. La Virgen permanecía en la muselina hasta el cuello, hasta las uñas, hasta los tobillos, toda del cielo, con aquel ímpetu que la dejaba endeble y delicada, como separada ya de la tierra.

—Pues bien—continuaba con mayor locura,—haced que vuelva a ser niño, Virgen buena, Virgen poderosa; hacer que tenga cinco años. Quedaos con mis sentidos, con mi virilidad; que un milagro se lleve cuanto de hombre ha crecido conmigo. Vos reináis en el cielo, nada os es tan fácil como aniquilarme, como anular mis órganos, como dejarme sin sexo, incapaz para el mal, tan despojado de toda fuerza, que ni tan siquiera pueda alzar al cielo mi dedo meñique sin vuestro consentimiento. Quiero ser cándido, con la candidez que es la vuestra, que ni el menor estremecimiento humano podría turbar. Ya no quiero sentir ni mis nervios, ni mis músculos, ni los latidos de mi corazón, ni el trabajo de mis deseos. Quiero ser una cosa, una piedra blanca a vuestros pies, a la cual sólo dejaréis vuestro perfume, una piedra que no se moverá del sitio a donde la habréis arrojado, sin oídos, sin ojos,

satisfecha de encontrarse bajo vuestros pies, sin tener que pensar en inmundicias con las otras piedras del camino. ¡Oh, qué bienaventuranza entonces! Alcanzaré sin esfuerzo, de primera intención, la perfección que sueño y me proclamaré vuestro verdadero sacerdote; seré lo que mis estudios, mis oraciones, mis cinco años de lenta iniciación, no han podido hacer de mí. Sí, yo niego la vida, yo digo que el aniquilamiento de la especie es preferible a la continua abominación que la propaga. La falta lo mancha todo; es una hediondez universal que menoscaba el amor, que envenena la estancia de los esposos, la cuna del recién nacido, y hasta las flores desfallecidas bajo el sol, hasta los árboles que dejan brotar sus yemas. Báñase la tierra en tal impureza, de cuyas menores gotas surgen vergonzosas vegetaciones. Mas para que yo sea perfecto ¡oh, Reina de los ángeles, Reina de las Vírgenes! escuchad mi lamento, concededme lo que os pido. Haced que yo sea uno de esos ángeles que tan sólo tienen dos grandes alas tras de sus mejillas; ya no tendría cuerpo, ni miembros; volaré a vos, si vos me llamáis; no seré más que una boca para contar vuestras alabanzas, que un par de alas sin mancha que mecerán vuestros viajes en los cielos. ¡Oh! ¡la muerte, la muerte, Virgen venerable, dadme la muerte de todo! Os amaré en la muerte de mi cuerpo, en la muerte de lo que vive, de lo que se multiplica... Consumaré con vos el único matrimonio que ansía mi corazón. Subiré más, cada vez más, hasta que haya alcanzado el lumínar en que resplandecéis. Vese allí un gran astro, una inmensa rosa blanca, cada una de cuyas hojas brilla como una luna, un trono de plata, en donde vos fulguráis con resplandor tal de inocencia, que el paraíso entero queda iluminado con la sola luz de vuestro manto. Todo cuanto allí hay de blanco, las auroras, las nieves de las inaccesibles cumbres, el lirio apenas entreabierto, el agua de los ignorados manantiales, la savia de las plan-

tas respetadas por el sol, las sonrisas de las vírgenes, las almas de los niños muertos en la cuna... Todo llueve sobre vuestros blancos pies. Entonces subiré a vuestros labios, como llama sutil; entraré en vos por vuestra entreabierta boca y las bodas se efectuarán, en tanto que los arcángeles se estremerán con vuestra alegría. Ser virgen, amarse virgen, conservar en medio de los besos más dulces su blancura virginal. Poseer todo el amor, recostado sobre alas de cisne, en nube de pureza, en los brazos de una amada de luz, cuyas caricias son gocees del alma! Perfección, ensueño sobrehumano, deseos que hacen crujir mis huesos, delicias que me asientan en el cielo!... ¡Oh, María, Vaso de elección, castrad en mí la humanidad, hacedme eunuco entre los hombres, a fin de entregarme sin miedo el tesoro de vuestra virginidad!

Y el padre Mouret, castañeteando los dientes, abatido por la fiebre, cayó desvanecido sobre el pavimento.

LIBRO SEGUNDO

I

Delante de las dos anchas ventanas, las cortinas de indiana, cuidadosamente corridas, iluminaban la habitación con la blancura del amanecer. Era alta de techo, muy vasta, amueblada con antiguo estilo Luis XV, con las maderas pintadas de blanco y con flores coloradas sobre montones de hojarasca. En los entrepaños, encima de las puertas, a ambos lados de la alcoba, había pinturas que dejaban ver aun los vientres y los sonrosados traseros de los amorcillos volando a bandadas y jugando a juegos que ya no se podían distinguir; mientras que los enmaderados de las paredes, simulando tableros ovalados, las puertas de doble hoja, el redondeado techo, en otro tiempo de fondo azul celeste en encuadramientos de cartón, de medallones, de lazos de cinta de color claro, se desvanecían en un gris suave, un gris que conservaba la ternura de aquel paraíso marchito. En frente de las ventanas, la grande alcoba, abriéndose bajo enrolladas nubes, que amorcillos de yeso separaban,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

tas respetadas por el sol, las sonrisas de las vírgenes, las almas de los niños muertos en la cuna... Todo llueve sobre vuestros blancos pies. Entonces subiré a vuestros labios, como llama sutil; entraré en vos por vuestra entreabierta boca y las bodas se efectuarán, en tanto que los arcángeles se estremerán con vuestra alegría. Ser virgen, amarse virgen, conservar en medio de los besos más dulces su blancura virginal. Poseer todo el amor, recostado sobre alas de cisne, en nube de pureza, en los brazos de una amada de luz, cuyas caricias son gocees del alma! Perfección, ensueño sobrehumano, deseos que hacen crujir mis huesos, delicias que me asientan en el cielo!... ¡Oh, María, Vaso de elección, castrad en mí la humanidad, hacedme eunuco entre los hombres, a fin de entregarme sin miedo el tesoro de vuestra virginidad!

Y el padre Mouret, castañeteando los dientes, abatido por la fiebre, cayó desvanecido sobre el pavimento.

LIBRO SEGUNDO

I

Delante de las dos anchas ventanas, las cortinas de indiana, cuidadosamente corridas, iluminaban la habitación con la blancura del amanecer. Era alta de techo, muy vasta, amueblada con antiguo estilo Luis XV, con las maderas pintadas de blanco y con flores coloradas sobre montones de hojarasca. En los entrepaños, encima de las puertas, a ambos lados de la alcoba, había pinturas que dejaban ver aun los vientres y los sonrosados traseros de los amorcillos volando a bandadas y jugando a juegos que ya no se podían distinguir; mientras que los enmaderados de las paredes, simulando tableros ovalados, las puertas de doble hoja, el redondeado techo, en otro tiempo de fondo azul celeste en encuadramientos de cartón, de medallones, de lazos de cinta de color claro, se desvanecían en un gris suave, un gris que conservaba la ternura de aquel paraíso marchito. En frente de las ventanas, la grande alcoba, abriéndose bajo enrolladas nubes, que amorcillos de yeso separaban,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

inclinados, tumbados, como para mirar descaradamente el lecho, estaba cerrada, así como las ventanas, por cortinas de indiana, cosidas a grandes puntos, resultando de una inocencia singular en medio de aquella estancia abrigada, respirando un lejano olor de voluptuosidad.

Sentada junto a una consola, en donde un perol se calentaba sobre una lámpara de espíritu de vino, Albina miraba atentamente las cortinas de la alcoba. Hallábase vestida de blanco, con los cabellos recogidos en una pañoleta de antiguo encaje, con las manos caídas, velando en la grave actitud de mujer ya formada. En aquel gran silencio, oíase una respiración débil, un aliento de niño amodorrado. Mas al cabo de unos minutos, la joven llegó a inquietarse; no pudo por menos de acercarse, a paso ligero, para alzar un extremo de la cortina. Sergio, a la orilla de la gran cama, parecía dormir, con la cabeza apoyada en uno de sus doblados brazos. Durante su enfermedad, sus cabellos se habían alargado y crecídole la barba. Estaba muy blanco, amoratados los ojos y pálidos los labios; aparecía con el atractivo de una joven convaleciente.

Albina, enternecida, dejó caer de nuevo el extremo de la cortina.

—No duermo—dijo Sergio con voz apenas perceptible.

Y permaneció con la cabeza apoyada, sin mover un solo dedo, como postrado por desfallecimiento feliz. Lentamente se le habían ido abriendo los ojos; respiraba suavemente sobre su desnuda mano, levantando el vello de su rubia piel.

—Te oía—continuó diciendo.—Andabas muy poquito a poco.

Y se sintió embelesada al oírse tutear así. Acercóse y se puso en cuclillas delante de la cama, para poner el rostro del enfermo a la altura del suyo.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó.

Y Albina disfrutaba también con la dulzura de aquel "tú", que por primera vez aparecía en sus labios.

—¡Oh! ahora ya estás curado—repuso.—Sabes tú lo que he llorado por todo ese camino, cuando volvía de allá abajo con malas noticias... Decíanme que delirabas, que aquella maldita fiebre, si no acababa contigo, te haría perder la razón... ¡Y cómo abracé a tu tío Paseual, cuando aquí te traje para tu convalecencia!

E iba de una parte a otra de la cama, con cariño maternal.

—Ya ves, aquellas calcinadas rocas de allá abajo de nada podían servirte. Tú necesitas árboles, fresco ambiente, tranquilidad... El doctor ni siquiera ha dicho a nadie que te ocultaba aquí; es un secreto guardado entre él y los que te aman. Dábate por perdido... Vaya, nadie nos molestará. El tío Jeanbérnat fuma sus pipas junto a sus hortalizas. Los demás irán teniendo noticias tuyas sin que nadie se entere. Ni el doctor volverá tampoco a venir, porque, a la hora presente, tu médico soy yo... A la cuenta, no tienes ya necesidad de drogas. Lo que necesitas es que se te quiera bien, ¿comprendes?

Parecía no entender, como si tuviese aún el cráneo vacío. Como sus ojos, sin que moviese la cabeza; pareciese que registraban, los rincones de la habitación, Albina se figuró que le causaba inquietud el lugar en que se encontraba.

—Este es mi cuarto—le dijo—y te lo he dado. Es bonito, ¿verdad que sí? Tomé los mejores muebles del desván; luego hice estas cortinas de indiana, para que la claridad no me cegase... En modo alguno me molestas. Dormiré en el segundo piso, todavía hay tres o cuatro habitaciones vacías.

Mas él permanecía inquieto.

—¿Estás sola?—le preguntó.

—Sí. ¿Por qué me haces esta pregunta?

Sergio no contestó, y murmuró como desazonado:

—He soñado y sigo soñando... Oigo campanas, y eso es lo que me fatiga.

Tras un instante de silencio, prosiguió:

—Ve a cerrar la puerta, echa el cerrojo; quiero que estés sola, enteramente sola.

Cuando volvió, trayendo una silla y sentándose a su cabecera, Sergio demostraba una alegría infantil, y repetía:

—Ahora no entrará nadie. No volveré a oír las campanas... Por lo que hace a ti, cuando hablas, me parece que descanso.

—¿Quieres beber algo?—le preguntó Albina.

Hizo un signo de que no tenía sed. Miraba las manos de la joven con sorpresa tal, tan embebecido de verlas, que ella adelantó una al borde de la almohada, sonriendo. Entonces él dejó deslizar la cabeza y apoyó la mejilla en aquella fresca manecita. Sonrióse ligeramente y dijo:

—¡Ah! Es tan suave como la seda. Diríase que envía aire a mis cabellos... No la retires, te lo suplico.

Después reinó un prolongado silencio. Mirábanse uno a otro con gran efecto. Albina se miraba apaciblemente en los ojos del convaleciente. Sergio parecía escuchar algo de vago y misterioso que aquella fresca manecita le confiaba.

—Tu mano es muy buena—prosiguió.—No puedes imaginarte cuánto bien me hace. Parece como si penetrara en el fondo de mi ser para llevarse los dolores que me atormentan los miembros; es una caricia por doquier, un alivio, una curación.

Y restregaba suavemente la mejilla y se animaba como si resucitase.

—Dime: ¿no me darás nada malo a beber, no me atormentarás con toda clase de medicinas?... Tu mano me basta. Aquí he venido para que la pongas así, bajo mi cabeza.

—Mi buen Sergio—dijo bajito Albina,—¿has padecido mucho, ¿no es verdad?

—¡Padecido! Sí, sí, pero ya hace mucho tiempo... He dormido mal, he tenido sueños espantosos. Si me fuera posible, te lo contaría todo.

Cerró un instante los ojos e hizo un gran esfuerzo de memoria.

—Todo lo veo negro—balbuceó.—Es singular: llego de un largo viaje; no sé siquiera de dónde partí. Tenía calentura, calentura que galopaba en mis venas como un caballo... Eso es, me acuerdo. Siempre la misma pesadilla hacía que me arrastrara, a lo largo de un subterráneo interminable. Cuando me acometían ciertos terribles dolores, el subterráneo, súbitamente se desvanecía; montones de guijarros se desprendían de la bóveda, los muros se estrechaban y me quedaba jadeante, acometido por la rabia de querer ir más allá; y llegaba al obstáculo, y trabajaba con los pies, con los puños, con el cráneo, desesperando de poder atravesar en toda la vida aquel desplome cada vez más considerable. Con frecuencia, después, bastábame con tocar con un dedo; todo se desvanecía y yo caminaba holgadamente, en la ensanchada galería, sin sentir ya nada más que la laxitud de la crisis.

Albina quiso ponerle la mano en la boca.

—No, no me cansa el hablar. Ya ves que te hablo al oído. Me parece que pienso y que tú me oyes... Lo más peregrino, en mi subterráneo, era que no abrigaba la menor idea de volver atrás; me obstinaba, mientras pensaba que me hacían falta millares de años para despejar uno tan sólo de aquellos hundimientos. Era aquella una tarea fatal, que debía llevar a cabo, so pena de las mayores desgracias. Con las rodillas acardenaladas, con la frente tropezando contra las rocas, empleaba un conocimiento lleno de angustia en trabajar con todas mis fuerzas, para llegar lo más prontamente posible. ¿A dónde?... No sé, no sé...

Y cerró los ojos, soñando, buscando. Después

hizo un gesto de indiferencia y se abandonó de nuevo en la mano de Albina, diciendo con una sonrisa:

—¡Qué estupidez! Soy un niño.

Pero la joven, para cerciorarse de que se hallaba en su cabal sentido, le interrogó y le atrajo a los confusos recuerdos que intentaba evocar. De nada hacía memoria y hallábase en realidad en una dichosa infancia. Parecía haber venido al mundo el día anterior.

—¡Ah! aún no me siento bastante fuerte—dijo.

—Mira, lo más lejano de que me acuerdo se contrae a un lecho que me abrasaba todo el cuerpo; movía la cabeza sobre la almohada como sobre un brasero; los pies se me descarnaban, de tanto rozar a la continua el uno contra el otro... ¡Ah! sentíame mal, muy mal. Figurábaseme que me cambiaban el cuerpo, que me lo quitaban todo, que se componía una máquina rota.

Esta palabra le hizo reír de nuevo. Y prosiguió:

—Voy a quedar enteramente nuevo. La enfermedad me ha limpiado, que es una bendición... Pero ¿qué es lo que me preguntabas? No, nadie había allí. Yo padecía completamente solo, en lo hondo de un agujero negro. Nadie, nadie. Y más allá, no hay nada, no veo nada... Yo soy tu hijo ¿lo quieres? Me enseñarás a andar. Ahora yo a nadie veo más que a ti. Lo que no seas tú, todo me es igual. Te digo que ya no me acuerdo; he venido, me has tomado y asunto concluido.

Y agregó, sosegado, cariñoso:

—Ahora tu mano está tibia; es buena como el sol... No hablemos más; me estoy calentando.

En la vasta habitación, un estremecedor silencio se desprendía del cielo azul. La lámpara de espíritu de vino acababa de apagarse, dejando al perol despedir un hilito de vapor cada vez más tenue. Albina y Sergio, ambos con la cabeza sobre la misma almohada, miraban las grandes cortinas de indiana corridas delante de las ventanas. Los ojos

de Sergio, sobre todo, se dirigían allí como al blanco manantial de la luz. En él se bañaba, como en pálida claridad, a la medida de sus fuerzas de convaleciente. Adivinaba al sol, tras de un trozo más amarillo de la indiana, lo que bastaba para curarle. A lo lejos escuchaba un constante movimiento de hojas; mientras que, en la ventana de la derecha, la verdosa sombra de una elevada rama, con claridad dibujada, le producía el inquietante ensueño de aquella selva que sentía tan cerca de él.

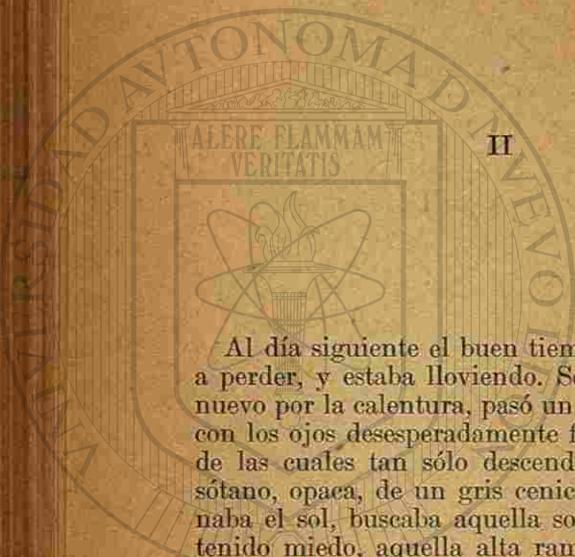
—¿Quieres que descorra las cortinas?—preguntó Albina, engañada por la fijeza de su mirada.

—No, no—se apresuró a contestar.

—Hace buen día. Tendrías sol, verías los árboles.

—No, te lo ruego... Nada quiero de afuera. Aquella rama que allí se ve me fatiga, con tanto moverse y brotar, como si estuviese viva... Deja tu mano, voy a dormir... Todo se ve blanco... Es bueno, muy bueno.

Y se durmió cándidamente, velado por Albina, que le mandaba su aliento al rostro, para refrescar su dormir.



Al día siguiente el buen tiempo se había echado a perder, y estaba lloviendo. Sergio, acometido de nuevo por la calentura, pasó un día de sufrimiento, con los ojos desesperadamente fijos en las cortinas, de las cuales tan sólo descendía una claridad de sótano, opaca, de un gris ceniciento. Ya no adivinaba el sol, buscaba aquella sombra de que había tenido miedo, aquella alta rama que, anegada en la pálida humedad del aguacero, parecía haberse llevado el bosque, desvaneciéndose. Allá a la tarde, agitado por un ligero delirio, gritó sollozando a Albina que el sol había muerto, que oía a todo el cielo y a toda la campiña llorar la muerte del sol. Albina tuvo que consolarle como a un niño, prometiéndole el sol, asegurándole que volvería y que ella se lo daría. Pero él se condolía también por las plantas; las semillas debían de sufrir bajo tierra, esperando la luz; tenían sus pesadillas y soñaban que se arrastraban por todo un subterráneo, detenidas por desplomes y luchando furiosamente para llegar al sol. Y se puso a llorar en más blando acento, diciendo que el invierno era una enfermedad de la tierra, que él iba a morir al mismo tiempo que la tierra, si la primavera no les curaba a ambos.

Todavía durante tres días el tiempo continuó horroroso. Terribles aguaceros rompían contra los árboles, con el lejano mugido de río desbordado. Furiosas ventoleras se estrellaban contra las ventanas, con encarnecimiento de gigantesco olas. Sergio había querido que Albina cerrase herméticamente las maderas. Con la lámpara encendida, ya no existía para él el luto de las pálidas cortinas, ya no sentía el ceniciento cielo penetrar por las más pequeñas rendijas, llegar hasta él, como una polvareda que le enterraba. Dejábase llevar con los enflaquecidos brazos, con el pálido rostro, tanto más débil cuanto más enferma sentíase la campiña. En ciertas horas de negras nubes, cuando los retorcidos árboles crugían, cuando la tierra dejaba arrastrar sus hierbas bajo el aguacero, como cabellos de ahogado, pedía hasta la respiración, se moría como azotado también por el huracán. Después, a la primera clara, al menor asomo de cielo azul, entre dos nubes, respiraba y saboreaba la quietud de la hojarasca que se iba secando, de los senderos que blanqueaban, de los campos que se bebían su última bocanada de agua. Entonces Albina imploraba a su vez al sol; asomábase veinte veces a la ventana del rellano, interrogando al horizonte, dichosa al descubrir las menores manchas blancas, inquieta ante las masas de sombra, eobrizas, preñadas de granizo, temiendo la aparición de alguna nube demasiado negra que le matase a su querido enfermo. Hablaba de mandar por el doctor Pascual, pero Sergio no quería a nadie, y decía:

—Mañana tendremos sol sobre las cortinas y quedaré curado.

Una tarde en que se encontraba del todo mal, Albina le alargó la mano, para que en ella apoyara la mejilla; mas como la mano no le aliviara, púsose a llorar al ver su impotencia. Desde que había recaído en el sopor del invierno, Albina no se sentía lo bastante fuerte para sacarle por sí sola de las pesadillas con que luchaba; necesitaba de

la complicidad de la primavera. Con los brazos helados, corta la respiración, ella también languidecía, no sabiendo cómo comunicarle un aliento de vida. Durante muchas horas, iba de un lado a otro de la habitación, llena de tristeza. Cuando pasaba por delante del espejo, veíase negra y se tenía por fea.

Por último, una mañana, al alzar las almohadas sin atreverse a intentar todavía echar mano del interrumpido encanto de sus manos, creyó ver aparecer la sonrisa del primer día en los labios de Sergio, cuyo cuello acababa de rozar con las yemas de sus dedos.

—Abre las maderas—murmuró.

Albina se figuró que le hacía hablar la calentura, puesto que, una hora antes, no había distinguido, desde la ventana del rellano, sino un cielo enlutado.

—Duerme—le contestó tristemente;—te he prometido despertarte al primer rayo de sol... Sigue durmiendo, porque el sol no ha aparecido.

—Sí, lo siento, el sol está ahí... abre las maderas.

III

El sol estaba allí, en efecto. Cuando Albina hubo abierto los postigos, detrás de las cortinas, la radiante claridad amarilla calentó de nuevo un extremo de la blancura del lienzo. Pero lo que hizo a Sergio incorporarse en la cama, fué el volver a ver la sombra de la rama, que le anunciaba la vuelta a la vida. Toda la campiña resucitada, con sus verdores, sus aguas, su extenso círculo de colinas, se hallaba allí para él, en aquella verdusca mancha que se estremecía a la menor brisa. Ya no le volvía a inquietar aquella rama. Seguía su balanceo con avidez, necesitando las fuerzas de la savia que le anunciaba; y en tanto, Albina, dichosa, le sostenía en sus brazos, diciendo:

—¡Ah, mi buen Sergio, el invierno ha concluído!... Estamos salvados.

Volvióse a acostar, con viveza ya en los ojos, y con voz más clara:

—Mañana—dijo,—me encontraré muy fuerte... Descorrerás las cortinas; quiero verlo todo.

Pero al día siguiente vióse acometido por un miedo infantil. Nunca consentía en que las ventanas se abriesen de par en par. Murmuraba: "En seguida, después". Quedábase ansioso, con la inquietud de la primera impresión de luz que recibiría en los ojos. Llegó la noche y todavía no había podido adoptar la decisión de volver a ver el sol

cara a cara. Había permanecido con el rostro vuelto hacia las cortinas, siguiendo en la transparencia del lienzo, la pálida mañana, el ardiente medio día, el violáceo crepúsculo, todos los colores, todas las emociones del cielo. Pintábase allí hasta el estremecimiento que el batir de alas de un pájaro comunica al templado aire, hasta la alegría de los olores palpitantes en un rayo de luz. Tras de aquel velo, tras de aquel amoroso ensueño de la potente vida del exterior, sentía renacer la primavera. Y a veces hasta parecía que la respiración le faltaba un tanto cuando la afluencia de la sangre nueva de la tierra, a pesar del obstáculo de las cortinas, llegaba a él con demasiada rudeza.

Y, al siguiente día, dormía aún, cuando Albina, atropellando la curación, le gritó:

—¡Sergio, Sergio, aquí está el sol!

Descorrió vivamente las cortinas y abrió las ventanas de par en par. El se levantó, púsose de rodillas sobre la cama, sofocado, desfallecido, y con las manos apretadas contra el pecho, para impedir que se le destrozara el corazón. En frente de él veíase el inmenso cielo todo azul, un azul infinito; lavábase en él sus sufrimientos, abandonábase como en ligero balanceo y bebía en él dulzura, pureza, juventud. Tan sólo la rama, cuya sombra había visto, rebasaba la ventana y manchaba el cielo azul con vegetación vigorosa; y era ya aquello un rayo de luz sobrado fuerte para sus delicadezas de enfermo, que sentíanse injuriadas por el revoloteo de las golondrinas que se dirigían al horizonte. Renacía a la vida. Lanzaba imperceptibles e involuntarios gritos, anegado en la claridad, azotado por oleadas de aire tibio y sintiendo deslizarse en su interior todo un abismo de vida. Extendió las manos, descaeció y cayó sobre la almohada, perdiendo el sentido.

¡Qué feliz y dichoso día! El sol penetraba por la derecha, lejos de la alcoba. Sergio, durante toda la mañana le había visto adelantarse como a paso

lento. Veíale acercarse a él, rubio como el oro, esquivando los viejos muebles, jugueteando en los ángulos, deslizándose a veces por el suelo, semejante a un trozo de tela desenrollado; era como un andar lento, seguro, una aproximación de enamorada, estirando sus sonrosados miembros y encaminándose hasta la alcoba con rítmico movimiento, con lentitud voluptuosa que producía un loco deseo de su posesión.

Por último, allá a las dos, la cascada de sol dejó el último sillón, subió a lo largo de los cobertores y se esparció sobre el lecho, a la manera de una cabellera desanudada. Sergio abandonó sus enflaquecidas manos de convaleciente a aquella ardiente caricia; medio entornó los ojos y sintió correr por cada uno de sus dedos besos de fuego; hallábase como en un baño de luz, en un abrazo de astro. Y como Albina estuviese allí y se inclinaba sonriendo:

—Déjame—baluceó con los ojos del todo cerrados;—no me aprietes más tan fuerte. ¿Cómo te arreglas para tenerme por tal modo y por tan completo, entre tus brazos?

Después el sol bajó de la cama y se dirigió a la izquierda con su amortiguado andar. Entonces Sergio le vió de nuevo girar, detenerse de mueble en mueble, con el sentimiento de no haberle retenido en su pecho. Albina se había quedado a la orilla de la alcoba. Ambos con un brazo pasado por el cuello, vieron cómo el cielo palidecía poco a poco. A ratos, un inmenso estremecimiento, parecía empalidecerle con emoción repentina. Las languideces de Sergio paseábanse en él más a su sabor, encontrando exquisitos matices que no había sospechado jamás. No era todo azul, sino azul sonrosado, lila, amarillo, de viviente carne, de vasta desnudez inmaculada, que un hálito hacía palpar como seno de mujer. Cada vez que miraba a lo lejos, ofrecíansele sorpresas, desconocidos rincones de la atmósfera, discretas sonrisas, redondeces adorables,

gasas ocultando en el fondo paraísos entrevistos de soberbios cuerpos de diosas. Y él se elevaba, con los miembros aligerados por el sufrimiento en mitad de aquella cambiante seda, de aquel inocente vello del etéreo espacio; sus sensaciones flotaban por encima de su ser desfallecido. El sol descendía, el azul se fundía en oro purísimo, la viviente carne del cielo amarilleaba aún, anegándose lentamente en todos los matices de la obscuridad. Ni una nube; tan sólo un desvanecerse de virgen que se acuesta, un desnudarse, no dejando ver sino una línea de pudor en el horizonte. El inmenso cielo dormía.

—¡Ah, niño querido!—dijo Albina contemplando a Sergio que se había dormido a su cuello, al mismo tiempo que el cielo.

Le acostó y cerró las ventanas. Pero al día siguiente, desde el rayar del alba, se encontraban abiertas. Sergio no podía vivir sin el sol. Adquiría fuerzas, se acostumbraba a las bocanadas de aire libre que hacía volar las cortinas de la alcoba. Pero hasta el azul, el eterno azul, comenzaba a parecerle sin gracia ni atractivo. Cansábale ser un cisne, una pureza, nadando eternamente en el límpido lago del cielo. Llegaba a anhelar una bandada de negras nubes, algún desplumamiento de nubes que rompiera la monotonía de pureza tan grande. A medida que la salud volvía, sentía necesidades de sensaciones más fuertes. Ahora pasaba horas mirando la rama verde; habría querido verla brotar, desarrollarse y mandarles ramos hasta su cama. Ya no le satisfacía, no hacía más que exasperar sus deseos, hablándole de esos árboles cuyos profundos llamamientos oía, sin que pudiese distinguir sus copas. Constituían un eterno cuchicheo de hojas, un murmurio de corrientes aguas, un batir de alas, toda una alta voz prolongada, vibrante.

—Cuando puedas levantarte—decía Albina,—te sentarás delante de la ventana... ¡Verás qué hermoso jardín!

El cerraba los ojos y murmuraba:

—¡Oh, ya lo veo, ya lo escucho!... Sé en dónde están los árboles, en dónde las aguas y en dónde nacen las violetas.

Después continuaba:

—Pero lo veo mal, lo veo sin luz... Necesito sentirme muy fuerte para poder ir hasta la ventana.

En otras ocasiones, cuando le creía dormido, Albina desaparecía durante horas enteras. Y, cuando volvía, le encontraba con los ojos brillantes de curiosidad, devorado por la impaciencia. Y le gritaba:

—¿De dónde vienes?

Y la cogía por los brazos, le tocaba las faldas, el corpiño, las mejillas.

—Hueles a toda clase de cosas buenas... ¿No? Has andado sobre la hierba.

Ella se reía y le enseñaba sus botinas húmedas por el rocío:

—¡Vienes del jardín! ¡Vienes del jardín!—repetía embelesado.—Ya lo sabía. Cuando entraste, tenías la apariencia de una gran flor. Me traes todo el jardín en tu vestido.

Y la mantenía a su lado y la aspiraba cual si fuese un ramo. Volvía a veces con zarzas, con hojas, y con tallitos de hierba prendidos a su ropa. Entonces Sergio le quitaba todo aquello y lo escondía bajo la almohada, cual si fuesen reliquias. Un día le llevó un manojo de rosas, y tan conmovido se sintió, que se echó a llorar. Besó las flores y las acostó con él, en sus brazos; pero cuando se marchitaron, tuvo tan gran pena, que prohibió a Albina que cogiese otras. Preferíala a ella, tan fresca, tan embalsamada; no se marchitaba nunca, conservaba siempre el perfume de sus manos, el olor de sus cabellos, el de sus mejillas. Acabó por enviarla él mismo al jardín, recomendándole que no subiese antes de una hora.

—De este modo—le decía,—tengo sol, aire y rosas hasta el día siguiente.

A veces, al verla llegar, jadeante, la molía a preguntas... ¿Qué senda había tomado? ¿Se había internado bajo los árboles, o había seguido el lindero de los prados? ¿Había visto nidos? ¿Habíase sentado tras de un agabanzo, o bajo una encina, o a la sombra de un macizo de chopos? Y luego, cuando ella contestaba, cuando trataba de darle explicaciones sobre el jardín, Sergio le llevaba la mano a la boca.

—No, no, cállate—le decía.—Hago mal; no quiero saber... Prefiero ver por mí mismo.

Y volvía a caer en su acariciado ensueño por aquellas vegetaciones que sentía tan cerca de él, allí a dos pasos. Durante muchos días tan sólo vivió de aquella ilusión. Al principio—decía—veía el jardín con más precisión y claridad, y a medida que iba adquiriendo fuerzas, su ensueño se turbaba con la afluencia de la sangre que caldeaba sus venas. Experimentaba crecientes incertidumbres; no le era dado decir si los árboles estaban a la derecha, si las aguas corrían al fondo, si los grandes peñascos no se amontonaban bajo las ventanas. Y hablaba solo, en voz muy queda. Sobre los menores indicios fundaba planes maravillosos, que el canto de un pájaro, un crujir de rama seca, un perfume de flor, hacíanselos modificar, para plantar en lugar suyo un macizo de lilas, para reemplazar más allá un prado de césped por acirates. A cada momento dibujaba un nuevo jardín, con grandes risas de Albina, cuando llegaba a sorprenderle.

—No es así, te lo aseguro. No te lo puedes imaginar. Es más hermoso que todo cuanto has visto de hermoso... No te rompas la cabeza. El jardín es mío y te lo daré. No temas, que no se irá de aquí.

Sergio, que ya había tenido miedo a la luz, experimentó una inquietud, cuando se sintió con fuerza bastante para ir a acodarse a la ventana. Y cada noche repetía: "Mañana". Y se volvía hacia la pared, temblando, cuando volvía Albina y le gritaba que olía al ojiaquito y que se había

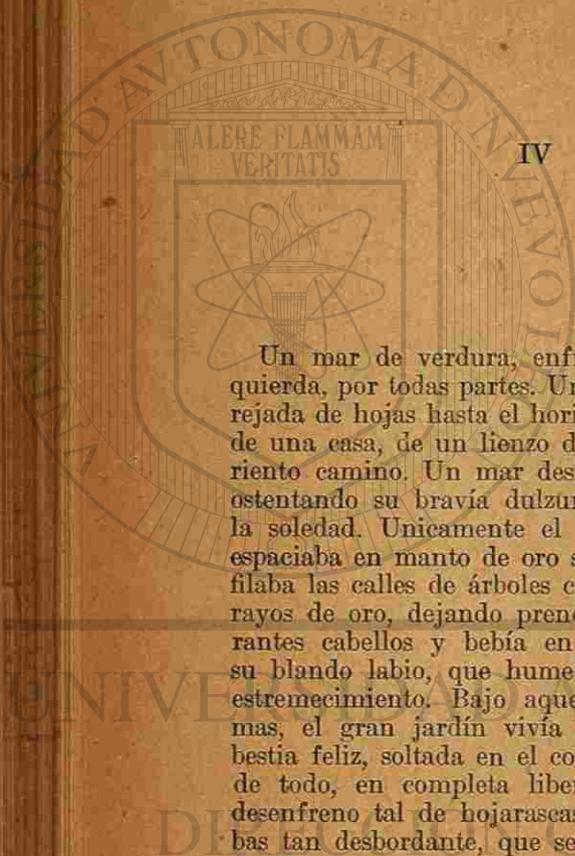
arañado las manos al abrir un agujero en un seto para traerle todo el olor. Una mañana, hubo de tomarle bruscamente en sus brazos, llevóle casi hasta la ventana, le sostuvo y le obligó a mirar.

—¡No eres poco cobarde!—le decía con su sonora risa.

Y movía una de sus manos en todas las direcciones del horizonte, repitiendo con ademán de triunfo, rebosante de tiernas promesas:

—¡El Paradou! ¡El Paradou!

Sergio, sin hablar palabra, miraba.



IV

Un mar de verdura, enfrente, a derecha e izquierda, por todas partes. Un mar rodando su marejada de hojas hasta el horizonte, sin el obstáculo de una casa, de un lienzo de pared, de un polvoriento camino. Un mar desierto, virgen, sagrado, ostentando su bravía dulzura en la inocencia de la soledad. Unicamente el sol penetraba allí, se espaciaba en manto de oro sobre las praderas, enfilaba las calles de árboles con la corriente de sus rayos de oro, dejando prender sus finos y fulgurantes cabellos y bebía en los manantiales con su blando labio, que humedecía el agua con un estremecimiento. Bajo aquella polvareda de llamas, el gran jardín vivía con extravagancia de bestia feliz, soltada en el confín del mundo, lejos de todo, en completa libertad. Era aquello un desenfreno tal de hojarasca, una marea de hierbas tan desbordante, que se sentía como escondido de un extremo a otro, inundado, anegado. Tan sólo verdes cuestas, tallos con surtidores de fuente, masas ensortijadas, cortinajes de selvas herméticamente corridos, mantos de plantas trepadoras arrastrándose por la tierra, oleadas de ramajes gigantes, inclinándose en todas direcciones.

Apenas se podía reconocer, bajo aquella formidable invasión de la savia, el antiguo diseño del Paradou. En frente, en una especie de inmenso círculo, debía de encontrarse el jardín, con sus fuentes desfondadas, sus estatuas por el suelo, cuyas blancuras se distinguían en el fondo de los oscuros céspedes. Más allá, tras la línea azul de una cascada, se ostentaba una confusión de árboles frutales; más lejos todavía, un oquedad hundía al pie sus matorrales violáceos, rayados de luz, una selva otra vez virgen, cuyas cimas se escalonaban sin término, manchadas de verde amarillo, de verde pálido, del potente verde de todas las esencias. A la derecha, el bosque escalaba las alturas, plantaba pequeños pinares; y acababa con raquílicas malezas, mientras que las peladas rocas amontonaban una pendiente enorme, un desplome de montaña que obstruía el horizonte; ardorosas vegetaciones hendían el suelo; plantas monstruosas inmóviles en el calor, como reptiles aletargados; un hilito de plata, una salpicadura que se asemejaba a lo lejos a una polvareda de perlas, indicaba una cascada, el origen de aquellas aguas tranquilas que rodeaban con indolencia tanta el jardín. Por último, a la izquierda, el río se deslizaba en medio de vasta pradera, en donde se dividía en cuatro arroyuelos, cuyas caprichosas ondulaciones se seguían bajo los cañaverales, los sauces y por detrás de los grandes árboles, hasta perderse de vista; campos de verdura, extendían la frescura de los terrenos, un paisaje bañado por húmedo vapor azulado, una claridad de día fundiéndose poco a poco en el verdoso azul de occidente. El Paradou, el jardín, el bosque, los peñascos, las aguas, los prados, ocupaban toda la extensión del cielo.

—¡El Paradou!—balbuceó Sergio abriendo los brazos como para estrechar el jardín entero contra su pecho.

Se tambaleaba y Albina tuvo que sentarlo en un sillón. En él permaneció dos horas sin hablar. Con la barba apoyada en las manos, miraba. A veces sus párpados se movían y una rojez le subía a las mejillas. Miraba lentamente, con profunda admiración. Aquello era sobrado vasto, sobrado complicado, sobrado fuerte.

—No veo, no comprendo— exclamó tendiendo las manos a Albina, con ademán de suprema fatiga.

La joven se apoyó entonces en el respaldo del sillón y, cogiéndole la cabeza, le obligó a mirar de nuevo, diciéndole a media voz:

—Es nuestro y nadie vendrá. Cuando estés curado, nos pasaremos allí. Tendremos por donde andar toda la vida. Iremos a donde te plazca. ¿A dónde quieres ir?

Sergio sonreía y decía en voz queda:

—¡Oh! no lejos. El primer día a dos pasos de la puerta. Llegaría a caerme... Mira, iré allí, bajo aquel árbol junto a la ventana.

Y ella repuso con dulzura:

—¿Quieres ir al jardín? Verás los macizos de rosas, las grandes flores que se han apoderado de todo, hasta de las antiguas alamedas que plantan con sus ramilletes. Tal vez prefieras el huerto, en el que no puedo entrar sino a gatas, por tal modo las ramas crujen bajo los frutos... Iremos más lejos todavía, si te sientes con fuerzas. Iremos hasta la selva, a los sombríos agujeros, muy lejos, tan lejos, que nos quedaremos a dormir fuera, cuando la noche venga a sorprendernos... O bien, una mañana, subiremos allá arriba, por encima de aquellas rocas. Verás plantas que me causan miedo. Verás los manantiales, una lluvia de agua y nos divertiremos recibiendo el polvo en la cara... Pero si te gusta más andar a lo largo de los setos, a la orilla de un arroyo, será menester tomar por las praderas. Se está divinamente bajo los sauces, la tarde, al ponerse el sol. Se tiende uno sobre la

hierba y se ven las verdes ranillas saltar sobre los tallos de los juncos.

—No, no—dijo Sergio,—me cansas, no quiero ver tan lejos... Andaré tan sólo dos pasos, y será mucho andar.

—Ni yo—continuó Albina,—he podido todavía recorrerlo todo. Muchos rincones hay que me son aun desconocidos. Después de los años que hace que por allí me paseo, adivino que hay sitios desconocidos a mi alrededor, parajes en que la sombra debe de resultar más fresca, la hierba más blanda... Escucha, siempre me he imaginado que hay uno, sobre todo, en que querría pasar toda la vida. Se halla con seguridad en alguna parte; he debido de pasar a su vera, o tal vez se oculta tan lejos, que no he llegado hasta él en mis frecuentes correrías... ¿No te parece? Le buscaremos juntos, Sergio y viviremos allí.

—No, no cállate—balbuceó el joven.—No comprendo lo que me dices. Me haces morir.

Albina le dejó un instante llorar en sus brazos, inquieta, desolada, por no dar con las palabras que le pudiesen calmar.

—¿No es pues el Paradou tan hermoso como lo habías soñado?—siguió preguntándole.

Sergio apartó el rostro y contestó:

—Yo no lo sé. Era muy pequeño y he aquí que va creciendo siempre... Llévame, ocúltame.

Albina le volvió a la cama, tranquilizándole como a un niño, adormeciéndole con una mentira.

—Pues bien, no, no es verdad, no hay tal jardín. Es un cuento que te he contado. Duerme tranquilo.

V

Cada día le hizo sentar de igual manera delante de la ventana, en las horas de mayor frescura. Empezaba a atreverse a dar algunos pasos, apoyándose en los muebles. Sus mejillas aparecían con sonrosados matices y sus manos perdían la transparencia de cirio. Pero en aquella convalecencia, vióse asaltado por un estupor de los sentidos, que le condujo a la vida negativa de un pobre sér nacido el día anterior. Era tan sólo una planta, con la única impresión del aire en que se bañaba. Permanecía replegado sobre sí mismo, demasiado pobre de sangre aún para poder emplearla fuera, adhiriéndose a la tierra, para dejar que el cuerpo bebiera toda su savia. Era una segunda concepción, un lento desarrollo en el tibio huevo de la primavera. Albina, que hacía memoria de ciertas palabras del doctor Pascual, experimentaba un gran espanto, al verle permanecer así, niño, inocente, como alelado. Había oído referir que ciertas enfermedades dejan tras sí la demencia por toda locura. Y pasaba las horas contemplándole ingeniándose como las madres para sonreírle, para hacerle sonreír. Sergio no se reía aún. Cuando la joven le pasaba la mano por delante de los ojos, él no veía y ni siquiera seguía aquella sombra. Gracias que, cuando le hablaba, volviese ligeramente la cabeza del lado del ruido. Albina sólo tenía un consuelo, y era que se robustecía admirablemente y que resultaba un hermoso joven.

Entonces, durante una semana, prodigóse los cuidados más exquisitos. La joven tenía paciencia, en espera de que fuese ganando terreno. A medida que se aseguraba de ciertos despertares, se tranquilizaba y pensaba que los años harían de él un hombre; consistían en ciertos ligeros estremecimientos siempre que ella le tocaba. Una tarde, por último, se rió ligeramente. El día siguiente, después de haberle sentado junto a la ventana, bajó al jardín, en donde se puso a correr y a llamarle. Desaparecía bajo los árboles, atravesaba grandes espacios de sol, y volvía, jadeante y batiendo palmas. El, con los ojos vacilantes, no la vió desde el principio. Mas, como ella reanudase su carrera y jugando de nuevo al escondite, surgiendo tras de cada matorral, lanzándole un grito, Sergio concluyó por seguir con la mirada la blanca mancha bajo la ventana, con la cabeza en alto, tendiéndole los brazos e hizo como si quisiera ir donde ella estaba. Entonces subió y le besó llena de orgullo.

—¡ Ah! Me has visto, me has visto—gritó.—Quieres venir conmigo al jardín, ¿verdad que sí? ¡ Si supieses la pena que me das de algunos días a esta parte, haciendo el tonto, no viéndome ni oyéndome!...

Sergio parecía escucharla con un ligero malestar que le hacía doblar el cuello, con movimiento miedoso.

—Sin embargo, estás mejor—continuó.—Ya estás bastante fuerte para bajar, cuando así lo quieras. ¿Por qué no me dices ya nada? ¿Has perdido acaso la lengua? Ah, ¡vaya un nene! ¡Ya verán ustedes como me será preciso enseñarle a hablar!

Y, en efecto, se divertía nombrándole los objetos que él tocaba. No tenía más lenguaje que un balbuceo, duplicaba las sílabas y no pronunciaba palabra alguna con limpieza. Entretanto la joven empezaba a pasearle en la habitación; sosteníale y le llevaba de la cama a la ventana. Era un gran viaje, dos o tres veces estuvo a punto de dar con

su cuerpo en tierra, lo que la hacía reír. Un día se sentó en el suelo y ella necesitó Dios y ayuda para levantarlo. Después le hizo dar vueltas por la habitación, sentándole en el sofá, en los sillones, en las sillas, excursión por aquel pequeño mundo que necesitaba una hora larga. Por último pudo arriesgarse a dar algunos pasos solo. Albina se se ponía delante de él, con las manos abiertas, y retrocedía llamándole, de modo que atravesase la habitación para dar con el apoyo de sus brazos. Cuando se enfurruñaba, negándose a andar, la joven se quitaba la peineta y se la alargaba como si fuera un juguete. Entonces se acercaba a tomarla y permanecía tranquilo en un rincón, jugando horas tras horas con la peineta, con cuya ayuda se rascaba suavemente las manos.

Una mañana Albina encontró a Sergio en pie. Ya había logrado abrir un postigo, y trataba de andar sin apoyarse en los muebles.

—¡Miren ustedes el muy buen mozo!—dijo alegremente.—Mañana saltará por la ventana, si nadie se lo impide... Ahora nos sentimos ya del todo fuertes ¿eh?

Sergio contestó con risa infantil. Sus miembros habían recobrado la salud de la adolescencia, sin que sensaciones más conscientes se hubiesen despertado en él. Permanecía tardes enteras mirando al Paradou, con su mohín de niño que todo lo ve color de rosa y que tan sólo oye el estremecimiento de los rumores. Conservaba sus ignorancias de chiquitín, su tacto, tan poco práctico aún, que no le permitía distinguir el vestido de Albina de la tela de los viejos sillones. Y siempre era aquello una admiración, una sorpresa de ojos desmesuradamente abiertos que no comprenden, una vacilación de gestos de no saber ir a donde quieren, un comienzo de existencia, puramente instintivo, apartado del conocimiento del medio ambiente. El hombre no había nacido aún.

—Bueno, bueno, haz el animalito—dijo Albina.—Vamos a ver.

Se quitó la peineta y se la enseñó.

—¿Quieres mi peineta?—le preguntó,—pues ven por ella.

Después, cuando le hubo hecho salir de la habitación, retrocediendo, le pasó un brazo alrededor de la cintura y lo sostuvo, al bajar cada escalón. Y le entretenía, mientras volvía a ponerse la peineta, y le hacía cosquillas en el cuello con sus cabellos, lo que no le dejaba comprender que iba bajando. Pero, ya abajo, antes que ella hubiese abierto la puerta, tuvo miedo, al hallarse en las tinieblas del corredor.

—¡Mira, pues!—exclamó.

Y abrió la puerta de par en par.

Fué aquella una aurora repentina, un cortinaje de sombra descorrido bruscamente, dejando ver el día en su alegría matinal. El parque se abría, se extendía, en limpidez verde, fresca y profunda como un manantial. Sergio, encantado, permanecía en el umbral, con el vacilante deseo de tentar con el pie aquel lago de luz.

—Cualquiera diría que tienes miedo de mojar te—dijo Albina.—Anda, que la tierra está firme.

Habíase determinado a dar un paso, sorprendido de la suave resistencia de la arena. Aquel primer contacto con la tierra le producía una sacudida, un surgimiento de vida que le hizo erguirse un instante, creciéndose, suspirando.

—Vamos, valor—repitió Albina.—Ya sabes que me has prometido andar cinco pasos. Vamos hasta aquel moral que está bajo la ventana... Allí descansarás.

Y empleó un cuarto de hora en andar los cinco pasos. A cada esfuerzo, se detenía como si le hubiera sido preciso arrancar las raíces que le sujetaban al suelo. La joven, que le impulsaba, le dijo sonriendo:

—Pareces un árbol andando.

Y lo arrimó al moral, bajo la lluvia de sol que caía de las ramas. Luego le dejó, se alejó de un salto y le gritó que no se moviera. Sergio, con las manos pendientes, volvía lentamente la cabeza, en frente del parque. Era aquello como una vuelta a la infancia. Las pálidas verduras anegábanse en una savia de juventud, bañándose en dorada claridad. Los árboles permanecían infantiles, las flores revestían carnes de niño, las aguas aparecían azules con el cándido azul de hermosos ojos muy abiertos. Veíase hasta debajo de cada hoja, un despertar seductor.

Sergio se había detenido en un boquete amarillo que una ancha avenida presentaba delante de él, en mitad de una espesa planicie de follaje; al extremo, mirando a levante, praderas humedecidas de oro se asemejaban al campo de luz a donde descendía el sol, y él esperaba que la mañana eligiese aquella alameda para que llegase hasta él. Sentíala acercarse en un aliento tibio, muy débil en un principio, rozándole apenas la piel; después henchíase poco a poco, tan viva y tan penetrante, que hacía estremecer todos sus miembros. Saboreábala al venir, con sabor cada vez más preciso, llevándole el sano amargor del aire libre, poniendo en sus labios el regalo de los azucarados aromas, de los ácidos frutos, de los rumorosos bosques. Respirábala al venir con los perfumes que recogía en su carrera, el olor de la tierra, de las umbrosas selvas, todo un ramillete de perfumes, cuya violencia llegaba hasta el vértigo. Sentíala llegar, con el ligero volar del ave, rasando la hierba, sacando del silencio al jardín entero, prestando voces a lo que él tocaba, haciéndole resonar en los oídos la música de las cosas y de los seres. Veíala humedecidas de oro, en la actitud sonrosada, tan alegre, que alumbraba su camino con una sonrisa, grande a lo lejos como una mancha de claridad convertida, en pocos saltos, en el esplendor mismo del sol. Y la mañana fué a sacudir el moral en que

se apoyaba Sergio. El joven nació en la infancia de la mañana.

—¡Sergio, Sergio!—gritó la voz de Albina, escondida tras las altas matas del jardín.—No tengas miedo, estoy aquí.

Pero Sergio no tenía miedo ya. Nacía en el sol, en el baño aquel de pura luz que le inundaba. Nacía a los veinticinco años, con los sentidos bruscamente despertados, arrebatado ante el inmenso cielo, ante la tierra feliz, ante el prodigio del horizonte ostentado a su alrededor. Aquel jardín, que ignoraba la víspera, constituía una jubilación extraordinaria. Todo le colmaba de éxtasis, hasta la menuda hierba, hasta las piedras de los senderos, hasta las respiraciones que no veía y que le rozaban las mejillas. Su cuerpo entero entraba en posesión de aquel rincón de naturaleza, abrazábalo con sus miembros; bebíanlo sus labios, respirábanlo sus narices; llevábalo en sus oídos, ocultábalo en el fondo de sus ojos. Era de él. Las rosas del jardín, las altas ramas de la arboleda, las sonoras rocas con la caída de los manantiales, los prados en que el sol plantaba sus espigas de luz, le pertenecían. Luego cerró los ojos y se entregó a la voluptuosidad de volverlos a abrir lentamente, para sentir el deslumbramiento de un nuevo despertar.

—Los pájaros se han comido todas las fresas—dijo Albina, que acudía, desolada.—Toma, no he podido encontrar más que estas dos.

Pero se detuvo a algunos pasos mirando a Sergio con arrobada admiración, con el corazón conmovido.

—¡Qué hermoso eres!—exclamó.

Y se acercó más aún, quedándose allí, como anegada en él, murmurando:

—No te había visto nunca.

Con seguridad había crecido. Vestido con holgado traje, manteníase erguido, un tanto delgado aún, con los miembros esbeltos, cuadrado el pecho, redondeados los hombros. Su blanco cuello, cur-

tido en la cerviz, se movía con libertad, y echaba ligeramente atrás la cabeza. La salud, la fuerza, el poder se pintaban en su rostro. No se sonreía, hallábase como en reposo, con movimiento de boca serio al par que dulce, firmes las mejillas, abultada la nariz y con los ojos grises, limpidísimos, soberanos. Sus largos cabellos, que le ocultaban todo el cráneo, le caían sobre los hombros en negros bucles; mientras que su barba, rozábale ligeramente el labio y el mento, dejando ver lo blanco de la tez.

—¡Eres hermoso, eres hermoso!—repetía Albina lentamente, agachada delante de él y dirigiéndole cariñosas miradas.—Pero ¿por qué me pones ahora esa cara? ¿Por qué nada me dices?

El, sin contestarle, permanecía en pie. Tenía la vista en las lontananzas y no miraba a aquella niña a sus pies. Habló solo y dijo, fijándose en el sol:

—¡Cuán bella es la luz!

Y habríase dicho que aquella frase era una vibración del mismo sol. Apenas murmurada, cayó como un hálito musical, como un estremecimiento del calor y de la vida. Habían transcurrido algunos días desde que Albina no había vuelto a oír la voz de Sergio; y la encontraba cambiada, lo propio que a él. Parecíale que se extendía en el parque con más dulzura que el canto de las aves, con más autoridad que el viento que encorva las ramas; era reina, mandaba. Todo el jardín la oyó, aunque tan sólo había pasado como un soplo, y todo el jardín se estremeció por la alegría que le llevaba.

—Háblame—imploró Albina.—Jamás me has hablado así. Alla arriba, en la habitación, cuando no estabas mudo aún, hablabas con charloteo de niño... ¿En qué consiste que ya no conozco tu voz? Hace un instante creí que tu voz bajaba de los árboles, que me llegaba del jardín entero, que era uno de esos profundos suspiros que me turbaban de noche, antes que vinieras... Esecucha, todo se calla para volverte a oír hablar.

Pero él continuaba sin saber que allí estuviese. Y la joven se ponía más cariñosa.

—No, no hables si eso te fatiga. Siéntate a mi lado. Nos quedaremos sobre este césped hasta que vuelva el sol... Y, mira, he encontrado dos fresas. He tenido un gran disgusto. Los pájaros se lo comen todo. Hay una para ti, las dos si las quieres; o bien las partiremos por la mitad, para probarlas las dos... Me dirás: gracias, y así te oiré.

No quiso sentarse y rehusó las fresas, que Albina arrojó con despecho. Tampoco ella volvió a abrir los labios; habríale preferido enfermo como en los primeros días, cuando le ofrecía su mano por almohada y cuando le sentía renacer con el soplo con que le refrescaba el semblante. Maldecía la salud, que ahora le levantaba en la luz, semejante a un joven dios indiferente. ¿Iba a permanecer así, como si ella nada fuese? ¿No recobraría aún más la salud hasta verla y amarla? Y ella, que soñaba en volver a ser su curación, en acabar, con el soplo poder de sus manecitas aquella cura de segunda juventud... Bien veía que faltaba una llama en el fondo de sus grises ojos, que su belleza era pálida, semejante a la de las estatuas caídas sobre las ortigas del jardín. Entonces se levantó, le cogió por la cintura y le soplo en el cuello para ver de animarle. Pero en aquella mañana, Sergio no tuvo siquiera la sensación de aquel aliento que levantaba su sedosa barba. El sol había ya vuelto y fué preciso entrar en la casa. Ya en la habitación, Albina se echó a llorar.

Desde aquella mañana, el convaleciente dió todos los días un corto paseo por el jardín... Fué más allá del moral y fué hasta la orilla de la terraza, delante de la amplia escalera, cuyos rotos peldaños descendían hasta el jardín. Acostumbrábase al aire libre, cada baño de sol le dilataba el ánimo. Un castaño joven, nacido de una simiente caída entre dos piedras de la balaustrada, reventaba la resina de sus yemas y desplegaba sus abanicos de hojas

con menos vigor que él. Un día hasta quiso bajar la escalera; pero, engañado por sus fuerzas, había-se sentado sobre un peldaño, entre parietarias crecidas en las hendiduras de las losas. Más abajo, a la izquierda, distinguía un bosquecillo de rosas y allí era a donde soñaba ir.

—Espera un poco—decía Albina.—El perfume de las rosas es demasiado fuerte para ti. Nunca me he podido sentar bajo los rosales, sin sentirme fatigada, desvanecida de la cabeza, y con dulcísimo deseo de llorar... Anda, te llevaré bajo los rosales, y lloraré, pues es grande la tristeza que me causas.

VI

Una mañana, en fin, pudo sostenerle hasta abajo de la escalera, apartando con el pie la hierba que se le ofrecía al paso, para abrirle camino entre los rosales silvestres que atajaban los últimos escalones con sus flexibles brazos. Luego, pasito a pasito, se fueron al bosque de rosas. Era todo un bosque, con oquedales de altos rosales de tallo, ensanchados por ramas de follaje tan grandes como árboles, con rosales en matórral, enormes, semejantes a impenetrables tallares de jóvenes encinas. En otro tiempo, había existido allí la más admirable colección de plantas que se hubiera podido imaginar. Pero desde el abandono del jardín, todo había germinado a la ventura, el bosque virgen se había creado, el de rosas invadió los senderos, sumergiéndose en los bravíos renuevos y mezcló las variedades hasta tal punto, que rosas de todos perfumes y de todos colores, parecían abrirse sobre los mismos tallos. Rosales que se arrastraban, formaban en el suelo alfombras de musgo, mientras rosales trepadores se adherían a otros, como devoradoras hiedras, subían en haces de verdura y dejaban caer, a la menor brisa, la lluvia de sus deshojadas flores. Y habíanse trazado calles naturales en medio del bosque, estrechos senderos, anchas avenidas, seductores caminos cubiertos, en donde se caminaba a la sombra, entre perfumes. Llegábase por tal modo a enercujadas, a florestas bajo bóvedas de rositas en-

carnadas, entre paredes tapizadas de diminutas rosas amarillas. Ciertos rincones en donde daba el sol, brillaban como estofas de seda verde recamadas de vistosas manchas; ciertos rincones de sombra ofrecían recogimientos de alcoba, un aroma de amor, una tibieza de ramillete, palidecido en el seno de una mujer. Los rosales parecían tener acentos murmuradores; hallábanse cuajados de nidos que gorgeaban.

—Cuidemos de no perdernos—dijo Albina internándose en el bosque.—En una ocasión me perdí; el sol se había ya puesto cuando pude desembarazarme de los rosales que me sujetaban por las sayas a cada paso.

Mas, anduvieron apenas diez minutos, cuando Sergio, abrumado de cansancio, quiso sentarse. Se tendió y se durmió con profundo sueño. Albina, sentada a su lado, se quedó pensativa. Hallábanse al extremo de un sendero junto a un claro sin vegetación. El sendero se prolongaba muy a lo lejos, iluminado por los rayos del sol, y llegando al extremo opuesto por una angosta abertura redonda y azul. Otros cortos caminos cruzaban callejones de verdura sin salida.

El claro estaba compuesto de grandes rosales escalonados, subiendo con un derroche de ramas, un matorral de tales enredaderas espinosas, que espesos mantos de follaje se adherían en el aire, quedaban suspendidos y extendían de un arbusto a otro los lienzos de una tienda volante. Entre aquellos recortados trozos como de fino guipur, no se veían sino puntos de claridad imperceptibles, como un harnero de azul que dejase pasar la luz en impalpable polvo de sol. Y de la bóveda, a modo de girándolas, pendían espesos ramajes, gruesas gavillas sostenidas por el verde hilo de un tallo, brazadas de flores que bajaban hasta el suelo, a lo largo de alguna hendidura del techo, que se arrastraba, a la manera de un trozo de cortina arrancada.

Entretanto Albina miraba a Sergio dormir. Jamás le había visto en semejante postración de miembros, con las manos abiertas sobre el césped, cadavérico el semblante. Y tan muerto estaba así para ella, que pensó que podría besarle el rostro, sin que ni siquiera se percatara. Sobre su cabeza pendía un haz enorme, rozándole la cabellera, llevando rosas a sus cabellos, a sus orejas, a su nuca, echándole a los hombros un manto de rosas. Más arriba, bajo sus dedos, las rosas llovían, anchos y tiernos pétalos, que tenían la exquisita redondez, la pureza sonrosada de un seno de virgen. Las rosas, como nube de viviente nieve, ocultaban ya sus pies recogidos en la hierba; subíanle hasta las rodillas, cubriéndole la saya, anegándola hasta la cintura; mientras que tres hojas de rosas extrañadas, volando hasta su corpiño, al nacimiento del seno, parecían llevar allí tres cabos de su adorable desnudez.

—¡Ah, perezoso!—murmuraba, dominada por el aburrimiento, juntando dos puñados de rosas y arrojándolos a la cara de Sergio para despertarle.

Permaneció embotado, con rosas que le cubrían ojos y boca, lo que hizo reír a Albina. Inclinóse y le besó de todo corazón ambos ojos, y como soplando sus besos para hacer que volaran las rosas; pero las rosas se le quedaban en los labios, lo que le ocasionó una risa más sonora, regocijada por aquella caricia de las flores.

Sergio se había incorporado lentamente. Mirábala, sobrecogido de admiración y como aterrado de encontrarla allí. Y le preguntó:

—¿Quién eres, de dónde vienes y qué es lo que haces al lado mío?

La joven continuaba sonriendo, embelesada al verle así despertar. Entonces Sergio pareció hacer memoria, y continuó con un gesto de confianza feliz:

—Ya sé, tú eres mi amor, tú vienes de mi carne y esperas a que te tome en mis brazos, para que no

formemos más que un sólo ser... Soñaba contigo. Estabas en mi pecho y te daba mi sangre, mis músculos, mis huesos. Y no sufría. Tú me tomabas la mitad del corazón, con suavidad tanta, que era una voluptuosidad para mí el partirme por tal modo. Buscaba lo que tenía de mejor, lo que tenía de más hermoso, para entregártelo. Si te lo hubieses llevado todo, te habría dado las gracias... Y me he despertado en cuanto has salido de mí; has salido por mis ojos y por mi boca, bien lo he sentido. Aparecías tibia, perfumada, tan amorosa, que tan sólo el estremecimiento de tu cuerpo es lo que ha hecho que me incorpore.

Albina, extasiada, escuchábale hablar. Veíale al fin, acababa de nacer por último, se restablecía por completo. La joven le suplicó que continuase, tendiéndole las manos.

—¿Cómo he podido arreglarme para vivir sin ti? —murmuró.—Pero si no vivía, era semejante a un animal aletargado... Pero ahora estás aquí. ¡Y tú no eres otra cosa que yo mismo! Escucha, es preciso que no me dejes nunca, pues tú eres mi aliento, te llevarías mi vida. Permaneceremos en nosotros mismos; tú estarás en mi carne, como yo en la tuya. Si llegase un día a abandonarte, sea yo el maldito, que mi cuerpo se seque como hierba inútil y nociva.

Cogióle las manos y le repetía con acento estremecido de admiración:

—¡Cuán hermosa eres!

Albina, en la polvareda de sol que caía, aparecía como la leche blanca, dorada apenas como un reflejo de la claridad del día. La lluvia de rosas en torno suyo, sobre ella, la bañaba de sonrosado color. Sus rubios cabellos, mal sujetos por el peine, componíanle la cabeza cual astro que va a su ocaso, cubriéndole el cuello con el desorden de sus últimos rizados flameantes. Llevaba un vestido blanco, que la dejaba desnuda, tan viviente aparecía sobre ella, tanto descubría sus brazos, su garganta, sus

rodillas. Mostraba su cutis inocente, desplegado sin bochorno como una flor perfumada con aroma propio. Crecía, no demasiado grande, flexible como la culebra, con redondeces suaves, con voluptuoso desarrollo de líneas, con toda la gracia de naciente euerpo, bañado aun de infancia, ya henchido de pubertad. Su prolongado rostro, de frente estrecha, de labios un tanto carnosos, reía con toda la tierna vida de sus ojos azules. Aparecía seria, sin embargo, con sus frescas mejillas, con su redondeada barba, tan naturalmente hermosas como los árboles son bellos.

—¡Y cuánto te amo!—dijo Sergio atrayéndola a sí.

Permanecieron el uno para el otro estrechados en sus brazos. No se besaban; habíanse cogido por la cintura, poniendo mejilla contra mejilla, unidos, mudos, y encantados de no ser ya sino uno. En torno suyo los rosales florecían; era aquella una florecencia loca, enamorada, llena de sonrosadas y blancas risas. Las vivientes flores se abrían como desnudeces, como corpiños que permitían ver los tesoros de los senos. Había allí rosas amarillas, deshojando doradas teces de muchachas bárbaras, rosas color de paja, rosas limón, de color de sol, todos los matices de las nucas perfumadas con el ámbar de los ardientes cielos. Después las carnes se suavizaban, los rosas de té despedían efluvios adorables, ostentando pudores ocultos, partes de cuerpo que no se exhiben, con finuras de seda, ligeramente azuladas por la red de las venas. La risueña vida del rosal se desplegaba en seguida: el blanco rosa, matizado apenas con un punto de laca, nieve de un pie de virgen, que toca el agua de un manantial; el rosa pálido, más discreto que la cálida blancura de una rodilla entrevista, que la claridad con que un brazo ilumina una ancha manga; el rosa franco, sangre bajo raso, hombros desnudos,

caderas desnudas, todo el desnudo de la mujer, acariciado por la luz; el rosa vivo, flores en capullos del seno, flores a medio abrir por los labios, exhalando el perfume de tibio aliento. Y los rosales trepadores, los grandes rosales de lluvia de flores blancas, vestían todas aquellas rosas, todas aquellas carnes, con el encaje de sus racimos, con la inocencia de su ligera muselina; mientras que acá y acullá, rosas color de heces de vino, negras casi, sangrientas, taladraban aquella pureza de desposada con una herida de pasión. Bodas de bosque odorífero, llevando las virginidades de mayo a las fecundidades de julio y de agosto; primer ignorante beso, cogido como un ramillete, en la mañana del matrimonio. Hasta en la hierba, rosas musgosas, con sus ropajes ascendentes de verde lana, esperaban al amor. A lo largo del sendero, estriado con rayos de sol, las flores andaban de acá para allá y se adelantaban rostros, llamando al paso las ligeras brisas. Bajo la desplegada tienda del claro, todas las sonrisas resplandecían. Ni un solo descogimiento de las flores se parecía. Las rosas tenían sus peculiares modos de amar; unas no consentían sino en entreabrir sus capullos, en extremo tímidas, con el corazón ruboroso, al paso que otras, con el corsé desatado, anhelantes, del todo abiertas, parecían deslucidas, locas por sus cuerpos hasta el punto de morir. Habíalas pequeñas, avispadas, alegres, yéndose una tras otra, con la escarapela en el sombrero; enormes, reventando de atractivas, con redondeces de sultanas cebadas; desvergonzadas, con aspecto de mujercuelas, coquetamente despechugadas, ostentando blanqueados pétalos de polvo de arroz; honestas, descotadas como burguesas en su punto; aristocráticas, de elegancia flexible, de permitida originalidad, inventando trajes de trapillo. Las rosas abiertas en forma de copa, ofrecían su aroma como en un cristal precioso; las rosas, caídas en forma de urna, lo dejaban caer gota a gota; las rosas redondas, semejantes a coles, lo exhalaban con

hálito regular de flores adormecidas; las rosas en capullo apretaban sus hojas, no entregando todavía sino el vago suspiro de su virginidad.

—¡Te amo, te amo!—repetía Sergio en apagado acento.

Y Albina era una gran rosa, una de las rosas pálidas, abiertas en la mañana. Tenía los pies blancos, las rodillas y los brazos sonrosados, la nueca rubia, el seno adorablemente cruzado de venas, pálido, de exquisita humedad. Era bien oliente y alargaba unos labios que ofrecían en copa de coral su perfume débil aún. Y Sergio la respiraba, oprimiéndola contra el pecho.

—¡Oh!—le dijo sonriendo,—no me haces mal; puedes estrecharme a todo tu sabor.

Sergio quedó extasiado con su risa, semejante al cadencioso gorgojo de un pájaro.

—Tú eres quien canta así; nunca lo oí tan dulce... Eres mi alegría.

Y ella reía, con mayor sonoridad, con argentinas notas de flauta, muy agudas, que se perdían en una disminución de sonidos graves. Era una risa sin fin, un arrullo de garganta, una música sonora, triunfante, que celebraba la voluptuosidad del despertar. Todo reía en aquella risa de mujer que nacía a la belleza del amor, de las rosas del odorífero bosque, del Paradou entero. Hasta entonces había faltado un encanto al gran jardín, una voz de gracia que fuese la alegría viviente de los árboles, de las aguas, del sol. Ahora, el jardín aquél estaba dotado del encanto de la risa.

—¿Qué edad tienes?—le preguntó Albina, después de haber apagado su canto con una nota prolongada y moribunda.

—Pronto cumpliré veintiséis años—contestó Sergio.

Albina quedó admirada. ¡Cómo! ¡Tenía veintiséis años! El también quedaba sorprendido de haberle contestado así, con tanta facilidad. Parecía que no tenía ni un día, ni una hora.

—Y tú ¿cuántos años tienes?—preguntó él a su vez.

—Yo tengo dieciséis.

Y con voz vibrante se puso a repetir su edad, a cantar su edad. Se reía de tener dieciséis años, con tan deliciosa risa, que manaba como un hilito, de agua en un trémulo ritmo de la voz. Sergio la miraba muy de cerca, maravillado de aquella vida del reír, de que el rostro de la niña resplandecía. Conocíala apenas, con los hoyuelos de sus mejillas, con los labios arqueados, mostrando lá húmeda rosa de la boca, los ojos semejantes a pedazos de cielo azul, iluminándose con un despertar de astro. Cuando se retrepaba, le daba calor con su barba henchida de risa, que le apoyaba sobre el hombro.

Sergio extendió la mano y buscó maquinalmente tras de su cuello.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

Y haciéndole memoria, gritó:

—¡Quieres mi peineta! ¡Quieres mi peineta!

Entonces le dió la peineta y dejó caer las abundantes trenzas de su moño. Aquello parecía como una tela de oro desplegada; sus cabellos la vistieron hasta las caderas, y unos mechones que le descendieron por el pecho acabaron de vestirla regiamente. Sergio, al ver aquel súbito resplandecimiento, había lanzado un ligero grito. Besaba cada mechón y se quemaba los labios con aquella irradiación de sol en su ocaso.

Pero Albina entonces se consolaba de su prolongado silencio; hablaba, preguntaba, sin darse punto de reposo.

—¡Ah! ¡Cuánto me has hecho padecer! Ya no era nada para ti, pasaba los días, inútil, impotente, desesperándome, como persona que de nada sirve... Y, no obstante, los primeros días bien te había aliviado. Me veías, me hablabas... ¿No tienes presente cuando estabas acostado y que te dormías sobre mi hombro, murmurando que te producía un bienestar?

—No—dijo Sergio,—no, no me acuerdo... No te había visto nunca. Acabo de verte por la primera vez, hermosa, radiante, inolvidable.

La joven le golpeó las manos, llena de impaciencia y exclamando:

—¿Y mi peineta? Bien te acuerdas de que te la daba para sosegarte cuando te volviste niño... Hace un instante que la buscabas aún.

—No, no me acuerdo... Tus cabellos son una fina seda. Nunca había besado tus cabellos.

Albina se incomodó, precisó ciertos detalles, refirióle su convalecencia en la habitación del techo azul. Mas él, riéndose siempre, acabó por llevarle la mano a los labios, diciéndole con inquieto desmayo:

—No, cállate, no sé nada más, no quiero saber más... Acabo de despertarme y te he encontrado aquí llena de rosas. Esto basta.

Y volvió a estrecharla en sus brazos, por largo rato, soñando en alta voz y murmurando:

—Tal vez he vivido ya. Debe de hacer mucho tiempo... Yo te amaba en un doloroso sueño. Tenías los ojos azules, el rostro un poco largo, el aspecto de niña. Pero ocultabas tus cabellos con el mayor cuidado, bajo un lienzo; y yo no me atrevía a apartar aquel lienzo, porque tus cabellos eran de temer y me habrían ocasionado la muerte... Hoy tus cabellos son la dulzura misma de tu persona; ellos son los que conservan tu perfume, los que entregan tu dulcificada belleza, toda entera, en mis manos. Cuando los beso, cuando hundo así en ellos mi rostro, bebo la vida.

Y arrollaba los largos bucles en sus manos, oprimíalos contra sus labios, como para hacer salir de ellos toda la sangre de Albina. Al cabo de un silencio, prosiguió:

—Es extraño; antes de haber nacido, se sueña nacer... Yo me hallaba enterrado en alguna parte. Tenía frío. Oía agitarse por encima de mí la vida exterior. Pero me tapaba los oídos, desesperado,

acostumbrado a mi hoyo de tinieblas, saboreando alegrías terribles, no tratando siquiera de desprenderme del montón de tierra que me pesaba sobre el pecho... ¿En dónde estaba yo, pues? ¿Quién me ha traído por fin a la luz?

Hacía esfuerzos de memoria, en tanto que Albina, ansiosa, temía ahora que no se acordase. Tomó sonriendo, un mechón de cabellos y lo anudó al cuello del joven, atándolo así a ella. Este juego le hizo salir del desvarío de su mente.

—Tienes razón—dijo,—soy tuyo. ¿Qué importa lo demás? ¿No eres tú quien me ha sacado de la tierra? Yo debía de hallarme debajo de este jardín. Lo que oía eran tus pasos, apartando las pedruzuelas del sendero. Me buscabas y traías sobre mi cabeza gorgoros de aves, aromas de claveles, calores de sol... Y yo sospechaba que acabarías por encontrarme. Ya ves que te esperaba desde hace mucho tiempo; pero no esperaba que te dieras a mí sin el velo, con los cabellos desatados, con tus terribles cabellos, que en cosa tan dulce se han convertido.

La atrajo hacia él, sentándola sobre sus rodillas y acercando su rostro al de ella.

—No hablemos más. Estamos solos para siempre. Nos amamos.

Y permanecieron inocentemente en los brazos el uno del otro. Por gran espacio de tiempo aún, se olvidaron allí de todo. El sol se elevaba: un polvo de claridad más ardiente se desprendía de las altas ramas. Las rosas amarillas, las rosas blancas, las rosas coloradas, no eran sino una irradiación de su júbilo, una de sus maneras de sonreírse. Con seguridad habían hecho que se abrieran los capullos que les rodeaban. Coronábanles las rosas, dejando caer guirnaldas sobre sus cuerpos. Y el perfume de las rosas se hacía tan penetrante, tan fuerte de amorosa ternura, que parecía ser el perfume mismo de sus alientos.

Luego fué Sergio quien volvió a peinar a Al-

bina. Cogió sus cabellos a puñados, con encantadora torpeza, poniendo la peineta al revés en el enorme rodete que coronaba la cabeza. Así como así, quedaba admirablemente tocada. Sergio se levantó en seguida, tendióle las manos y la asió del talle para que se pusiese en pie. Ambos continuaban sonriendo, sin hablar. Y pasito a paso se alejaron por el sendero.

la blancura de la morena piel de Sergio. Paseaban lentamente, vestidos de sol; eran el sol mismo. Las flores, inclinándose, les adoraban.

En el jardín, prodújose entonces una gran emoción. El antiguo jardín les servía de escolta. Vasto campo abandonado, desarrollándose un siglo hacía, rincón del paraíso en donde el viento sembraba las flores más raras. La paz dichosa del Paradou, durmiendo en pleno sol, impedía la degeneración de las especies. Había siempre allí una temperatura uniforme, una tierra que cada planta había por tanto tiempo abonado, para vivir en el silencio de su fortaleza. La vegetación era enorme, soberbia, poderosamente inculta, llena de azares que ostentaban florecencias monstruosas, desconocidas a las azadas y a las regaderas de los jardineros. Abandonada a sí misma, libre de crecer sin mancilla, en el fondo de aquella soledad protegida por abrigos naturales, la naturaleza se entregaba más y más cada primavera, revestía deportes formidables y se recreaba en ofrecer todas las estaciones extraños ramilletes, que mano alguna había de coger. Parecía como si emplease cierto furor en trastornar lo que el esfuerzo del hombre había producido; rebelábase y lanzaba millares y millares de flores en medio de las alamedas, acometía los guijarros y conchas de las grutas con la ola que ascendía de los musgos, anudando los cuellos de las estatuas de mármol, que derribaba con auxilio de las flexibles cuerdas de sus plantas trepadoras; partía las losas de las fuentes, de las escaleras, de las terrazas, hundiendo en ellas los arbustos; se encaramaba hasta que era dueña de los menores parajes cultivados, amasándolos a su guisa, sembrada allí como bandera de rebelión, algún grano recogido en el camino, una humilde mata de que llegaba a hacer un árbol gigantesco. En otros tiempos, el jardín cultivado por un amo que tenía pasión por las flores, mostraba en acirates, en voladuras bien cuidadas, una maravillosa colección de plantas.

VII

Albina y Sergio entraron en el jardín. Ella le miraba con inquieto interés, temiendo que se cansara; pero él la tranquilizó con ligera sonrisa. Sentíase fuerte para llevarla a donde ella quisiera ir. Cuando se halló en plena luz del sol, lanzó un suspiro de alegría. Vivía por fin; no era ya aquella planta sumisa a las agonías del invierno. ¡Qué tierno agradecimiento! Habría querido evitar a los piecitos de Albina la aspereza de las avenidas; soñaba con llevarla al cuello, como al niño a quien su madre duerme. Como celoso guardián, ya la protegía, apartaba las piedras y las zarzas, y velaba para que el viento no robase a sus adorables cabellos las caricias que a él tan sólo pertenecían. Albina se había acurrucado en sus hombros, se abandonaba, llena de serenidad.

Así fué como Albina y Sergio anduvieron a la claridad del día por la primera vez. La pareja dejaba en pos de sí un grato perfume; producía un estremecimiento al sendero, mientras que el astro rey desarrollaba una alfombra de oro bajo sus pasos. Avanzaba, semejante a un embeleso, entre los grandes y floridos matorrales, tan deseable, que las alamedas separadas a lo lejos, le llamaban y le saludaban con murmurio de admiración, como las multitudes saludan a los reyes por largo tiempo esperados. Formaban tan sólo un sér soberanamente bello. El terso cutis de Albina no era sino

Ahora se encontraban estas mismas, pero perpetuadas, aumentadas en familias tan innumerables, corriendo tal hopeo en los cuatro ángulos del jardín, que éste no era más que un alboroto, una escuela novillera golpeando las paredes, un hogar respetuoso, en que la ébria naturaleza exhalaba hipos de verbena y clavel.

Era Albina la que conducía a Sergio, aunque pareciese que ella se entregaba a él, débil y apoyándose en su hombro. Empezó por llevarle a la gruta. En el fondo de un macizo de chopos y de sauces, ofrecíase un derrumbamiento de conchas y caracoles, medio hundidas en el suelo, bloques de rocas tumbadas en el redondo pilón de una fuente, con chorrillos de agua que corrían a través de las piedras. La gruta desaparecía con el asalto de la hojarasca. En la parte baja, hileras de malva rosa parecían impedir la entrada con una verja de flores encarnadas, amarillas, malva, blancas, cuyos tallos se escondían en ortigas colosales, de bronceado verde, sudando tranquilamente las quemaduras de su veneno. Convertíase después aquello en un arranque prodigioso, que trepaba en algunos saltos; los jazmines, estrellados con sus suaves flores; las glicinas, con hojas de delicado encaje; las espesas hiedras, recortadas como barnizado palastro; las flexibles madreselvas, acribilladas con sus briznas de coral pálido; las amorosas elemátidas, alargando sus brazos, empenachadas con airones. Y otras plantas, más delicadas, enlazábanse también con aquéllas, estrechándolas más aún y tejiéndolas con aromática trama. Las capuchinas, de verdosas y desnudas carnes, abrían sus bocas de oro rojo. Las judías de España, recias como delgados bramantes, llevaban de sitio en sitio el incendio de su vivo centelleo. Los volúbilis ensanchaban el recortado corazón de sus hojas, tocando con sus millares de campanillas, un silencioso repique de colores exquisitos. Guisantes de olor, semejantes a bandadas de mariposas posadas, reflejaban sus leo-

nadas alas, sus alas de rosa, prontas a dejarse llevar más lejos, al primer soplo de viento. Cabellera inmensa de verdura, sembrada con lluvia de flores, cuyos mechones desbordaban por todos lados, huía con desmelenamiento loco, haciendo pensar en alguna gigantesca doncella, desfallecida allá lejos sobre la espalda, y echando atrás la cabeza en un espasmo de pasión, en una cascada de opulentos cabellos, ostentados como una charea de perfumes.

—Nunca me he atrevido a entrar en esa obscuridad—dijo Albina al oído de Sergio.

El le dió ánimo y la condujo por encima de las ortigas; y como un peñasco cerrase el umbral de la gruta, la sostuvo por un instanté en pie, en sus brazos, para que pudiese inclinarse sobre el agujero abierto a algunos pies del suelo.

—Hay—murmuró la joven,—una mujer de mármol tumbada a lo largo en el agua corriente. El agua le ha desgastado la cara.

Entonces él á su vez quiso mirar. Apoyado en los puños, pudo levantarse. Una bocanada fresca le llegó hasta las mejillas. En mitad de los juncos y de las lentejas acuáticas, en el rayo de luz que se deslizaba del agujero, la mujer se hallaba echada de espaldas, desnuda hasta la cintura, con un ropaje que le cubría los muslos. Era alguna ahogada de hacía cien años, el lento suicidio de un mármol que las penas habían debido dejar caer en el fondo de aquel manantial. La límpida corriente que se deslizaba sobre ella, había hecho de su cara una piedra lisa, una blancura sin rostro, mientras que ambos sus senos, como levantados por fuera del agua por un esfuerzo de la nuca, permanecían intactos, vivientes aún, henchidos por antigua voluptuosidad.

—No está muerta—dijo Sergio volviendo a bajar.—Será preciso que un día se la venga a sacar de ahí.

Pero Albina, que sentía un escalofrío, lo apartó de allí. Volvieron al sol, en el descarro de las pla-

tabandas y de las canastillas. Andaban a través de un prado de flores, a su capricho, sin camino trazado. Sus pies tenían por alfombra encantadoras plantas, plantas enanas que antaño bordeaban las alamedas, y ogaño extendidas en prado, sin fin. A veces desaparecían hasta las tobillos en la mosqueada seda, en las rosadas silenias, en el apenachado raso de los claveles mimosos, en el aterciopelado azul de los miosotis, acribillados de ojuelos melancólicos. Más allá atravesaron resedas gigantes que les llegaban a las rodillas como baño de aromas; cruzaban por un campo de lirios del valle, para no destruir un inmediato campo de violetas, tan suaves, que temblaban al tener que pisar el menor ramo de ellas; después, impelidos por todos lados, no teniendo ya sino violetas a su alrededor, veíanse constreñidos a irse a paso lento por aquella embalsamada frescura, en medio del aliento mismo de la primavera. Más allá de las violetas, la verde lana de las lobelias se desarrollaba, con cierta rudeza, salpicada de color malva claro; las tornasoladas estrellas de las colagenoidas, las azules copas de las memófilas, las amarillas cruces de las saponarias, las cruces rojas y blancas de la pareja, un regio lujo de matices, para que se adelantara sin fatiga en la alegría de su primera excursión. Y eran siempre las violetas las que se ofrecían a la continua, un mar de violetas que acudían de todas partes, derramando a sus plantas los delicados perfumes, acompañándoles con el aliento de sus flores escondidas bajo las hojas.

Albina y Sergio se perdían. Millares de plantas, de más elevados tallos, construían setos, disponían estrechos senderos, que se complacían en reconocer. Las veredas se hundían con bruscos recodos, se embrollaban y enredaban cabos de enmarañados sotos: los ageratos de penachitos azul celeste; las asperulas, de delicado olor de almizcle; múmulos, exhibiendo gargantas cobrizas puntuadas con cinabrio; flojes escarlatas, flojes violetas, soberbios,

irguiendo copos de flores que el viento hilaba; linos rojos de hebras delgadas como cabellos; crisantemos semejantes a lunas llenas, lunas de oro, asestando cortos rayos descoloridos, blancuzcos, violáceos, rosáceos. La pareja pasaba por encima de los obstáculos y proseguía su marcha feliz, entre ambos setos de verdura. A la derecha subían las fraginelas ligeras, los centrantos deshaciéndose en inmaculada nieve, los cenicientos cinoglosos, llevando una gota de rocío en cada uno de los minúsculos capullos de sus flores. A la izquierda veíase una larga calle de guileñas, todas las variedades de la guileña o pajarilla, las blancas, las rosa pálido, las violetas oscuras, casi negras, de enlutada tristeza, dejando pendientes de un ramillete de altos tallos, sus pétalos plegados y estampados como un crespón. Y más allá, a medida que avanzaban, los setos cambiaban, alineaban sus floridos troncos, de pies de alondra enormes, perdidos en el rizado de las hojas, dejando pasar las abiertas fauces de los antininos leonados, levantando el delgado follaje de los esquizantos, henchidos de un mariposeo de flores con alas de azufre, tachonadas de tierna laca. Las campanulas corrían, lanzando a todo vuelo sus azules campanillas, hasta la cima de los grandes asfodelos, cuyo fuste de oro les servía de campanario. En un rincón, un hinojo gigante asemejábase a una dama vestida de finísimo guipur dejando caer su sombrilla de raso verde de agua. Después, de repente, la pareja se encontraba en el fondo de un callejón sin salida; no les era dado adelantar, un montón de flores cerraba el sendero, un surgimiento tal de plantas, que ponía allí como una piedra de molino con penacho triunfal. En la parte baja los acantos construían escarlatas, rodantes, cuyos secos pétalos tenían resquebrajaduras de papel pintado, clarquias de grandes cruces blancas, trabajadas, semejantes a las cruces de orden bárbaro. Más arriba, se abrían las rosadas viscarías, las leptosifonias amarillas, las colinsias blancas, los laguros

plantando entre los colores vivos sus penachos de verde ceniciento. Más arriba aún, digitales encarnadas, altramuces azules, se elevaban en delgadas columnitas y suspendían una rotunda bizantina, pintarrajeada de púrpura y de azul; en tanto que en todo lo alto una colosal higuera infernal, de sanguinosas hojas, parecía ampliar una cúpula de bruñido cobre.

Y como Sergio extendiese ya las manos, queriendo pasar, Albina le rogó que no hiciese daño a las flores.

—Troncharías las ramas y aplastarías las flores —le dijo.—Desde los muchos años que hace que vivo aquí, buen cuidado he tenido de no causar daño a nadie... Ven y te enseñaré los pensamientos.

Y le obligó a volver atrás, llevándole fuera de los estrechos senderos, al centro del jardín, en donde en otro tiempo había grandes fuentes. Los pilones llenos hasta arriba, no eran ya sino enormes jardineras, con bordes de mármol descantillados y rotos. En una de las más espaciosas el viento había sembrado una maravillosa canasta de pensamientos. Las aterciopeladas flores parecían vivas, con sus bandas de violáceos cabellos, sus ojos amarillos, sus bocas más pálidas y sus delicadas barbas color de carne.

—Cuando era más niña, me causaban miedo—murmuró Albina. Míralas. ¿No se las tomaría por millares de caritas que están mirando a flor de tierra? Y vuelven sus rostros, todas a la vez. Diríase que son muñecas enterradas, que sacan la cabeza.

Le arrastró de nuevo, para dar la vuelta a las demás fuentes. En el pilón más próximo, habían surgido amarantos, erizando crestas monstruosas que Albina no era osada a tocar, figurándose las gigantescas orugas sangrientas. Las balsaminas, amarillo de paja, flor de melocotón, gris de lino, blanco tirando a rosa, llenaban otro tazón, en que los resortes de sus granos estallaban con ligeros rui-

dos secos. Después, en medio de los restos de una fuente, veíase una colección de espléndidos claveles: los claveles blancos se desbordaban del musgoso receptáculo, claveles empenachados plantaban en las grietas de las piedras la mezcla de sus encajes de muselina recortada; mientras que en el fondo de las fauces del león que en otros tiempos arrojaba el agua, florecía una gran mata de claveles, en tan vigorosas haces, que el viejo león mutilado parecía ahora escupir salpicaduras de sangre. Y, al lado, la pieza de agua principal, antiguo lago en que habían nadado los cisnes, se había convertido en un bosque de lilas, a cuya sombra, las cuarentenas, las verbenas, los dondiegos de un día, protegían sus delicados matices, medio dormidas, humedecidas de aromas.

—Y no hemos recorrido ni la mitad del jardín! —dijo Albina con orgullo.—Allá abajo están las grandes flores, los campos en que desaparezco por completo, como perdiz en un campo de trigo.

Allí se fueron. Bajaron una ancha escalinata, cuyos jarrones volcados, parecían arder aun con las altas llamas violetas de los lirios. A lo largo de los escalones corría como un arroyo de alélie, semejante a una sábana de oro líquido. Unos cardos, a ambos lados, plantaban candelabros de bronce verde delgados, erizados, encorvados como picos de aves fantásticas, de extraño arte, de elegancia de pebetero chino. Unos sedos, entre balaustres destruidos, dejaban colgar rubias trenzas, cabelleras verdosas de río manchadas de moho. Luego, aún más abajo, se extendía un segundo jardín, cortado con gigantescos bojés como encinas, antiguos bojés correctos, recortados en otro tiempo en forma de bolas, de pirámides, de torres octogonales, y hoy en magnífico desorden, con grandes harapos de verdura sombría, cuyos agujeros dejaban ver pedazos de cielo azul.

Y Albina llevó a Sergio, a la derecha, a un campo que era como el cementerio. Las escabiosas mos-

traban allí su luto. Cortejos de adormideras andaban en fila, hediendo a muerte y abrigando sus toscas flores con brillo febril. Trágicas anémonas formaban muchedumbres desoladas, magullada la tez, terrosas por algún hálito epidémico. Rechonchas daturas extendían sus cuernecillos violáceos, en donde los insectos, hastiados de la vida, iban a beber la ponzoña del suicidio. Caléndulas, bajo sus follajes obstruidos, enterraban sus flores, cuerpos de estrellas moribundas, exhalando ya la peste de su descomposición. Y había todavía allí otras tristezas: los carnosos renúnculos, color de metal oxidado; los jacintos y las tuberosas, exhalando la asfixia, moríanse en su mismo perfume. Pero sobre todo las cinerarias dominaban, todo un desarrollo de cinerarias que paseaban el medio luto de sus ropajes de los colores violeta y blanco, ropajes de terciopelo rayado, de terciopelo liso, de rica severidad. En mitad del melancólico campo, un amorcillo de mármol permanecía en pie, mutilado, con el brazo que sostenía el arco caído en las ortigas, sonriendo aun bajo los líquenes, a quienes hacía tiritar su desnudez de niño.

Luego Albina y Sergio entraron hasta la cintura en un campo de peonías. Las blancas flores estallaban, con lluvia de largos pétalos, que les refrescaban las manos, semejantes a anchas gotas de lluvia tempestuosa. Las flores coloradas ofrecían rostros apopléticos, cuya enorme risa les inquietaba. Llegaron, a la izquierda, hasta un campo de fúcsias, un soto de flexibles arbustos, sueltos, que les entusiasmaron como juguetes del Japón, provistos de un millón de campanillas. Acto seguido atravesaron campos de verónicas con racimos color de violeta, de geráneos y de pelargonios, sobre los cuales parecían correr llamaradas ardientes, el rojo, el rosa, el blanco incandescente de un brasero, reanimado sin cesar por las menores brisas. Tuvieron que descorrer cortinajes de glaiolos, tan grandes como cañaverales, erigiendo tallos sin hojas, cu-

biertos de flores, que ardían en la claridad, con riquezas de llama de antorchas encendidas. Extraviáronse en medio de un bosque de tornasoles, un arbolado compuesto de troncos tan gruesos como la cintura de Albina, obscurecido por hojas toscas, tan anchas como para poder acostar un niño, poblada de gigantescos rostros, de rostros de astro, resplandecientes como otros tantos soles. Y llegaron por último a otro bosque, a un bosque de rododendros, con tal profusión de flores, que ni las ramas ni las hojas se veían, ostentando sus monstruosos ramilletes, banastadas de tiernos cálices que se ensortijaban hasta el horizonte.

—Anda, aún no hemos llegado al fin—exclamó Albina.—Andemos, andemos sin parar.

Pero Sergio se detuvo. Hallábase entonces en el centro de una columnata derruida. Fustes de columnas fomaban bancos, entre las gavillas de primavera y de pervincas. A lo lejos, entre las columnas que habían quedado en pie, extendíanse otros campos de flores; campos de tulípanes con vivos penachos de fayenza pintada, campos de calceolarias, puntuadas de sangre y oro; de zifias senias, con pétalos suaves como batista de mujer, que deja ver el rosado eutis; más campos aún, hasta lo infinito, de los que ya no se conocían las flores, cuyas alfombras se ostentaban al sol, con el confuso abigarramiento de las espesuras violentas, anegadas en los tiernos verdores de las hierbas.

—Nunca podremos verlo todo—dijo Sergio—con la mano extendida y sonriendo.—Aquí es donde debe de resultar agradable el sentarse, con los aromas que ascienden.

Junto a ellos había un campo de heliotropos, con perfume de vainilla, tan dulce que transmitía al ambiente una aterciopelada caricia. Entonces se sentaron sobre una de las columnas tumbadas, en medio de un ramillete de soberbios lirios que habían brotado allí. Hacía más de una hora que andaban: de las rosas habían llegado a los lirios, a

través de toda clase de flores. Los lirios les ofrecían un refugio de candor, tras de su paseo de amantes, en medio de la ardiente solieitud de las suaves madreselvas, de las almizeladas violetas, de las verbenas que exhalaban el fresco aroma de un beso de las tuberosas respirando el espasmo de una mortífera voluptuosidad. Los lirios, de esbeltos tallos, llevábanlos a un pabellón blanco, bajo el nevado techo de sus cálices, regocijados tan sólo con las sutiles gotas de los pistilos. Y así permanecían, a modo de niños prometidos, soberanamente púdicos, como en el centro de una torre de pureza, de una torre de marfil inatacable, en donde no se amaban aún sino con todo el encanto de su inocencia.

Hasta la tarde, Albina y Sergio permanecieron entre los lirios. Hallábanse allí bien; acababan de nacer. Sergio perdía la postrera fiebre de sus manos. Albina volvíase del todo blanca, de un blanco de leche que ninguna rojez teñía de rosa. No vieron ya que tenían los brazos desnudos, el cuello desnudo, desnudos los hombros. Sus cabelleras no les perturbaban ya como exhibidas desnudeces. Unidos el uno al otro, se reían con franca y sonora risa, y sentían frescura al estrecharse. Sus ojos mantenían la límpida quietud del agua de nacimiento, sin que nada de impuro subiese de su carne para empañar el cristal. Eran sus mejillas atoreciopelados frutos, maduros apenas, en los que no pensaban morder. Cuando se alejaron de los lirios, aún no tenían diez años; parecían que acababan de encontrarse, solos en el fondo del gran jardín, para vivir allí en una amistad y en un juego eternos. Y, cuando de nuevo atravesaban el jardín, regresando a la hora del crepúsculo, no parecía sino que las flores se hacían más discretas, felices al verles tan jóvenes, no queriendo desmoralizar a aquellos niños. Los bosques de peonias, las canastillas de claveles, las alfombras de miosotis, las tapicerías de clemátidas, no agrandaban ya de-

lante de ellos una alcoba de amor, sumergidos como se hallaban en aquella hora en el ambiente de la noche, adormecidos en una infancia tan pura como la suya. Los pensamientos les contemplaban como amigos, con sus caritas de ingenuidad. Los resedás, languidecientes, rozados por la blanca saya de Albina, parecían llenos de compasión, evitando acelerar su fiebre con un soplo.

VIII

Al día siguiente, desde el amanecer, fué Sergio quien llamó a Albina. Dormía ésta en una habitación del piso superior, a donde, ni por soñación, se le ocurrió subir. Inclínose en la ventana y la vió que empujaba las persianas al echarse del lecho. Y ambos se rieron mucho al volverse a encontrar así.

—Hoy no saldrás—dijo Albina cuando hubo bajado.—Hay que descansar... Mañana quiero llevarte lejos, muy lejos, a una parte, en donde nos encontraremos muy a nuestro sabor.

—Pero vamos a aburrirnos—gruñó Sergio.

—¡Oh, no, no! Voy a contarte cuentos.

Y pasaron un día delicioso. Las ventanas estaban abiertas de par en par. El Paradou entraba, riendo con ellos, en la habitación.

Sergio tomó por fin posesión de aquella dichosa estancia, en donde se figuraba haber nacido. Quería verlo todo, que se le explicara todo. Los amorceillos de yeso, tumbándose unos a otros en extremo de la alcoba, le regocijaron hasta tal punto, que se subió en una silla para atar el cinturón de Albina al cuello del más pequeño, un chiquitín, con las nalgas al aire y la cabeza abajo, que hacía diabluras. Albina batía palmas y gritaba que se parecía a un saltón sujeto por un hilo. Luego, como compadecida:

—No, no, desátalo... Así no puede volar.

Pero lo que más vivamente llamó la atención de Sergio, fué los Amorceillos pintados sobre las puertas. Se enfadaba por no poder descifrar los juegos a que se entregaban, tan descoloridas se hallaban las pinturas. Con ayuda de Albina, arrastró una mesa, sobre la cual se encaramaron ambos. Albina daba explicaciones.

—Mira, estos de aquí echan flores. Bajo las flores no se ven sino tres piernas desnudas. Creo recordar que, al llegar aquí, pude distinguir todavía una dama tendida; pero desde entonces ha desaparecido.

Dieron vuelta a los pintados tableros, sin que nada de impuro les asaltase de aquellas indecencias de retrete de dama. Las pinturas que se desconchaban como un rostro acicalado del siglo décimo octavo, se hallaban lo bastante muertas para no dejar ver más que las rodillas y los codos de los cuerpos desfallecidos en una lujuria amable. Los detalles demasiado crudos, en los cuales parecía haberse deleitado el antiguo amor, y cuyo lejano perfume conservaba la alcoba, habían desaparecido, comidos por el aire libre; tanto y tan bien que la habitación, así como el parque, habían llegado de nuevo a verse vírgenes, bajo la sosegada aurora del sol.

—¡Bah! Son esos pilluelos que se divierten—dijo Sergio, bajando de la mesa.—¿Sabes acaso jugar a la gallina ciega?

Albina sabía jugar a todos los juegos; sólo que para jugar a la gallina ciega hay que ser tres cuando menos. Esto les hizo reír. Pero Sergio dijo que había bastante con dos, y juraron no ser nunca más que dos.

—Está uno enteramente en su casa, nada se oye—repuso el joven que se extendió sobre el canapé.—Y los muebles despiden un olor a viejo que resulta agradable... Se está aquí con tanto sosiego como en un nido. Esta es una habitación en donde se respira felicidad.

La joven movía seriamente la cabeza.

—Si hubiese sido medrosa—dijo bajito,—habría tenido mucho miedo en los primeros tiempos... Precisamente esta historia es la que te quiero contar. La he oído en la comarca; tal vez es una ficción, pero en fin, esto nos entretendrá.

—Hace años y años... El Paradou pertenecía a un rico señor que vino a encerrarse aquí con una mujer hermosísima. Las puertas de la quinta estaban tan bien cerradas, las paredes del jardín tenían tanta elevación, que nadie distinguía ni tanto así de las faldas de la dama.

—Sé—interrumpió Sergio,—que no ha vuelto a parecer por aquí.

Como Albina le mirase llena de sorpresa enfadada porque su historia fuese conocida, Sergio prosiguió a media voz, admirado él también.

—Tu historia ya me la has contado otra vez.

Albina protestó; después pareció pensarlo mejor y se dejó convencer; lo que no fué parte para que dejase de proseguir su relato en los siguientes términos:

—Cuando el señor se ausentó, tenía los cabellos blancos. Mandó tapiar todas las aberturas, para que nadie pudiese estorbar a la dama... La dama había muerto en esta habitación.

—¡En esta habitación!—exclamó Sergio.—Esto no me lo habías dicho... ¿Estás segura de que murió en esta estancia?

Albina se enfurruscó. Ella repetía lo que sabía todo el mundo. El señor había mandado construir el pabellón para alojar en él a aquella desconocida, que parecía una princesa. La gente de la quinta aseguraba que él pasaba allí los días y las noches. Con frecuencia también veíanlo en la avenida, acompañando los diminutos pies de la desconocida al fondo de las más oscuras enramadas. Mas por nada del mundo, alma alguna viviente se había atrevido a acechar a la pareja, que recorría el parque durante semanas enteras.

—Y fué aquí donde murió—repitió Sergio, con el espíritu trastornado.—Tomaste su habitación, te sirves de sus muebles y te acuestas en su cama.

Albina se sonreía.

—Sabes muy bien que no soy medrosa—y después todas estas cosas son ya tan viejas... La habitación te parecía rebosante de felicidad.

Calláronse y miraron por un instante la alcoba, el alto techo y los rincones de sombra gris. Existía como una ternura amorosa en los marchitos colores de los muebles; era aquello como un discreto suspiro del pasado, de resignación tal, que parecíase todavía a un tibio agradecimiento de mujer adorada.

—Sí—murmuró Sergio,—no se puede tener miedo; es sobrado tranquilo.

Y Albina repuso acercándose a él:

—Lo que pocas personas saben es que habían descubierto en el jardín un paraje de completa felicidad, en donde concluían por vivir todas las horas de su vida... Por mi parte, esto lo sé de muy seguro origen... Un lugar de fresca sombra, oculto en el fondo de impenetrables breñas, tan maravillosamente bello, que se olvida allí el mundo entero. La dama ha debido ser enterrada allí.

—¿Y está eso en el jardín?—preguntó Sergio con curiosidad.

—¡Ah! No lo sé, no lo sé—dijo la joven como desalentada.—He buscado por todas partes, y en parte alguna he podido dar con esa floresta feliz... No está ni en las rosas, ni en los lirios, ni en la alfombra de las violetas.

—¿Será quizás aquel rincón de flores tristes, en donde me mostraste un niño en pie, con el brazo roto?

—No, no.

—Tal vez se halla en el fondo de la gruta, cerca de aquella agua clara, en donde se ahogó aquella gran mujer de mármol, que ya no tiene rostro...

—No, no.

Albina se quedó un instante pensativa. Después continuó, como si hablase consigo misma:

—Desde los primeros días me puse a rastrear. Si pasé días enteros en el Paradou, si registré los menores rincones de verdura, fué tan sólo para sentarme por espacio de una hora en medio de la floresta. ¡Qué de mañanas he perdido inútilmente; deslizándome por entre las zarzas, para registrar los sitios más recónditos del parque!... ¡Oh! Pronto le habría descubierto, aquel encantado retiro, con su árbol inmenso, que debe de cubrirlo con techo de follaje, con su fina hierba como alfombra de seda, con sus paredes de ramaje verde, que ni los mismos pájaros pueden atravesar!

Y echó uno de sus brazos al cuello de Sergio, alzando la voz y suplicándole:

—Dime: ahora somos dos, buscaremos, encontraremos... Tú que eres fuerte, apartarás las gruesas ramas por delante de mí, para que yo vaya hasta el fondo de las malezas. Cuando me sienta cansada, me llevarás en brazos; me ayudarás a saltar los regatos, y subirás a los árboles, si llegamos a perder la senda... Y ¡qué alegría cuando podamos sentarnos el uno al lado del otro, bajo el techo de follaje, en el centro de la floresta! Hánme contado que un minuto basta para vivir allí toda una vida... ¿Qué te parece, mi buen Sergio? Desde mañana, partiremos y registraremos el parque, matojo por matojo, hasta que hayamos satisfecho nuestro deseo.

Sergio se encongó de hombros sonriendo.

—¿Para qué?—dijo.—¿No se está bien en el parque? Habrá que quedarse con las flores, sin que tengamos que buscar más lejos una felicidad mayor.

—Allí es en donde la muerta está enterrada—masculló Albina, volviendo a su abstracción.—Fué el gozo de haberse sentado allí lo que la mató. El árbol posee una sombra cuyo encanto hace morir... Y yo de buena gana me moriría así también. Nos

acostaríamos en brazos uno del otro; quedaríamos muertos y nadie nos volvería a encontrar.

—No, cállate, me angustias—interrumpió Sergio con inquietud.—Quiero que vivamos al sol, lejos de esta sombra mortal. Tus palabras me turban, como si nos impeliesen a algún infortunio irreparable. Debe de estar prohibido el sentarse bajo un árbol, cuya sombra produce tal escalofrío.

—Sí, está prohibido—dijo gravemente Albina.—Todas las personas de la comarca me han dicho que estaba prohibido.

Reinó un instante de silencio. Sergio se levantó del canapé en que se había quedado tendido. Reíase y aseguraba que los cuentos no le hacían feliz. El sol marchaba a su ocaso, cuando Albina accedió por último a bajar un instante al jardín. Condújole a la izquierda, a lo largo de la tapia de cerca, hasta un campo de escombros, erizado todo de zarzas. Era el antiguo emplazamiento de la quinta, negra aún por el incendio que había echado abajo las paredes. Bajo las zarzas, piedras quemadas se hundían y armazones de madera desplomados se podrían. Habriase tenido aquello por un rincón de peñas estériles, atormentado, giboso, cubierto de ruda hierba, con trepadoras lianas que se introducían por toda hendidura como culebras. Y ambos se regocijaron al atravesar en todas direcciones aquella hondonada, bajando al fondo de los huecos, hurgando los vestigios y procurando adivinar algo de aquel pasado de cenizas. No se confesaban uno a otro su curiosidad y se perseguían en medio de los pavimentos destrozados y de los derribados tabiques; pero, a decir verdad, no pensaban sino en las leyendas de aquellas ruinas, en aquella dama más hermosa que la luz del día, que había arrastrado su ropaje de seda por aquellos peldaños, en donde tan sólo los lagartos podían ahora pasearse perezosamente.

Sergio acabó por fijarse en la cima del montón de escombros, mirando al parque, que desarrolla-

ba sus inmensos espacios de verdura, buscando entre los árboles la mancha gris del pabellón. Albina se callaba, en pie a su lado, volviendo a ponerse seria.

—El pabellón está allí, a la derecha—dijo sin que él le preguntase.—Es cuanto queda de las construcciones... ¿Lo ves bien, al extremo de aquel cubierto de tilos?

Y guardaron nuevo silencio. Y como continuando en voz alta las reflexiones que ambos mentalmente se hacían, la joven repuso:

—Cuando él iba a verla, debía de bajar por esta avenida; luego daría la vuelta por los grandes castaños y penetraría bajo los tilos... Apenas necesitaría un cuarto de hora.

Sergio no desplegó los labios. Cuando emprendieron el regreso, bajaron la avenida, dieron vuelta a los grandes castaños y penetraron bajo los tilos. Era como un camino de amor. Sobre la hierba, parecía que buscaban huellas de pasos, un rizo de cinta caído, un hábito de antiguo perfume, algún indicio que les demostrase con claridad que se encontraban seguramente en el sendero que conducía a la jubilación de hallarse juntos. La noche se acercaba y del parque se exhalaba una gran voz moribunda que les llamaba desde el fondo de las enramadas.

—Espera—dijo Albina cuando estuvieron ante el pabellón.—No irás arriba hasta dentro de tres minutos.

Huyó alegremente y se encerró en la habitación del techo azul. Luego, después de haber dejado que Sergio llamase dos veces a la puerta, la entreabrió discretamente y le recibió con una reverencia a la antigua usanza.

—Buenos días, mi querido señor—le dijo besándole.

Aquello les divirtió en extremo. Jugaron a los enamorados, con puerilidad de galopines. Balbucearon la pasión que en otros tiempos había ago-

nizado allí. Aprendíanla como lección que masculaban por modo adorable, sin saber besarse en los labios, buscándose las mejillas y acabando por bailar el uno ante el otro, riendo a carcajadas, por no saber testimoniar de otro modo el placer que saboreaban al amarse.

IX

A la mañana siguiente, Albina quiso salir, en cuanto apuntó el sol para el gran paseo que estaba disponiendo desde la víspera. Llena de alegría, daba pataditas en el suelo, diciendo que no estarían de regreso en todo el día.

—¿A dónde vas a llevarme?—preguntó Sergio.

—Ya verás, ya verás.

Mas él la cogió por las muñecas y la miró a la cara.

—Hay que tener juicio ¿verdad? No estoy para que vayas en busca de tu floresta, ni de tu árbol, ni de tu hierba, en donde se muere. Ya sabes que esto está prohibido.

La joven se ruborizó ligeramente, protestando y diciendo que ni por soñación pensaba en aquello. Después agregó:

—No obstante, si encontrásemos, sin buscar, por pura casualidad, por ventura ¿no llegarías a sentarte?... Es muy poco lo que me quieres.

Partieron y atravesaron el jardín en derechura, sin detenerse al despertar de las flores, sin disfraz en su baño de rocío. La mañana aparecía con sonrosados matices, con sonrisa de hermoso niño, que abre los ojos en medio de la blancura de su almohada.

—¿A dónde me llevas?—repitió Sergio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTERREY, MEXICO

ba sus inmensos espacios de verdura, buscando entre los árboles la mancha gris del pabellón. Albina se callaba, en pie a su lado, volviendo a ponerse seria.

—El pabellón está allí, a la derecha—dijo sin que él le preguntase.—Es cuanto queda de las construcciones... ¿Lo ves bien, al extremo de aquel cubierto de tilos?

Y guardaron nuevo silencio. Y como continuando en voz alta las reflexiones que ambos mentalmente se hacían, la joven repuso:

—Cuando él iba a verla, debía de bajar por esta avenida; luego daría la vuelta por los grandes castaños y penetraría bajo los tilos... Apenas necesitaría un cuarto de hora.

Sergio no desplegó los labios. Cuando emprendieron el regreso, bajaron la avenida, dieron vuelta a los grandes castaños y penetraron bajo los tilos. Era como un camino de amor. Sobre la hierba, parecía que buscaban huellas de pasos, un rizo de cinta caído, un hábito de antiguo perfume, algún indicio que les demostrase con claridad que se encontraban seguramente en el sendero que conducía a la jubilación de hallarse juntos. La noche se acercaba y del parque se exhalaba una gran voz moribunda que les llamaba desde el fondo de las enramadas.

—Espera—dijo Albina cuando estuvieron ante el pabellón.—No irás arriba hasta dentro de tres minutos.

Huyó alegremente y se encerró en la habitación del techo azul. Luego, después de haber dejado que Sergio llamase dos veces a la puerta, la entreabrió discretamente y le recibió con una reverencia a la antigua usanza.

—Buenos días, mi querido señor—le dijo besándole.

Aquello les divirtió en extremo. Jugaron a los enamorados, con puerilidad de galopines. Balbucearon la pasión que en otros tiempos había ago-

nizado allí. Aprendíanla como lección que masculaban por modo adorable, sin saber besarse en los labios, buscándose las mejillas y acabando por bailar el uno ante el otro, riendo a carcajadas, por no saber testimoniar de otro modo el placer que saboreaban al amarse.

IX

A la mañana siguiente, Albina quiso salir, en cuanto apuntó el sol para el gran paseo que estaba disponiendo desde la víspera. Llena de alegría, daba pataditas en el suelo, diciendo que no estarían de regreso en todo el día.

—¿A dónde vas a llevarme?—preguntó Sergio.

—Ya verás, ya verás.

Mas él la cogió por las muñecas y la miró a la cara.

—Hay que tener juicio ¿verdad? No estoy para que vayas en busca de tu floresta, ni de tu árbol, ni de tu hierba, en donde se muere. Ya sabes que esto está prohibido.

La joven se ruborizó ligeramente, protestando y diciendo que ni por soñación pensaba en aquello. Después agregó:

—No obstante, si encontrásemos, sin buscar, por pura casualidad, por ventura ¿no llegarías a sentarte?... Es muy poco lo que me quieres.

Partieron y atravesaron el jardín en derechura, sin detenerse al despertar de las flores, sin disfraz en su baño de rocío. La mañana aparecía con sonrosados matices, con sonrisa de hermoso niño, que abre los ojos en medio de la blancura de su almohada.

—¿A dónde me llevas?—repitió Sergio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTERREY, MEXICO

Y Albina se reía sin quererle contestar. Pero cuando llegaban ante la sábana de agua que dividía el jardín al extremo del gran cuadro, quedóse por completo consternada. El arroyo bajaba aún henchido con las últimas lluvias.

—Hoy podremos pasar—dijo entre dientes.—Por regla general, me quito los zapatos y me remango las sayas; mas hoy tendríamos agua hasta la cintura.

Anduvieron un instante por la orilla, en busca de un vado; mas la joven decía que era inútil, pues conocía todos los hoyos. En otros tiempos había allí un puente, un puente cuyo derrumbamiento había sembrado el río de gruesas piedras, entre las cuales el agua pasaba con torbellinos de espuma.

—Súbete a mi espalda—dijo Sergio.

—No, no, no quiero. Si llegases a resbalar, no daríamos mal chapuzón uno y otro... No sabes lo traidoras que son esas piedras.

—Sube a mi espalda.

Aquello acabó por tentarla. Tomó vuelo y saltó como un muchacho, tan alto que se encontró a horcajadas sobre el cuello de Sergio. Y sintiéndole tambalearse, gritó que no se encontraba aún lo bastante fuerte y que quería bajar. Pero después saltó de nuevo dos veces seguidas. Aquel juego les embelesaba.

—Cuando hayas concluido—dijo el joven riendo.—Ahora, tente firme; va la definitiva.

Y, en tres ligeros saltos, atravesó el riachuelo, con las puntas de los pies apenas mojadas. En la mitad, no obstante, Albina creyó que resbalaba; dió un ligero grito y se sujetó con ambas manos a la barba del joven; mientras él, casi a galope, se la llevaba y la dejaba sobre la arena de la opuesta orilla.

—¡Hue! ¡Hue!—gritaba tranquilizada y divertida por tan nuevo juego.

Sergio corrió por tal modo cuanto ella quiso,

golpeando con los pies e imitando el ruido de los zuecos. Ella chasqueaba con la lengua, habíale cogido dos mechones de sus cabellos y tiraba cual si fuesen bridas, para lanzarle a derecha o a izquierda.

—Bueno, bueno, ya hemos llegado—dijo dándole golpecitos en las mejillas.

Saltó a tierra, en tanto que él, lleno de sudor, se arrimaba a un árbol para cobrar aliento. Entonces Albina le riñó, amenazándole con no cuidarle, si volvía a caer enfermo.

—¡Déjalo! Esto me hace bien—contestó.—Así que haya recobrado por completo las fuerzas, te llevaré mañanas enteras... ¿A dónde me llevas?

—Aquí—dijo la joven, sentándose con él bajo un gigantesco peral.

Hallábanse en el antiguo vergel del parque. Un seto vivo de ojiacantos, una muralla de verdura, interrumpido por brechas, formaba un trozo de jardín a parte. Era un bosque de árboles frutales, que la podadera no había cortado desde hacía un siglo. Ciertos troncos se encorvaban poderosamente, crecían al través, al impulso de los huracanes que los habían doblegado; mientras que otros, abollados con enormes nudos, agrietados con cavidades profundas, no parecían ya sostenerse en el suelo sino por las gigantescas ruinas de sus cortezas. Las elevadas ramas, encorvadas cada estación por sus frutos, extendían a lo lejos desmesuradas raquetas; hasta las más cargadas, que se habían desgajado, tocaban en tierra, sin que hubiesen dejado de producir, separadas por espesos redondeles de savia. Los árboles, entre ellos, prestábanse apoyos naturales, no siendo más que pilares retorcidos, sosteniendo una bóveda de hojas que se abría en grandes galerías, lanzándose bruscamente en diáfanas telas y aplastándose casi a nivel del suelo en desfondados sobradillos. En torno a cada coloso, renuevos silvestres formaban enramadas, aumentaban la confusión de sus recientes tallos, cuyas disminu-

tas bayas tenían una acidez exquisita. En la verdosa claridad que corría como agua clara, en el silencio de la espuma, resonaba tan sólo la sorda caída de los frutos que el viento recogía.

Había allí albaricoqueros patriarcales, que soporaban con gallardía su mucha edad, paralizados ya por un lado con un bosque de madera muerta, semejante a un andamiaje de catedral, pero tan vivos en la otra mitad, tan jóvenes, que nuevos vástagos hacían estallar la ruda corteza por todas partes. Ciruelos venerables, cubiertos de musgo, crecían aún para ir a beber el ardiente sol, sin que una sola de sus hojas palideciera. Los cerezos, construyendo ciudades enteras, casas de muchos pisos, echando escaleras, establecían pavimentos de ramas, anchos como para albergar diez familias. Venían después los manzanos, derrengados, con los miembros retorcidos como grandes enfermos, con la piel barbosa y manchada de verde mohoso; los perales lisos, alzando una mastilería de altos y delgados tallos, inmensa, semejante a la desbandada de un puerto, rayando el horizonte con oscuras barras; los rosáceos melocotoneros, haciéndose abrir paso en el aplastamiento de sus vecinos, con amable risa y una despaciosa emergencia de hermosas niñas extraviadas en medio de la muchedumbre. Ciertos troncos, antiguamente en espalderas, habían hundido las bajas paredes que los sostenían; ahora campaban por sus respetos, libres de alambrados, cuyos desprendidos trozos colgaban aún a sus brazos; brotaban a su mejor talante, no habiendo conservado de su textura especial sino las apariencias de árboles distinguidos, arrastrando en la vagancia los girones de su ropaje de gala. Y por cada tronco, por cada rama de uno a otro árbol, corrían desbandadas de viña. Las cepas subían como risas locas, se adherían por un instante a cualquier elevado nudo y luego se volvían con un rebote de más sonoras risas, salpicando todos los follajes con la dichosa embriaguez de los pámpanos. Era aque-

llo un verde tierno dorado por los rayos del sol, que iluminaba con un matiz de embriaguez las asoleadas cabezas de los grandes ancianos del vergel.

Después, hacia la izquierda, árboles más espaciosos, almendros de débil follaje, permitían que el sol madurase en el suelo calabazas semejantes a lunas caídas. Había allí también, a la margen de un regato que atravesaba el vergel, melones agrietados de verrugas, perdidos en las sábanas de hojas rampantes, así como barnizadas sandías, de perfecto óvalo de huevos de avestruz. A cada paso, matorrales de groselleros, obstruían las antiguas avenidas, exhibiendo los lípidos racimos de sus frutos, rubíes de los cuales cada grano se iluminaba con una gota de sol. Setos de frambuesas se extendían como zarzas silvestres, mientras que el suelo no era ya sino una alfombra de fresales, hierba por entero sembrada de maduras fresas, cuya fragancia contenía un ligero dejo de vainilla.

Pero el encantado rincón del vergel se hallaba aún más a la izquierda, contra la rampa de peñas que allí empezaba a escalar el horizonte. Penetrábase en plena tierra ardiente, en una estufa natural, en donde el sol caía a plomo. Al principio era menester atravesar higueras gigantescas, desmadradas, estirando sus ramas como cenicientos brazos cansados de dormir, tan obstruidas con el cabelludo cuero de sus hojas que, para pasar, era forzoso tronchar los jóvenes renuevos que brotaban de los troncos resecaos por la edad. En seguida se caminaba entre ramilletes de madroños, de verdura de gigantesco bojes, cuyo rojo fruto hacía a seme- jarse a mayos adornados con penachos de seda escarlata. Venía después una arboleda de espinos de acerolos, de azofaitos, al lado de la cual los granados presentaban una orla de follaje de perpetuo verde; las granadas se desarrollaban apenas, quedando tan gruesas como el puño de un niño; las purpúreas flores en el extremo de las ramas, parecían tener el batir de alas de los pájaros de las

islas, que no doblaban las hierbas sobre las cuales viven. Y llegábase por último a un bosque de naranjos y limoneros, que brotaban vigorosamente en plena tierra. Los rectos troncos hundían hileras de oscuras columnas; las relucientes hojas transmitían el júbilo de su claro colorido al azul del cielo, recortando limpiamente la sombra en delgadas y puntiagudas hojas, que dibujaban en el suelo los millones de palmas de una tela indiana. Era un sombrije de encanto particular, en cuyo parangón, las sombras del vergel de Europa carecían de animación: un tibio regocijo de la luz tamizada en un polvo de oro volante, una certidumbre de verdura perpetua, una fuerza de fragancia continua, el penetrante perfume de la flor, el más grave aun del fruto, transmitiendo a los miembros la desmayada flexibilidad de los países cálidos.

—Y ahora vamos a almorzar—dijo Albina batiendo palmas.—Lo menos son las nueve y tengo apetito.

Habíase levantado. Sergio confesaba que él también comería de la mejor gana.

—¡Gran simple!—repuso la joven—¿no has comprendido que te traía a almorzar? No nos moriremos aquí de hambre. Todo es para nosotros.

Y penetraron bajo los árboles, apartando las ramas e internándose en la espesura de los frutales. Albina, que iba delante, con las sayas recogidas entre las piernas, se volvía y preguntaba a su compañero con su argentina voz:

—¿Qué es lo que a tí te gusta? Las peras, los albaricoques, las cerezas, las grosellas? Te advierto que las peras están todavía verdes; mas, con todo eso, son de lo más delicioso.

Sergio se decidió por las cerezas. Albina dijo que, en efecto, se podía empezar con aquello. Mas, como quiera que el joven fuese tontamente a encaramarse al primer cerezo que se presentaba, hizo andar todavía diez buenos minutos de camino, por medio de una confusión espantosa de ramas.

Aquel cerezo no tenía más que cerezas que no valían maldita la cosa; las de éste eran sobrado agrias; las de aquel otro no estarían maduras sino de allí a ocho días. Todos los árboles le eran conocidos.

—Mira, sube a este—dijo por último, parándose delante de un cerezo tan cargado de fruto, que los racimos llegaban hasta el suelo como collares de coral suspendidos.

Sergio se instaló cómodamente entre dos ramas y se puso a almorzar. Ya no oía a Albina; creíala en otro árbol, a algunos pasos de allí, cuando, bajando los ojos, la vió tendida tranquilamente boca arriba, debajo de él. Habíase deslizado allí, y comía sin servirse siquiera de las manos, atrapando con los labios las cerezas que el árbol le ponía al alcance de la boca.

Cuando se vió descubierta se rió a más no poder y se puso a saltar sobre la hierba como un pez blanco salido del agua, poniéndose boca abajo, arrastrándose sobre los codos, dando la vuelta alrededor del cerezo, todo sin dejar de atrapar las cerezas más gordas.

—Figúrate, me están haciendo cosquillas—gritaba.—Mira una que acaba de caerme en el cuello. ¡Y qué fresquitas están!... Las tengo en las orejas, en los ojos, en las narices, en todas partes. Si lo quisiese, estrujaría una para pintarme unos bigotes... Son más dulces abajo que arriba.

—¡Vamos!—dijo Sergio riendo,—eso es porque no te atreves a subir.

Quedóse ella muda de indignación.

—¡Yo! ¡Yo!—balbuceó.

Y apretando las faldas y sujetándolas por delante a la cintura, sin fijarse en que enseñaba los muslos, cogióse al árbol nerviosamente y se encaramó tronco arriba, con sólo el esfuerzo de sus muñecas. Ya allí, corrió a lo largo de las ramas, evitando hasta servirse de las manos; tenía los flexibles mo-

yimientos de la ardilla, sorteaba los nudos, dejaba ir los pies y se tenía tan sólo en equilibrio por el doblegar de la cintura. Cuando se halló en la parte más alta, al extremo de una delgada rama, que el peso de su cuerpo hacía oscilar furiosamente:

—¡Eh!—exclamó.—¿Con qué no me atrevo a subir?

—¿Quieres bajar más que de prisa?—imploró Sergio sobrecogido de terror.—Te lo ruego; vas a hacerte mal.

Pero, triunfante, subió más alto aún. Se mantenía en el extremo mismo de la rama, a horcajadas, avanzando poquito a poco sobre el vacío, cogiendo con ambas manos puñados de hojas.

—¡La rama se va a desgajar!—dijo Sergio desatinado.

—Que se desgaje ¡pardiez!—contestó ella con una careajada;—así me ahorraré el trabajo de bajar.

Y la rama se rompió, en efecto; pero lentamente, con tan prolongado desgarró, que fué cayendo poco a poco, como para depositar a Albina en el suelo por modo muy suave. No se asustó lo más mínimo, dejábase caer y agitaba sus muslos medios desnudos, repitiendo:

—¡Qué cosa más bonita! Creeríase una en un coche.

Sergio había saltado del árbol para recibirla en sus brazos; y como se quedase pálido por la emoción que acababa de sufrir, ella se puso a bromearle.

Pero si eso de caerse de los árboles sucede todos los días. Nunca se hace nadie mal... Ríete, simplón. Mira, ponme un poco de saliva en el cuello. Me he hecho un arañazo.

Sergio le puso un poco de saliva, con la yema del dedo.

—Ya está curado—gritó escapando y haciendo una cabriola de pilluelo.—Vamos a jugar al escondite ¿quieres?

E hizo que Sergio la buscara. Desaparecía y lan-

zaba el grito de ¡Cucu, cucu! desde el fondo de enramadas tan sólo por ella conocidas, en donde Sergio no la podía encontrar. Mas aquel juego de el escondite no podía realizarse sin un terrible exterminio de frutos. El almuerzo proseguía en los rincones en que los dos niños grandes se perseguían. Albina, sin dejar de corretear bajo los árboles, extendía la mano, mordía una pera verde y se llenaba la falda de albaricoques. Después, en ciertos escondrijos, resultaban hallazgos que la hacían sentar en el suelo, haciendo caso omiso del juego y ocupándose en comer con toda formalidad. Hubo un instante en que ya no oyó a Sergio, y tuvo que ponerse a buscarle a su vez. Y resultó para ella una sorpresa, casi una pesadumbre, al descubrirle bajo el ciruelo, un ciruelo cuya existencia ignoraba ella misma y cuyas maduras ciruelas despedían un delicado aroma de almizcle. Y le dió una buena reprimenda. ¿Quería tal vez comérselo todo, pues ni siquiera había dicho esta boca es mía? Se hacía el babiaca, mas tenía buena nariz y olía de lejos las cosas buenas. Estaba sobre todo furiosa contra el ciruelo, un árbol zamacuco, al que ni siquiera se conocía, que debía de haber brotado durante la noche para fastidiar a la gente. Sergio, al verla tan de mal talante y que se negaba a coger ni una sola ciruela, tuvo la ocurrencia de sacudir el árbol con toda su fuerza. Una lluvia, una granizada de ciruelas se vino al suelo. Albina, bajo aquel chubasco, recibió ciruelas en los brazos, en el cuello, en mitad de la nariz. Entonces no pudo contener sus careajadas y quedóse envuelta en aquel diluvio, gritando: ¡Más, más! regocijada con las redondas balas que rebotaban sobre ella, tendiendo manos y boca, con los ojos cerrados y haciéndose un ovillo en el suelo para hacerse pequeña.

Mañana infantil, tunantada de chicuelos abandonados a sí mismos en el Paradou. Albina y Sergio pasaron allí horas pueriles de escolar escapatoria, corriendo, gritando, dándose golpes, sin que sus

inocentes carnes sintiesen el menor estremecimiento. Todavía no era aquello sino el compañerismo de dos buenas alhajas, que pensarán tal vez más adelante en besarse en las mejillas, cuando los árboles carezcan ya de postres que ofrecerles. ¡Y qué alegre rincón de la naturaleza para aquella primera escapada! Una bóveda de verdura con excelentes escondrijos; senderos a lo largo de los cuales no era posible mantener la seriedad por tal modo de los setos se desprendían reprimidas risas. El parque ofrecía, en aquel seductor vergel una pillería de ramajes huyendo a la desbandada, una frescura de sombra que estimulaba el hambre; una vejez de hermosos árboles semejantes a abuelos rebosantes de caricias. Ni siquiera en el fondo de los verdes retiros de musgo, bajo los despedazados troncos que les obligaban o arrastrarse el uno en pos del otro, en los corredores de hojarasca, tan angostos, que Sergio se uncía riendo a las desnudas piernas de Albina, se tropezaban con el peligroso ensueño del silencio. Nada de conturbador les llegaba del bosque en vacaciones.

Y cuando estuvieron hastiados de los albaricqueros, de los ciruelos y de los cerezos, corrieron bajo los delgados almendros, comiendo almendras verdes, gruesas apenas como guisantes, buscando las fresas entre las alfombras de hierba, incomodándose porque ni los melones ni las sandías estaban aún maduros. Albina acabó por correr con todo su vigor, seguida de Sergio, que no podía darle alcance. Metióse entre las higueras, saltando por encima de las gruesas ramas, y arrancando las hojas que echaba a la cara de su compañero. En algunos saltos, atravesó las enramadas de madroños, cuyo colorado fruto comía al pasar; y fué en la arboleda de los espinos, de los cerolos y de los azofaifos, en donde Sergio la llegó a perder. Creyó al principio que se había escondido tras de un granado; mas eran dos flores en capullo que él había tomado por los dos lazos color de rosa de sus muñecas.

Entonces recorrió todo el bosque de naranjos embelesado por el hermoso tiempo que allí reinaba, imaginándose que entraba en la mansión de las hadas del sol. En medio del bosque, distinguió a Albina, la cual, no creyéndole tan cerca, huroneaba vivamente, registrando con la vista las verdes profundidades.

—¿Qué es, pues, lo que estás buscando ahí?— exclamó.—Bien sabes que está prohibido.

Albina se sobresaltó y se ruborizó ligeramente, por la primera vez en toda la jornada; y, sentándose al lado de Sergio, hablóle de los felices días en que los naranjos maduraban. El bosque a la sazón hallábase del todo dorado, iluminado por completo con aquellas estrellas redondas, que acibillaban con sus fuegos amarillos la verde bóveda.

Después, cuando por último se dispusieron a dar la vuelta, Albina se detuvo en cada tallo silvestre, llenándose los bolsillos de peritas ásperas, de ciróliticas ágrías diciendo que aquello serviría para comer por el camino. Era cien veces mejor que cuanto habían probado hasta allí. Fué menester que Sergio se tragase algunas, a pesar de las muecas que hacía a cada dentellada. Regresaron deslomados, felices, siendo tanto lo que habían reído, que dolíanles los ijares. Albina no tuvo siquiera valor para subir aquella noche a su cuarto; durmióse a los pies de Sergio, de través sobre el lecho, soñando que se subía a los árboles y que acababa de crujir con los dientes, mientras dormía, los frutos silvestres que había escondido a su lado bajo la cocha. ®

inocentes carnes sintiesen el menor estremecimiento. Todavía no era aquello sino el compañerismo de dos buenas alhajas, que pensarán tal vez más adelante en besarse en las mejillas, cuando los árboles carezcan ya de postres que ofrecerles. ¡Y qué alegre rincón de la naturaleza para aquella primera escapada! Una bóveda de verdura con excelentes escondrijos; senderos a lo largo de los cuales no era posible mantener la seriedad por tal modo de los setos se desprendían reprimidas risas. El parque ofrecía, en aquel seductor vergel una pillería de ramajes huyendo a la desbandada, una frescura de sombra que estimulaba el hambre; una vejez de hermosos árboles semejantes a abuelos rebosantes de caricias. Ni siquiera en el fondo de los verdes retiros de musgo, bajo los despedazados troncos que les obligaban o arrastrarse el uno en pos del otro, en los corredores de hojarasca, tan angostos, que Sergio se uncía riendo a las desnudas piernas de Albina, se tropezaban con el peligroso ensueño del silencio. Nada de conturbador les llegaba del bosque en vacaciones.

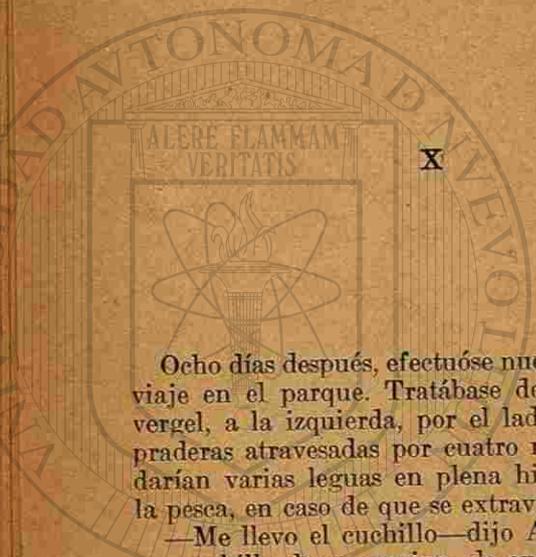
Y cuando estuvieron hastiados de los albaricqueros, de los ciruelos y de los cerezos, corrieron bajo los delgados almendros, comiendo almendras verdes, gruesas apenas como guisantes, buscando las fresas entre las alfombras de hierba, incomodándose porque ni los melones ni las sandías estaban aún maduros. Albina acabó por correr con todo su vigor, seguida de Sergio, que no podía darle alcance. Metióse entre las higueras, saltando por encima de las gruesas ramas, y arrancando las hojas que echaba a la cara de su compañero. En algunos saltos, atravesó las enramadas de madroños, cuyo colorado fruto comía al pasar; y fué en la arboleda de los espinos, de los cerolos y de los azofaifos, en donde Sergio la llegó a perder. Creyó al principio que se había escondido tras de un granado; mas eran dos flores en capullo que él había tomado por los dos lazos color de rosa de sus muñecas.

Entonces recorrió todo el bosque de naranjos embelesado por el hermoso tiempo que allí reinaba, imaginándose que entraba en la mansión de las hadas del sol. En medio del bosque, distinguió a Albina, la cual, no creyéndole tan cerca, huroneaba vivamente, registrando con la vista las verdes profundidades.

—¿Qué es, pues, lo que estás buscando ahí?— exclamó.—Bien sabes que está prohibido.

Albina se sobresaltó y se ruborizó ligeramente, por la primera vez en toda la jornada; y, sentándose al lado de Sergio, hablóle de los felices días en que los naranjos maduraban. El bosque a la sazón hallábase del todo dorado, iluminado por completo con aquellas estrellas redondas, que acibillaban con sus fuegos amarillos la verde bóveda.

Después, cuando por último se dispusieron a dar la vuelta, Albina se detuvo en cada tallo silvestre, llenándose los bolsillos de peritas ásperas, de ciruelitas ágrías diciendo que aquello serviría para comer por el camino. Era cien veces mejor que cuanto habían probado hasta allí. Fué menester que Sergio se tragase algunas, a pesar de las muecas que hacía a cada dentellada. Regresaron deslomados, felices, siendo tanto lo que habían reído, que dolíanles los ijares. Albina no tuvo siquiera valor para subir aquella noche a su cuarto; durmióse a los pies de Sergio, de través sobre el lecho, soñando que se subía a los árboles y que acababa de crujir con los dientes, mientras dormía, los frutos silvestres que había escondido a su lado bajo la cocha. ®



X

Ocho días después, efectuóse nuevamente un gran viaje en el parque. Tratábase de ir más allá del vergel, a la izquierda, por el lado de las extensas praderas atravesadas por cuatro riachuelos. Se andarían varias leguas en plena hierba; vivirían de la pesca, en caso de que se extraviaran.

—Me llevo el cuchillo—dijo Albina, enseñando un cuchillo de campesino, de ancha hoja.

Y se llenó de todo los bolsillos, hiló bramante, pan, cerillas, una botellita de vino, trapos, un peine, agujas. Sergio se encargó de una manta, pero cuando llegaron a los escombros de la quinta, la manta le estorbaba ya hasta el punto, que la escondió bajo un lienzo de pared venida al suelo.

El sol se presentaba más ardoroso. Albina se había retardado en sus preparativos. En la calurosa mañana, se fueron el uno junto al otro, juiciosos casi. Andaban hasta veintenas de pasos, sin empujarse para reír. Hablaban.

—Yo no me despierto nunca—dijo Albina.—He dormido muy bien esta noche. ¿Y tú?

—Yo también—contestó Sergio.

Y la joven repuso:

—¿Qué es lo que significa el soñar en un pájaro que nos habla?

—No sé... ¿Y qué es lo que decía ese tu pájaro?

—¡Ah! Lo he olvidado... Decía cosas muy bien dichas, muchas que se me figuraban graciosas... Mira allá lejos aquella gran amapola. ¡No la tendrás! ¡No la tendrás!

Y tomó vuelo; pero Sergio, merced a sus largas piernas, la adelantó y cogió la amapola, agitándola victoriosamente. Entonces la joven se quedó pellizcándose los labios, sin decir una palabra y con grandes ganas de llorar. El no supo hacer más que arrojar la flor; y luego, para ajustar las paces:

—¿Quieres subirme a la espalda? Te llevaré como el otro día.

—No, no.

Poníase de hocico; mas no hubo dado aun treinta pasos cuando se volvió riendo a más no poder. Una zarza la retenía por el vestido.

—¡Mira! creía que eras tú quien andabas adrede sobre mi falda... Y no me quiere soltar. Desenrédame.

Y cuando la hubo desenganchado, volvieron a andar el uno junto al lado del otro, con todo juicio. Albina estaba en que era más divertido pasearse así, como personas graves. Acababan de entrar en las praderas. Hasta perderse de vista, se desarrollaban ante ellos anchos lienzos de hierbas, cortados apenas de trecho en trecho por el tierno follaje de una cortina de sauces. Las paredes de hierbas cubríanse de vello semejantes a piezas de terciopelo; eran de oscuro verde, que se debilitaba poco a poco en las lejanías, inundándose de vivo amarillo en el límite del horizonte, bajo el incendio del sol. Los macizos de sauces, allá a lo lejos, parecían de oro puro, en medio del gran estremecimiento de la luz. Movibles polvaredas llevaban a las puntas de los céspedes un flujo de claridades, mientras que a ciertas ráfagas de viento, pasaban libremente sobre aquella desnuda soledad y las

hierbas ondeaban con temblores de plantas acariadas. Y a lo largo de los prados más cercanos, la multitud de margaritas blancas, ya en montón, ya a la desbandada, por grupos, como una población bullendo en la calle con ocasión de una fiesta pública, poblaban con su esparcido júbilo la negrura de los céspedes. Capullos de oro demostraban una alegría de cascabeles de oro bruñido, que tan sólo el roce del ala de una mosca bastaba para hacer tintinar; grandes amapolas aisladas estallaban con petardos rojos, y se iban más lejos, en bandadas, a sembrar en charcos regocijantes, como fondos de tina, purpurinos todavía con el vino; grandes acianos balanceaban sus ligeros sombrerillos de campesina, pintados de azul, amenazando con volarse por encima de los molinos a cada ráfaga de viento. Después venían las alfombras de sedoso césped, las odoríferas fluvas, las velludas loteras, las sábanas de fetucas, de cinosoras, de agróstidas, de forrajes. El pipirigallo alzaba sus largos y delgados cabellos, el trébol recortaba sus escuetas hojas, el llantén blandía bosques de lanzas, y la alfalfa disponía muelles lechos, edredones de raso verde de agua brochado de flores violáceas. Todo esto, a la derecha, a la izquierda, en frente; en todas partes, extendiéndose sobre la llana tierra, redondeando la musgosa superficie con una mar estancada, durmiendo bajo el cielo que parecía de mayor extensión. En la inmensidad de las hierbas, a trechos, éstas se ofrecían límpidamente azules, como si hubiesen reflejado el azul del firmamento.

Entretanto Albina y Sergio caminaban por medio de las praderas, llegándoles la verdura hasta las rodillas. Parecíales avanzar por una agua fresca que les azotaba las pantorrillas. Encontrábanse a veces en medio de verdaderas corrientes, con desbordamientos de altos tallos inclinados, cuya rápida huída oían entre sus piernas. A seguida dormitaban tranquilos lagos, fuentes de cortos céspedes,

en donde apenas se mojaban más arriba de los tobillos. Jugaban al andar por tal modo, no ya rompiéndolo todo, como en el vergel, sino deteniéndose por el contrario, con los pies ligados por los flexibles dedos de las plantas, disfrutando de una pereza, de una caricia de arroyuelo, que calmaba en ellos la brutalidad de los primeros años. Albina se apartó y fué a colocarse detrás de un gigantesco matorral que le llegaba a la barba. Tan sólo asomaba la cabeza y se mantuvo un instante muy tranquila llamando a Sergio.

—Ven—le dijo.—Se está como en un baño. Hay agua verde por todas partes.

Después se escapó de un salto, sin esperarle siquiera, y siguieron la primera corriente que las interceptó el camino. Era de agua lisa, poco profunda, corriendo entre dos orillas de berros silvestres. Deslizábase con tanta blandura, con recodos adormecidos, tan limpia, tan tersa, que reflejaba como un cristal el más pequeño junco de sus bordes. Albina y Sergio tuvieron, durante buen espacio, que bajar la corriente, que se deslizaba menos ligera que ellos, antes de encontrar un árbol, cuya sombra se bañase en aquella ola de pureza. Tan lejos como alcanzaban sus miradas, veían el agua al descubierto, sobre el lecho de las hierbas, estirar sus nítidos miembros, dormirse en pleno sol, con el blando sueño, medio desenrollado, de una azulada culebra. Llegaron por fin a un grupo de tres sáuces; dos tenían las raíces en el agua y el otro hallábase plantado un poco más atrás; troncos abatidos, desmenuzados por los años, coronados con rubias cabelleras de niño. La sombra resultaba tan límpida, que apenas rayaba con ligeras y cruzadas líneas la asoleada margen. El agua, sin embargo, tan lisa, por arriba y por abajo, ofrecía allí un ligero estremecimiento, una turbación de tersa superficie, que manifestaba su sorpresa al sentir aquel trozo de velamen que se cernía sobre ella. Entre los tres sáuces, descendía un rincón de prado por una insensis-

ble cuesta, llenando de adormideras hasta las hendiduras de los viejos troncos destrozados. Habría-sele tenido por una tienda de verdura, erigida sobre tres postes, a la orilla del agua, en el movible desierto de las hierbas.

—¡Aquí es! ¡Aquí es!—gritó Albina, deslizándose bajo los sauces.

Sergio se sentó a su lado, con los pies casi metidos en el agua. Miraba en torno suyo y decía:

—Tú lo conoces todo, tienes noticia de los mejores parajes... Tomaríase esto por una isla de diez pies cuadrados, descubierta en pleno mar.

—Sí, estamos en nuestra casa—repuso, tan regocijada que golpeaba la hierba con el puño.—Esta casa es nuestra... hemos de hacerlo todo.

En seguida, como asaltada por una idea feliz, se echó hacia él y le dijo en la cara con explosión de alegría:

—¿Quieres ser mi marido? Yo seré tu mujer.

Sergio se quedó como encantado ante aquella salida y contestó, riendo más alto que ella, que estaba dispuesto a ser su marido. Entonces la joven súbitamente, se puso seria, ostentando una diligente actitud de ama de casa.

—Ya sabes—le dijo—que soy yo quien manda... Almorzaremos así que hayas puesto la mesa.

Y le dió órdenes con imperio. Tuvo que meter cuanto sacó de los bolsillos en el hueco de un sauce, al que llamó "el armario". Los trapos eran la ropa blanca; el peine representaba lo necesario para el tocado; las agujas y el hilo bramante debían servir para componer la ropa de los exploradores. En cuanto a las provisiones de boca, consistían en la botellita de vino y en algunos zoquetes de pan del día anterior. Y la verdad era que todavía contaban con cerillas para cocer el pescado que había de coger.

Cuando acabó Sergio de poner la mesa, la botella en medio y las tres cortezas alrededor, aventuró la observación de que el festín pecaría de mezqui-

no; pero la joven se encogía de hombros, como quien la echa de mujer superior. Metió los pies en el agua y dijo con toda serenidad:

—Soy yo quien pesca y a ti te toca mirarme.

Durante cosa de media hora le costó un im-probo trabajo el atrapar algunos pececillos con las manos. Habíase levantado las sayas, atándolas con un trozo de bramante. Acercábase con toda prudencia, empleando infinitas precauciones a fin de no remover el agua; después, cuando se hallaba cerca del pececillo, refugiado entre dos piedras, alargaba el desnudo brazo, hacía un chapuceo terrible y no sacaba sino un puñado de gruesa arena. Sergio entonces se reía hasta descoyuntarse, lo que la hacía volver a la orilla, enfurruñada, gritándole que no tenía derecho para reirse.

—Pero—concluyó Sergio por decir,—¿con qué harías cocer tu pescado? Aquí no hay leña.

Esto acabó por descorazonarla. Por lo demás, aquellos peces no le parecían muy famosos que digamos. Salió, pues, del agua, sin pensar en ponerse las medias. Corría por la hierba, con las piernas al aire, para secarse. Y volvió a sentirse tentada por la risa, porque había hierbas que le hacían cosquillas en la planta de los pies.

—¡Oh! aquí hay pimpinelas—dijo súbitamente, echándose de rodillas.—Esto sí que es bueno. Vamos a regalarnos de lo lindo.

Y Sergio tuvo que poner en la mesa un montón de pimpinelas y se las comieron con pan. Albina aseguró que eran preferibles a las avellanas. Dándose tono de ama de casa, cortaba el pan de Sergio, a quien no quería nunca confiar su cuchillo.

—Yo soy la mujer—contestábale seriamente a cuantas rebeldías intentaba.

En seguida le mandaba llevar "al armario" las escasas gotas de vino que quedaban en el fondo de la botella. Hasta fué menester que barriese la hierba, para que se pudiese pasar desde el comedor

a la alcoba. Albina se acostó la primera cuan larga era, diciendo:

—Ahora, como comprendes, vamos a dormir... Tú debes acostarte a mi lado, muy junto a mí.

Sergio se tendió conforme le ordenaba. Ambos se mantenían muy tiesos, tocándose desde los hombros a los pies, con las manos vacías, echadas atrás, por encima de sus cabezas. Las manos, sobre todo, les servían de estorbo. Mantenían una gravedad de convencidos. Miraban al espacio, con los ojos abiertos de par en par, diciendo que dormían y que se encontraban a pedir de boca.

—Ya ves—murmuraba Albina,—cuando se está casado, se tiene calor... ¿Acaso ni me sientes?

—Sí, eres como un edredón... Pero no hay que hablar, ya que estamos durmiendo. Lo mejor es que no hablemos.

Y permanecieron por largo rato silenciosos, siempre muy graves. Habían ido volviendo sus cabezas, alejándolas insensiblemente, como si el calor de sus respiraciones les hubiese molestado. Después, en medio del gran silencio Sergio agregó estas solas palabras:

—Yo te quiero mucho.

Era el amor antes de tener conciencia del sexo, el instinto de amar que planta a los hombrecillos de diez años al paso de las muchachitas de vestido blanco. En torno de ellos, las praderas, extensamente abiertas, les tranquilizaban del imperceptible temor que tenían el uno del otro. Sabían que eran vistos por todas las hierbas, vistos por el cielo, cuyo azul les miraba al través del débil ramaje; y aquello no les turbaba. La tienda de los saucos sobre sus cabezas, era un simple pedazo de tela transparente, como si Albina hubiese prendido allí un jirón de su vestido. La sombra permanecía tan clara, que no les transmitía las languideces de las profundas enramadas, las sollicitaciones de los retiros ignorados, de las alcobas de verde follaje. Del confín del horizonte llegábales un aire libre,

un viento de salud llevando el fresco ambiente de aquel mar de verdura, en que remontaba una oleada de flores; mientras que a sus pies el arroyo era una infancia más, un candor cuyo hilito de voz fresca figurábaseles la voz lejana de algún amigo que se reía. ¡Dichosa soledad henchida por completo de serenidad, cuya desnudez se ostentaba con una desvergüenza adorable de ignorancia! Inmenso campo en mitad del cual el estrecho musgo que les servía de primer lecho, adquiriría una ingenuidad de cuna.

—Bueno, se acabó—dijo Albina levantándose.—Ya hemos dormido.

El, por su parte, se quedó un tanto sorprendido de que aquello hubiese terminado tan pronto. Alargó el brazo y le tiró de la falda, como para atraerla hacia sí. Albina cayó de rodillas, riéndose y repitiendo:

—¡Cómo! ¿Qué pasa?

El no podía decirlo. Mirábala y la cogía por los brazos. Por un instante la cogió por los cabellos, lo que la hizo gritar. Después, así que ella se encontró nuevamente en pie, Sergio hundió su rostro en la hierba que había conservado la tibieza de su cuerpo.

—Bueno, todo ha concluido—dijo levantándose a su vez.

Hasta la tarde anduvieron correteando por las praderas. Caminaban hacia adelante, tan sólo para ver. Visitaban su jardín. Albina tomaba la delantera, con el olfato del perro joven, sin decir nada, siempre en busca de la floresta feliz, a pesar de que no se encontrasen por allí los árboles que había soñado. Sergio salía con toda suerte de poco hábiles galanterías; precipitábase tan bruscamente para apartar las altas hierbas, que por poco la dejaba caer; levantábala por la cintura con tan estrecho abrazo, que la magullaba, cuando quería ayudarla a saltar los arroyos. Cuando dieron con las tres otras corrientes, se regocijaron en gran

manera. La primera se deslizaba sobre un techo de guijas, entre dos continuas hileras de sauces, tan intrincadas, que les fué preciso dejarse deslizar a tientas por en medio de las ramas, con riesgo de caer en algún gran fondo de agua; pero Sergio, que iba delante, con agua tan sólo hasta las rodillas, recibió a Albina en sus brazos y la llevó a la margen opuesta para que no se mojara. El otro arroyuelo aparecía completamente negro de sombra, bajo una bóveda de altos follajes, por donde se deslizaba con languidez, con el ligero roce, con los blancos deterioros de una falda de raso, arrastrada por alguna soñadora dama, en el fondo de un bosque; sábana profunda, helada, inquietadora, que tuvieron la fortuna de poder atravesar con ayuda de un tronco tumbado de una a otra orilla, yendo a horcajadas, divirtiéndose en turbar con el pie el espejo de bruñido acero, dándose prisa después, espantados por los extraños ojos que las menores gotas que saltaban ofrecían en el suelo de la corriente. El último arroyo, sobre todo, fué el que más les detuvo. Presentábase juguetón como ellos mismos; moderaba su curso con ciertos recodos y partía de allí en aljofaradas risas, en medio de gruesas piedras, aquietábase al abrigo de una enramada de arbustos, jadeante y vibrante aún; mostraba todos los caprichos del mundo, teniendo alternativamente por lecho finas arenas, planchas rocosas, límpidas guijas, tierras fértiles, que los saltos de las ranas alzaban en pequeñas humaredas amarillas. Albina y Sergio chapotearon que era una bendición. Con los pies descalzos remontaron el río para regresar, prefiriendo el camino de agua al de las hierbas, deteniéndose en cada isla que les alejaba el paso. Allí desembarcaban, conquistaban tierras salvajes y descansaban entre los grandes juncos, entre los grandes cañaverales que parecían construir expresamente para ellos chozas para naufragos. Regreso encantador alegrado por las co-

rrientes que exhibían sus espectáculos, regocijado por el buen humor de las aguas vivas.

Mas, cuando dejaron el río, Sergio comprendió que Albina buscaba siempre algo, a lo largo de las orillas, en las islas, hasta entre las plantas que dormían al ras de la corriente. Tuvo que ir a apartarla de en medio de una balsa de nenúfares, cuyas anchas hojas ponían en sus piernas gargantillas de marquesa. No le dijo nada, mas la amenazó con el dedo, y entraron por fin en casa, animadísimo por lo gozado durante el día, cogidos del brazo, como recién casados que vuelven de una escapatoria. Miráronse y se encontraron más bellos y más fuertes, y, con seguridad, que se reían por modo distinto que por la mañana.

FIN DEL TOMO PRIMERO

PO
F
v.